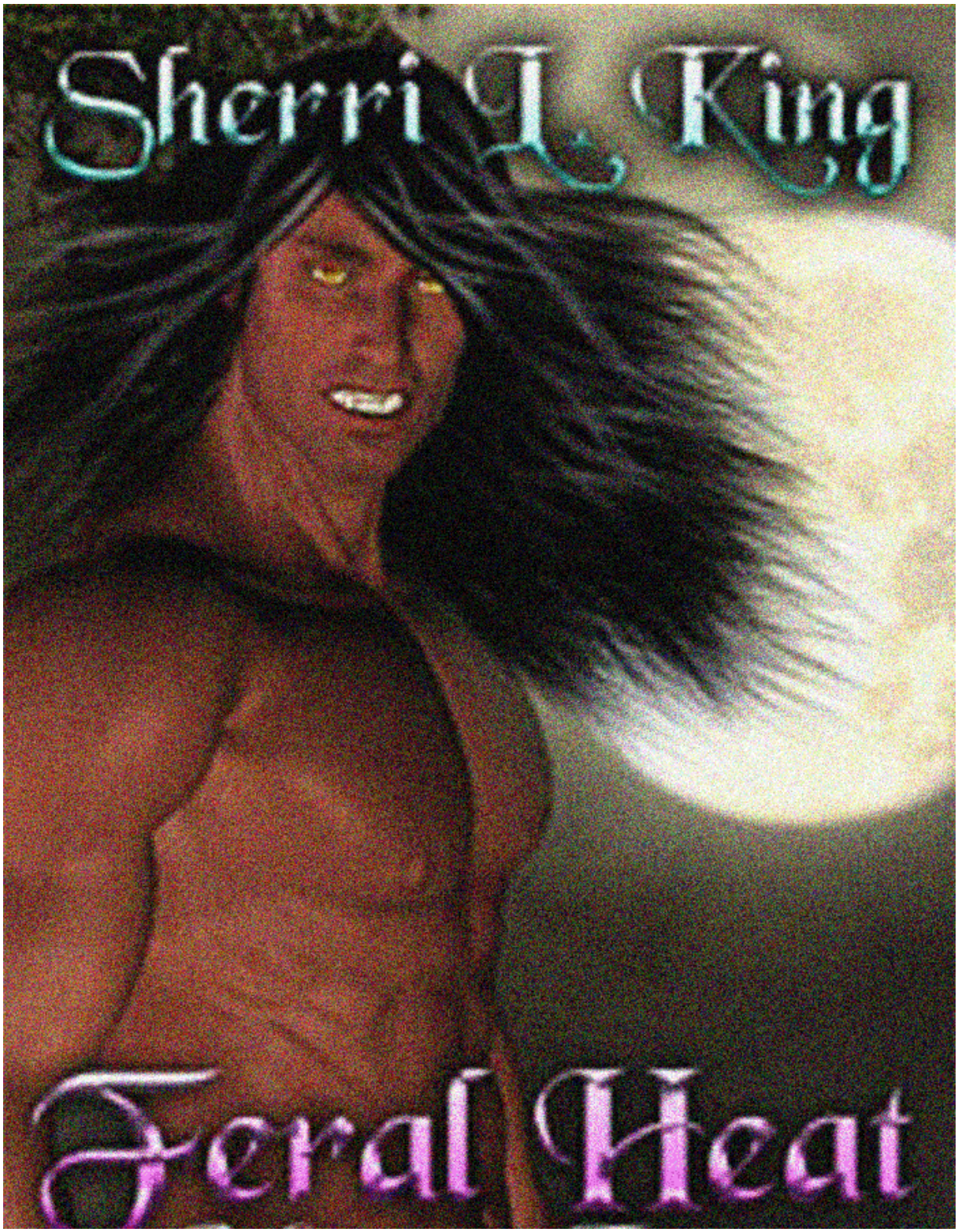
FUEGO SALVAJE

SHERRI L. KING



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Prólogo

— ¿Hola?

— ¿Señorita Mona Kincaid?

Mona frunció el ceño hacia el teléfono, temiendo ligeramente que, probablemente, el extraño al otro extremo de la línea resultara ser otro vendedor telefónico. Aquellos tipos nunca desistían de sus esfuerzos hasta conseguir que comprara alguna otra suscripción de revista. Lamentaba haber aceptado la primera, pero era una entrenadora de perros y la *Revista K9"s* había sido un recurso muy importante en un momento en el que apenas se estaba familiarizando con los pormenores del negocio. Mona se preguntó si pagaría por ese lapso el resto de su vida… o el tiempo que le tomara el que la agregaran a la lista de los "sin llamadas" del gobierno.— Habla ella —fue su prudente y vacilante respuesta.

— ¿Mona Kincaid de Applecress Kincaids?

No era un vendedor telefónico entonces. Y el fuerte acento escocés fue una sorpresa. Le picaron las orejas, el fino vello de su nuca se erizó, y un cosquilleante temblor subió por su columna. Había sucedido en el momento en que escuchó Applecress, el nombre del pequeño pueblo en Escocia donde su padre había nacido, que había sido mencionado abiertamente en la conversación.

— ¿De qué se trata? —Ella se volvió y se apoyó contra la pared de la cocina, esperando.

— Usted no me conoce, aunque yo era un amigo cercano de su Abuela. Mi nombre es August Finn. Y lamento decirle esto, pero soy el encargado de los últimos deseos de su Abuela y deben ser realizados.

Mona tragó. Con fuerza.— ¿Sus últimos deseos? —Su voz sonó ronca, débil, incluso a sus propios oídos.— Ella está… —tragó otra vez.— ¿Ella está muerta entonces?

— Si. Murió durante el sueño, hace dos meses —Él se mantuvo en silencio por un largo rato, como si estuviera decidiendo cuidadosamente cómo proseguir la conversación en vista del silencioso y pasmado estado de Mona.— Lo siento. Sé que su familia no era la más cercana, pero su Abuela siempre hablaba mucho de ustedes, señora. Lamento que no le avisaran antes de su fallecimiento. Lamento aún más tener que llamarle en estas circunstancias, verá, nunca pensé que llegaría el día que yo *realmente* tuviera que hacer esta llamada —Él rió nerviosamente, un sonido carente de humor.

— Muerta —susurró ella, pasando por alto su prolongado rodeo— ¿Por qué no me lo dijeron antes? Si usted sabía cómo ponerse en contacto conmigo, entonces ¿por qué no llamó para contármelo? —Ella soltó las palabras a través de un sospechosamente doloroso carraspeo de su garganta. ¿Eran eso lágrimas? No, no podía ser. No había llorado desde que tenía diez años y comprendió que era demasiado vieja… en años y experiencia… para rendirse a semejantes actitudes frívolas. Quizás estaba cogiendo un resfriado. Limpiando su garganta del carraspeo vergonzoso e inaceptable, terminó con mayor firmeza— Quiero decir que yo habría volado para el entierro si alguien me hubiera llamado.

— Desde luego, y todos nosotros pensamos que fue imperdonable que no le avisaran más pronto, pero su Abuela estipuló en su testamento que usted

no debía ser molestada en el momento de su muerte —Allí estaba otra vez ese incómodo silencio.— Ella no quería que usted llevara luto innecesariamente.

— ¿Innecesariamente? —Cuán horriblemente insensible debía parecerle todo esto a un extraño. La tácita realidad… y Mona sabía que August Finn debía saber todos los sórdidos detalles si había estado realmente cerca de la familia tal como insinuaba… era que su Abuela probablemente no había estado segura de que a Mona le importaría saberlo o le afligiría su fallecimiento.

Mona no era tan fría e impasible como para eso, pese a toda su gran habilidad para mantener sus sentimientos enterrados, y definitivamente habría querido llorar a su Abuela en el momento de su muerte. Habría asistido al entierro como era lo apropiado.

Incluso si su Abuela *hubiera* estado un poco chiflada, hablando sin cesar sobre antiguos clanes, hombres lobo y la herencia de la familia conectándolas a ambas.

August Finn sonaba completamente incómodo ahora.— Después de su último encuentro, su Abuela tenía miedo de que usted se sintiera culpable debido a que las últimas palabras intercambiadas entre ambas habían sido negativas.

¿Negativas? Ahora eso era una descripción un poquito demasiado cruel… ¿o había sido así? Mona recordó la última vez que había visto a su Abuela. Tenía 19 años, y aunque hubiera pasado un año desde que su Abuelo había muerto, esa era la primera vez que Mona en realidad había invitado a su Abuela a su casa en Boston. La primera y última vez.

Todo porque su padre había llegado de visita, sin avisar, como si hubiera sabido que su extraña madre estaría allí. El padre de Mona nunca la visitaba. No lo había hecho hasta antes de aquel fatídico día o después de él. Había sido todo tan insólito. Y desde luego, todo había terminado de muy mala manera. Como la mayor parte de las cosas que involucraban a alguno de sus padres.

De acuerdo, eso había sido bastante negativo. Muy negativo.

— ¿Y por qué llama ahora? —.Intentó no parecer demasiado seca. ¿Qué debía pensar este hombre de ella? No era que a ella le importara… bueno, no *del todo* al menos.

— Como dije, nunca creí que llegaría el momento de llamarla. Y, como esta era la única razón por la que su Abuela quería que se pusieran en contacto, nunca pensé que me comunicaría con usted. Pero el momento ha llegado, y aunque muchos de nosotros sólo creyéramos los cuentos a medias, esta nueva prueba nos trae una gran vergüenza por haber olvidado las costumbres del pasado.

— ¿De qué habla? —Mona escupió la pregunta. Era la conversación telefónica más larga que podía recordar haber tenido en los varios meses que llevaba siendo una casi reclusa, ya que no tenía las habilidades sociales necesarias para mantener una discusión cómoda y prolongada vía teléfono. Y el asunto en discusión… horrible como sonaba… no hacía nada para ayudarla a refrenar su descortés impaciencia.

Sus días los pasaba en su mayor parte en la empresa de caninos, no humanos, y este hecho se veía fuertemente reflejado en su carácter. Prefería un perro como amigo y compañero que a un humano, en cualquier

momento. Los perros no eran prejuiciosos o despectivos, tampoco eran desleales. Nunca hacían preguntas, nunca discutían, y eso era lo que amaba tanto en ellos. La gente era más difícil de tratar para ella. Mucho más difícil.

Finn tomó un profundo aliento, audible, luego lo soltó rápidamente. El hombre estaba definitivamente incómodo.— Hablo de su herencia, muchacha —.Su acento se marcó aún más mientras sus emociones… temor o nerviosismo no estaba segura del todo… lo embargaban.— La herencia de su familia, del Clan Kincaid.

Mona hizo rechinar los dientes. Sus dedos apretados con fuerza alrededor del teléfono hasta que estuvo segura de que los nudillos desgarrarían la piel. ¿Estaban todos en Applecress chiflados? La famosa herencia… sus Abuelos habían estado obsesionados con ello. Su padre se llenaba de rabia sólo por su mención, no porque creyera en eso, sino porque sabía que esta creencia había conducido a todos sus dementes antepasados a tener ilusiones de esplendor. Incluyendo a sus propios padres.— Si es una especie de broma — dijo entre dientes.— puedo asegurarle, Sr. Finn, que no la aprecio para nada.

— Se que no cree en la herencia. Sé que su padre no creía en ella y es por eso que se marchó. Sé que usted fue criada como una yanqui y que no cree mucho en los cuentos de su patria. Pero me creerá cuando le cuente… me creerá cuando… —Él tomó otro profundo y estremecedor aliento.

— ¿Cuándo *que*? —.Exigió ella con irritación, enojada… nerviosa.

¿Ese era el sonido de August Finn tragando? ¿Era posible oír a tanta distancia y con tal claridad, a través de una simple línea telefónica?

— Muchacha. Lo siento —.Sus siguientes palabras penetraron con fuego en su cerebro. Él habló y no pudo hacer nada más que escuchar, sus venas rápidamente volviéndose de hielo. Ninguna fuerza sobre la tierra podría haberla hecho colgar el teléfono… aunque hubiera dado cualquier cosa por ello.

Finn continuó, diciendo palabras que tenían una cierta cualidad ritual, incluso cuando eran pronunciadas a través de una línea telefónica. Habló en una lengua que ella nunca había escuchado, pero que sin embargo logró darse cuenta de que era gaélico, la lengua de sus antepasados, sus palabras abrieron alguna entrada oculta y secreta en su mente. Un lugar que nunca, hasta ahora, supuso que pudiera existir en su interior.— Los lobos están supurando carmesí, muchacha. La luna está manchada con sangre. Vuelva y detenga *a*l *Gruenwalt* de su destrucción.

Las palabras eran mágicas, místicas, y pesadas en su significado. Ella las entendió, incluso mientras negaba tal posibilidad. Eran sólo palabras.

No. Eran mucho más.

— Lo siento —lo oyó decir otra vez, mientras ella se sentía mareada y débil.— Venga a casa ahora. La necesitamos, muchacha. El clan entero le necesita —terminó en un susurro ronco antes de colgar suavemente en su oído.

La mano que acunaba el teléfono contra su oreja estaba flácida, al igual que sus piernas. Cayó al piso, temblando, sudando y luchando con toda su voluntad contra el aplastante impulso de vaciar el contenido de su estómago.

Un profundo y oscuro pozo se abría dentro de ella. Las palabras de August Finn hacían eco en sus oídos, una y otra vez, como un cántico, llenando y alimentando hasta el desbordamiento. Algo extraño, peligroso, y demasiado

espantoso crecía y amenazaba con consumirla. Sus manos se empuñaron y volaron a su boca para sofocar un grito, para que sólo un pequeño gemido escapara. Rodando a un lado, se tiró violentamente en el suelo, como víctima de un ataque convulsivo. Y todavía esas palabras continuaban creciendo, reverberando sin parar, sin cesar en su mente.

Los minutos pasaron. Parecieron horas. Tomando alientos profundos, desiguales, reunió su voluntad y luchó contra una locura que no podía nombrar ni entender. Incapaz de resistirse a la compulsión que la conducía, avanzó lentamente a gatas hacia el lugar donde el teléfono había rodado… lanzado a un lugar alejado del piso de la cocina durante sus convulsiones… y lo agarró en un apretón desesperado.

El número de su agente de viajes era uno de los que se había aprendido de memoria. Una líder en su campo, entrenando caninos para equipos de operaciones especiales; sean éstos policías u otras agencias del gobierno; era a menudo requerida para que viajase. Pero hasta que el agente cogió la otra línea, no se había dado cuenta conscientemente que había marcado el número.

Las palabras que dijo después seguramente no eran algo que hubiese planeado decir por su propio y libre albedrío. Parecía una fuerza desconocida; algo horrible, espantoso y completamente ajeno a ella la había poseído, y asumía todo el control de sus facultades.— ¿Sr. Osmond? Soy Mona Kincaid. Necesito un billete a Applecress, Escocia.

— Desde luego Srta. Kincaid. ¿Cuándo necesitará el billete?

Ella podía oír los dedos ágiles de Bernie Osmond escribiendo en la máquina en el fondo mientras buscaba su archivo. Era una buena cosa que él estuviera familiarizado con sus maneras abruptas en el teléfono, de otro modo podría haber escuchado la desesperación que se filtraba en su tensa voz.— Esta noche. Ahora. Necesito lo más pronto un vuelo disponible.

— Bien no puedo conseguirle un vuelo a Applecress, está demasiado aislado de un aeropuerto comercial. Puedo conseguirle a Inverness. Está aproximadamente a 128 kilómetros de distancia, pero es lo más cercano que tengo. Puedo conseguirle un coche de alquiler si necesita uno.

La tormenta que rabiaba dentro de ella se hacía impaciente y frenética.— Está bien, uno de alquiler —.Esperanzadamente la fuerza ajena dentro de ella sería capaz de maniobrar por los caminos escoceses, porque ella seguramente nunca había conducido en un país extranjero desconocido bajo su propia coacción.— Inverness está bien. Sólo consígamelo enseguida.

— Todo listo entonces. Lo más pronto que puedo disponer es un vuelo para las siete de la noche. Esto le dará una hora y media para ir al aeropuerto y pasar por seguridad. ¿Pagará el precio del pasaje de ida y vuelta como siempre?

El miedo la atacó, instintivo y profundo, cuando se oyó decir— Un pasaje de ida, Sr. Osmond. Un pasaje por ahora.

— Un pasaje. ¿A su tarjeta de crédito habitual? —.Mona dio una respuesta concisa y afirmativa.— Espero que disfrute de su vuelo, Srta. Kincaid.

Mona colgó sin responder y cayó al piso, todavía luchando contra el loco impulso de gritar.

Una hora y cuarenta y cinco minutos más tarde estaba en el aire, obligada por un destino en el que todavía no estaba segura de poder creer.

Capítulo 1

Adrian Darkwood levantó su nariz al aire, oliendo el perfume salvaje del bosque que flotaba en la fría y fresca brisa. No había duda que algo andaba de verdad muy mal aquí, en este país extraño y salvaje. Podía olerlo. Podía sentirlo, profundamente, en su misma sangre. Y él no era la única criatura en el bosque cuyos sentidos le habían alertado del peligro que acechaba.

El bosque estaba tranquilo, misterioso, en calma, lo que era absolutamente antinatural en una tierra tan ilimitada y apasionada. Ningún pájaro cantaba. Ningún animal se apresuraba a esconderse en la tierra. No había olor a almizcle. No había restos de ninguna bestia o marcas que él pudiera ver con sus ojos hombre o de lobo. Todo estaba silencioso y tranquilo como la muerte.

Era un lugar atormentado.

Era desde aquí de donde los tristes gritos de los skinwalkers[*] habían emanado. Era desde aquí de donde una antigua y terrible cólera había sido despertada, resonando como un peligroso eco en el interior de todos y cada uno de los hombres lobos en el mundo. Adrian estaba seguro de que había encontrado el lugar… maravilloso y terrible que había estado buscando toda su vida. La Fuente. La fuente de todas las clases de lobos.

Este era el secreto que había perseguido durante toda su vida. Cada expedición, cada tribu de lobo que había descubierto, cada trozo de información que había conseguido indagar le había conducido aquí, a este lugar.

Pero ahora que estaba aquí, no tenía ninguna idea de qué hacer después.

Estas no eran las circunstancias en las que había previsto tal descubrimiento. Pero podía sentir sin duda un lazo elemental con este lugar. La inquietud que había sentido los meses pasados emanaba inequívocamente de estas tierras. De la calma de estos bosques oscuros, secretos, y elevados páramos escoceses. Y cada skinwalker al que había encontrado, desde París a Rusia, hasta Washington y de vuelta, había sentido esta misma oscura agitación.

La Manada Antigua, la fuente de todo el linaje hombre lobo, estaba en caos. Algo había ido horrible, horriblemente mal. En todo el mundo, los descendientes de esta gran tribu; su *propio* clan de lobos; sentían los efectos de este terrible asunto.

Adrian sabía que debía averiguar por qué, después de tantos y tan largos años de búsqueda infructuosa, había sido conducido a este lugar. Por qué le habían permitido acercarse y descubrir el paradero de esta magnífica y perdida raza de antiguos skinwalkers. Sabía que en circunstancias normales nunca habría sido capaz de hacer el camino solo. Incluso después de muchos años de rastrear distintas clases de lobos, nunca antes había encontrado una indicación de que la fuente de todos ellos se encontrase en Escocia. La verdad siempre había estado oculta para él hasta ahora.

¿Pero por qué ahora? ¿Por qué él? ¿Por qué, de todos los skinwalkers como él que habían buscado este clan por generaciones, sólo a él se le había

---

[*] Skinwalkers son creencias posibles de encontrar en numerosas culturas alrededor del mundo. Se relacionan cercanamente con hombres lobo y brujas. La cultura navajo es la que mejor ha documentado sus creencias de skinwalkers, asimilándolos con demonios humanos capaces de cambiar de forma a cualquier animal de su elección. En este libro, skinwalker se utiliza como sinónimo de hombre lobo o hombre lobo, en plural, hombres lobos.

permitido llegar hasta este lugar sagrado? Seguramente los miembros de esta manada sabían que él había llegado. Eran criaturas poderosas y sabias y él no había hecho nada para enmascarar su presencia.

Había un gran misterio delante de él. Y un gran peligro.

Gruñendo, salió del bosque y se dirigió hacia el pueblo. Volvería pronto. Y encontraría las respuestas que buscaba. O moriría en el intento.

Era casi doloroso mantenerse sobre sus pies. Quería dejarse caer, dejar su forma humana, y correr como un lobo a través de la fría y dura tierra. Sabía que una vez que la luna se elevara en el cielo, llena o no, tendría que aceptar su cambio. Luchar contra ello no le llevaría a ninguna parte, sólo lo debilitaría. Y aunque siempre había estado dotado de la capacidad de ignorar su naturaleza salvaje, no había ningún modo de que lo pudiera hacer mientras estuviera en este lugar, tan cerca del lugar de nacimiento de sus antepasados.

Algo estaba terriblemente mal aquí. Lo sabía.

La casita de campo que había alquilado se recortaba al pie del bosque e hizo el camino hasta llegar allí fácilmente. Era una morada acogedora, simple, reservada para turistas que raras veces visitaban el lugar. El alquiler había sido barato, los propietarios necesitaban ese ingreso y no podían permitirse exigir más dinero por miedo a que él pudiera encontrar otra casita de campo para alquilar en vez de la suya. Adrian les había ofrecido doblar el alquiler si prometían dejarlo tranquilo durante su permanencia allí, no porque temiera que ellos pudieran invadir su aislamiento, sino porque necesitaba una excusa lógica para darles más dinero, ya que sabía que ellos no tenían demasiado.

La gente aquí era demasiado orgullosa como para aceptar lo que en realidad podían ver como caridad.

El pueblo de Applecress estaba en un estado lamentable, casi en la bancarrota. Eran solitarios y reservados. Se protegían entre ellos. Los habitantes de todo el pueblo estaban relacionados en una forma u otra, las familias habían vivido y trabajado aquí durante siglos sin tener ninguna razón para tomar nuevos rumbos y explorar el ancho mundo.

Era un lugar aparte. Las reglas del mundo moderno no se aplicaban aquí. Y con respecto a todos los servicios y comodidades tecnológicas; electricidad, teléfonos, automóviles; el pueblo vivía en un estado casi feudal. Leales solo a la cabeza del Clan Kincaid, hasta entonces la matriarca, que había muerto poco tiempo atrás, la gente de Applecress vivía bajo su propio código, manteniéndose apartados del mundo que les rodeaba y sus preocupaciones.

Adrian tenía la certeza de que su destino estaba entrelazado con la manada originaria. Simplemente sucedía que no sabía de qué manera.

Dejó la puerta de su casita de campo abierta para que entrase el aire limpio. Necesitando oír la voz de alguien familiar, encontró su teléfono móvil; agradeciendo que funcionara, incluso aquí, en esta encantada y oscura tierra; y marcó el número de su madre.

Ella respondió en el primer toque.

— Adrian, sabes que no debes llamarme tan tarde. Si tu padre supiera que yo tengo este teléfono móvil lo rompería en el acto.

— Hola a ti también, Mamá —respondió, inmediatamente tranquilizado al oír su querida voz. La bestia dentro de él, luego de horas de merodear y gruñir, pudo calmarse al fin.

— ¿Qué va mal? —.Ella lo conocía demasiado bien. Su vínculo era tan fuerte que incluso a tantos kilómetros de distancia, ella podía sentir su inquietud sin esfuerzo.

— Los he encontrado.

Ella contuvo su aliento.— ¿Por qué no puedes sentirte bien estando solo, muchacho? —.Había un gruñido suave en su tono ahora.

Él frunció el ceño. Era un viejo argumento.— Ya sabes por qué. Necesito respuestas, respuestas que sólo el Clan Primigenio puede darme.

— ¿Clan?

— Estoy en Escocia.

Adrian casi podía ver a su querida madre rechinar los dientes.— Tu padre va a estrangularte. Creí que estabas todavía en Rusia con Ash.

— ¿Sabías que Ash estaba en Rusia? —preguntó, sorprendido.

— Desde luego. Él llamó con noticias sobre su compañera. Aunque no dijera nada de ti, desde luego yo pude adivinar que habías sido tú quien lo había llevó para allá —ella suspiró pesadamente y a él se le retorció su corazón al oír su sonido cansado, aun cuando sabía que ella lo hacía más para beneficio de él que por una genuina fragilidad. Era una maestra de la manipulación con años de práctica; y había tenido que hacerlo, con dos testarudos machos Alfa en su familia.— ¿Cuándo dejarás ese esfuerzo inútil y vendrás a casa?

— Creí que estabas de mi lado, Mamá. Creí que comprendías; incluso creí que estabas de acuerdo; con mis motivos para buscar respuestas a los misterios de nuestra raza en mis viajes.

— Realmente lo entiendo. Y lo apruebo, no tus motivos, sino el hecho de que te sentirás feliz mientras continúes con esta búsqueda. Pero has estado lejos de la manada demasiado tiempo. Tu deber está aquí, con tu propia manada. No en Escocia.

— Suenas cada vez más como Papá.

— No te mofes de mí de ese modo, muchacho. No estoy a tanta distancia como para no poder ir yo misma y arrastrar tu culo de vuelta hasta aquí.

— Eso esta mejor. Ahora hablas verdaderamente como alguien de Los Ángeles.

— No he estado en Los Ángeles desde hace más de treinta años y lo sabes —dijo, pero había risa en su voz ahora. Si había una cosa con la que le gustara molestar a su marido hombre lobo, era que ella siempre pensaría y hablaría como un humano. Eso volvía loco al poderoso Alfa, siempre y cuando no estuviera dominado de apasionada lujuria por su compañera.

— No puedo volver aún, Mamá. Estoy tan cerca ahora que puedo sentirlo.

— ¿Por qué piensas que este clan tendrá las respuestas que buscas? No las hay, hijo, te lo he dicho muchas veces. Somos hombres lobo por derecho propio y siempre lo seremos. La evolución nos ha apartado de formas que no podemos entender, los unos de los otros, unas manadas de otras, del mismo modo que con los humanos. No hay ninguna forma en que podamos mezclarnos con humanos a gran escala como tú supones, y tampoco hay necesidad de ello. Deja que la Naturaleza siga su curso.

— Tanta de nuestra gente, de cada manada en el mundo, se mezcla con humanos. Es inevitable que aceptemos algunos de sus formas de vida para salvar nuestras tierras y tradiciones. Tenemos que hacerlo, para sobrevivir

—.Deseó no haberla llamado. Este argumento era demasiado viejo, demasiado familiar, demasiado emocional.

— Y lo haremos. Ya lo hacemos. No puedes apresurar el curso de nuestra evolución. O entenderlo. Has estado escapado de tus responsabilidades demasiado tiempo. Tu padre desea dar un paso al lado, entregarte el manto de responsabilidad como Jefe de manada. Y aunque odies la idea, es pese a todo, tu destino el aceptarlo. Ven a casa. Deja ya de escapar.

Adrian gruñó, sintiéndose paralizado.— No huyo. Hago algo importante para todos nosotros. Este Clan Primigenio sabe de dónde provenimos, por qué somos como somos. Ellos tienen que saber si estamos apartados de los humanos o si, inevitablemente, estamos atados a ellos. Tienen que saber qué cosa debe ser hecha para asegurar la supervivencia de nuestra raza, en este revuelto mundo de herencias de poder y caminos tortuosos. Debo continuar mi búsqueda.

— ¿Qué harás con esas respuestas, Adrian, una vez que las tengas? Si las respuestas no son de tu gusto, ¿qué harás entonces? No hay nada allí que puedas aprender que no puedas aprender aquí, con tu propia manada, con tu propia gente.

— Me tengo que ir Mamá. Dile a Papá que lo quiero.

Ophelia Darkwood suspiró pesadamente, y esta vez su cansancio era genuino.— Camina con el viento, hijo.

— Vuela con las Águilas, Mamá.

Afuera de la puerta abierta de Adrian el viento silbó a través de los páramos, aullando como un lobo solitario en la noche.

Capítulo 2

Mona miró alrededor de los bien ordenados cuartos de la casa de sus abuelos. Nunca antes había estado aquí. Nunca había esperado venir. No en circunstancias normales. Y seguramente no en circunstancias como en las que se encontraba.

Conducir su coche de alquiler hasta aquí sido fácil, como si siempre hubiera sabido el camino de memoria. Aterrorizada y sin embargo curiosa, había seguido su instinto hasta torcer por un camino que la condujo al pueblo de Applecress. Fuera de toda razón, no había sentido la necesidad de consultar un mapa. Ni siquiera una vez.

Había avanzado directamente a través del pueblo, hacia las lindes boscosas, donde la casa de su familia la había esperado expectante. No teniendo un número donde poder ubicar a August Finn o a alguien en el pueblo que pudiera decirle como diablos continuar, simplemente había usado la llave que su Abuela le había enviado cuando cumplió veintiún cumpleaños para abrir la simple puerta de madera. Avanzando trabajosamente con su maleta y su bolso de noche, entró en la acogedora sala, sintiéndose casi bienvenida.

Aquel sentimiento habría durado mucho más si no hubiera visto la biblioteca, que contenía pocos libros, pero sí muchas armas afiladas, pistolas y trampas de oso. Después de ese espantoso recordatorio de la locura en la cual se había visto enredada, cerró con resolución la puerta y evitó aquella parte de la casa.

Una fotografía descolorida de sus abuelos descansaba en un pequeño marco de madera sobre la chimenea de piedra en el comedor. Sintiendo un dolor desgarrador en los alrededores de su corazón se acercó a ella y la levantó con manos temblorosas. Con sorpresa, notó que su padre, entonces un muchacho joven, también aparecía en la foto. Parecía feliz, riendo como cualquier otro muchacho normal con sus padres, pero Mona se preguntó por la sinceridad de tal apariencia. Ella raras veces había visto la sonrisa de su padre, así que no podía estar segura.

Sus abuelos habían sido tan diferentes de sus propios padres. Poco después de cumplir los dieciséis años, había decidido, sola, invitarlos para una visita. No a la casa de sus padres, su madre y su padre se habrían horrorizado si hubieran sabido que ella se había puesto en contacto con ellos, sino a un hotel cercano. Había usado sus ahorros y el dinero de su cumpleaños para comprar los pasajes.

Los padres de Mona podían no haber sido demasiado cariñosos con ella, pero eran muy generosos con su dinero. Mona había entendido eso ya a una edad temprana. Era semejante a lo que le ocurría a muchos niños que conocía y con los que había crecido. Cuando los padres de alguien estaban enfocados al éxito de sus carreras no había mucho tiempo para las relaciones familiares. En cambio, había un suministro aparentemente infinito y abundante de bienes materiales. Como si el dinero pudiera compensarlo todo.

Sus abuelos habían estado felices con la visita. Parecía no importar, o sea, simplemente no lo habían mencionado, que los padres de Mona hubieran estado completamente ausentes durante su permanencia toda la semana. Esa había sido la primera vez que Mona los había visto, los extraños padres de su padre, pero no habría de ser la última.

Durante aquel primer par de años, matizado con visitas de sus abuelos cada pocos meses, Mona se había preguntado por qué su padre había abandonado a sus cariñosos padres. No había sido hasta más tarde que había entendido exactamente el por qué. Su padre nunca hablaba de ellos. Ciertamente, durante sus años más jóvenes y más curiosos, él había prohibido a Mona incluso preguntar acerca ellos. Él nunca había mentido y los había proclamado muertos como otros en su posición habrían hecho. Mona había estado agradecida para eso, además que nunca se había decidido a buscarlos. Pero discutir sobre la línea sanguínea, sobre la herencia de su padre era estrictamente tabú, y Mona había respetado esto.

Hasta que cumplió los dieciséis años.

Había tenido una pelea terrible con su madre, lo recordaba demasiado bien. No debería haber sido nada especial el tema de la discusión, Mona y su madre había estado peleando casi sin parar desde el día en que Mona había alcanzado la pubertad. Pero ese día hubo algo especial. Algo diferente.

— Lo único por lo que te preocupas son esos estúpidos perros con los que siempre juegas en la tienda de animales, o en la protectora de animales. No te preocupas por *la gente*. Te estas convirtiendo en una especie de reclusa y no puedo soportarlo más. Irás a esta fiesta, y lo pasaras bien, o te castigaré, así que ayúdame.

Mona había resoplado, haciendo volar su flequillo de pelo rojo oscuro elegantemente cortado; y se lo había cortado así únicamente porque su madre odiaba el pelo corto sobre su cara.— Y todo lo que te preocupa es que este inversionista podría pensar que eres una madre malísima, si no me muestro tal como le dijiste que yo era —Se había mofado burlonamente entonces.— No soy una debutante como tú lo fuiste a los dieciséis, mamá. No me intereso por fiestas o soirees[*], y no me preocupo en lo más mínimo por la alta sociedad. Voy a ir al espectáculo de perros. Puedes dar mis excusas al Alcalde, o al que intentes impresionar. Trabajé muy duro ayudando a entrenar algunos de estos perros como para pasar la noche de la competición de hocicos-marrones con mis padres.

La mano de su madre le había pegado con fuerza en su mejilla. Mona se había tambaleado y se había preguntado el por qué de esa trascendental demostración de pasión de una mujer que hasta entonces nunca había usado tal fuerza contra ella antes.

— ¡Estás tan loca como tu padre cree! ¡Tan chiflada como él dice que sus padres están! Ahora escúchame, jovencita. Te prohíbo que sigas con ese ridículo entrenamiento de perros. Te prohíbo que te relaciones con perros y se acabó. *Irás* a la fiesta esta noche o te encontrarás matriculada en el internado más estricto que pueda encontrar. ¿Está claro?

Mona había querido rebelarse aún más, pero sabía cuando su madre estaba siendo seria. No tenía ningún deseo de ser enviada al internado, no cuando tenía tal libertad con sus tutores personales. Así que, contra sus mejores deseos, había asistido a la fiesta. Y lo había pasado horriblemente mal. Y se había asegurado de que cada persona que estaba allí supiera cuán infeliz se sentía por las circunstancias. Y su madre nunca la había obligado a asistir a otra fiesta después de esa.

Aquella escaramuza particular había terminado por un lado aquella batalla de voluntades, dejándola victoriosa. Pero Mona había aprendido algo

---

[*] Fiestas de la alta sociedad

ese día. Por alguna razón, sus padres compararon su aversión hacia las situaciones sociales, y su afinidad con los caninos, con una especie de locura. Una locura de la que sus abuelos supuestamente padecían también.

Mona había jurado entonces, encontrarlos y ver por sí misma cuán locos estaban… o no estaban. Sabía que era antisocial, le gustaba más la compañía de los de perros que de la gente, pero no estaba loca, a pesar de lo que sus padres, demasiado dramáticos, creyeran. Mona entendía a los perros mucho mejor que a la gente, era capaz de entrenarlos como por arte de magia, y ellos nunca discutían con ella o la despreciaban. No estaba loca para ellos. Y si sus abuelos eran igual, entonces no podían ser tan malos como le habían echo creer.

Los años que ella había perdido siendo respetuosa con los deseos de su padre en lo que respectaba a sus abuelos habían terminado.

Y entonces, había buscado a sus abuelos paternos. Los había encontrado. Pasado tiempo con ellos. Los había amado. Y no fue hasta el día profético de su décimo octavo cumpleaños que finalmente comprendió… que locura *realmente* corría por las venas de su familia.

Y ahora, aquí enfrente tenía una prueba adicional. Sentía la locura como una tormenta corriendo por sus venas. Lo había asumido, y no estaba segura de si había algo que pudiera hacer para lograr que la marea volviera atrás nuevamente. Parecía como si fuera ya demasiado tarde para hacer algo, y solo pudiera sentarse y ver como todo llegaría a su fin.

— ¿Srta. Kincaid?

Una figura surgió en la entrada de la casita de campo, un hombre grande de aproximadamente cincuenta y tantos años, de cabellos largos y canosos, y una corta barba gris sobre su rostro. No le había oído llamar. No le había oído abrir la puerta. Era una prueba de lo despistada que estaba; sus sentidos eran por lo general mucho más agudos.

— Sr. Finn, supongo —respondió cortésmente, determinada a ocultar sus turbias emociones bajo una estoica capa de autocontrol.

— Aye. Soy quien la llamó para que viniera aquí —Limpió su garganta con inquietud.— Limpiamos la casita de campo a fondo para usted —.Su pronunciación parecía aún más espesa en persona que por teléfono.— La despensa está abastecida, aunque no estaba seguro de qué productos de alimentación le gustarían. Hay solamente alimentos básicos por ahora. Si necesita algo, sólo tiene que preguntar a cualesquiera en el pueblo y se los conseguiremos. Espero que el lugar sea lo bastante cómodo para usted.

— Estoy segura de que lo será, Sr. Finn.

— Por favor, muchacha, me hace sentir viejo. Llámeme August —sonrió abiertamente, revelando una fila de fuertes dientes.

— Desde luego, August. Y usted me llamará Mona —instó ella.

— Oh no —su aversión a esto era evidente, aunque mantuviera su sonrisa.— Usted es la jefa del clan aquí, ahora. Será la Sra. Kincaid o Señora, para todos nosotros —.Su sonrisa burlona tembló por fin, sus ojos se oscurecieron por algo que le preocupaba o temía.— Estamos contentos de que haya venido.

— ¿Y por qué vine? —.Tenía que saber algo, o se volvería loca preguntándose.— ¿Por qué me ha traído aquí?

El sudor brilló sobre su frente y él se lo quitó nerviosamente con un pañuelo blanco que metió en el bolsillo de sus pantalones de trabajo.— Hace calor para ser esta estación del año —dijo, aunque Mona había pensado que hacía bastante frío.— ¿Puedo sentarme? —.Él hizo señas hacia una silla cercana reclinable.

Mona asintió, tomando otra silla con cautela, contenta de haber vivido cómodamente cuando decidió meterse en esto.

— Yo conocía a su padre —dijo él sorprendiéndola.— Era un muchacho alegre, pensaba que buena parte de nosotros estábamos locos —Él la miró con sus ojos verdes, claros y fríos.— No estamos locos, sabe. Tampoco sus abuelos.

Mona se enderezó defensivamente y respondió a su mirada serena con una propia.— Cuando la gente conversa acerca hombres lobo, herencias y pactos sagrados, uno tiende a pensar que están locos o que son demasiado supersticiosos.

— Sus abuelos no lo eran, ni locos ni supersticiosos.

— Ellos pensaban que nuestra familia estaba destinada a vigilar a la manada de hombres lobo que vagan por este bosque —ella agitó la mano señalando la tierra boscosa, fácilmente visible desde una de las ventanas de la casita de campo.— Creo que eso suena más que un poco extraño, ¿o no?

— Ni un poco. No si es verdad. Y en este caso es verdad.

— No lo es —dijo ella enérgicamente, preguntándose si alguna vez lo creería totalmente.

— Cambiará de opinión una vez que me escuché hasta el final. Hace dos semanas, una manada entera de ovejas fue asesinada. Todo en una noche. Unos días después de eso, un gallinero fue derribado como si de una caja de paja se tratase, y se comieron todas las gallinas. Y hace tres noches —tragó de forma audible y limpió el sudor de su frente otra vez— Emmett O'Criene, el dueño de la manada de ovejas y las gallinas, fue encontrado muerto en sus pastizales. Su garganta fue rasgada limpiamente, hasta el fondo.

— ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

— Todo. Lo supimos enseguida. La luna estaba baja en el cielo, teñida de rojo durante casi todo el mes pasado —él se inclinó hacia ella de manera conspiratoria — Y los hemos estado escuchando. Llamando a la luna, aullando como si sus corazones estuvieran rotos. Brenda Smithey vio algo acechándola desde el linde del bosque cerca de su casa, mientras colgaba su ropa para secar. Y el hijo mayor de Thomas Greene vio un grupo de ellos explorando su casa y la de su hermana.

— Todavía no veo qué es lo que todo esto tiene que ver conmigo. No creo en supersticiones, Sr. Finn. Y creo que haría mejor en llamar al guardabosque en vez de a mí en lo que respecta a la muerte del Sr. O'Criene.

— Tanto si lo creé como si no, son los hombres lobos los que hacen esto. Algo ha ocurrido que lo ha estropeado todo, algo hemos hecho. El *Gruenwalt…* el antiguo pacto entre nosotros, los humanos y esas bestias… está cerca de romperse. Y si esto ocurre, todos vamos a morir. Habrá un baño de sangre y los lobos ganarán, sin ninguna duda.

Mona se levantó, apretando sus labios con ira.— He tenido bastante de esto. No puedo creer que viniera aquí para escuchar esta mierda…

— Esto no es una mierda y usted lo sabe —rugió él, claramente perdiendo su paciencia.— Sólo usted puede dirigirse a ellos. Razonar con ellos. La sangre en sus venas, la sangre del Clan Kincaid, tendrá efecto sobre ellos. Hágalos ver. Hágalos perdonarnos independientemente de la infracción que hayamos cometido. Es por eso que la llamé y le dije las palabras sagradas. Es por eso que vinisteis. Debe cumplir con su deber como líder del clan.

— No lo puedo creer… —fue interrumpida bruscamente por un salvaje aullido emitido desde los árboles más allá de la casita de campo. El sonido llegó directamente a su corazón, haciendo que jadease y se mareara.

— ¿Lo ve ahora? Puede sentirlo en su sangre, sentirlos a ellos. Hay cólera en ellos ahora. Por alguna razón nos están marcando, acechándonos. Sólo es cuestión de tiempo que ataquen. ¿No nos ayudará?

— ¿Qué puedo hacer? Ni siquiera puedo creerlo —rechinó los dientes.— No creo en nada de esto.

— Lo hará. Todo lo que tiene que hacer es cruzar esa puerta y salir al bosque para entender aquello que necesita hacer. Su familia siempre tuvo el don de saber que piensan esas bestias, de saber lo que deseaban. La paz entre nuestro pueblo y su manada está pendiendo de un hilo, pero usted sabrá que hacer para ponerla en orden. Incluso si no creéis en esto de momento.

Sin decir otra palabra, él se dirigió hacia la puerta, encaminándose hacia el sol poniente y la dejó mirándole retirarse con abierta incredulidad.

— ¿Está todo el mundo loco aquí menos yo? —escupió, cerrando de golpe la puerta tras él.

Capítulo 3

Mona se internó más profundamente en el bosque, con la linterna afirmada con resolución delante de ella para alumbrar el camino.

— Estúpidos, supersticiosos, hatajo de tontos —refunfuñó en voz baja, y no era la primera vez que lo hacía.

No queriendo permanecer en ese pueblo de locos un segundo más, había decidido terminar con aquello. Entraría en el maldito bosque, a pesar de que el cielo crepuscular se estaba oscureciendo, y acabaría con el miedo de la gente. Cuanto antes lo hiciera, más pronto podría volver a su vida normal, abandonando todas aquellas tonterías acerca de los hombre lobo y *Gruenwalt* de una vez por todas.

No era fácil. Aunque no tenía exactamente miedo de la noche, había sin embargo algo misterioso y tenía un extraño presentimiento que le hizo ralentizar la marcha mientras miraba a su alrededor en busca de… lo que fuera que buscaba. Los altos árboles la rodeaban, proyectando sombras oscuras, y una impenetrable niebla comenzó a juguetear despacio alrededor de sus pies y pantorrillas.

— Esto es tan estúpido —se reprendió.— Debería volver ahora, tomar mi coche y conducir de vuelta al aeropuerto. No hay nada aquí fuera excepto árboles y suciedad y…

Un largo y único aullido llegó hasta ella, deteniéndola en seco. Jugueteó encima y alrededor suyo, cantando en su sangre, haciendo eco dentro del oscuro pozo que se había abierto profundamente dentro de su alma.

— ¡Mierda! ¿Qué fue eso?

Bah, no seas idiota, pensó, *eso es un lobo. Son comunes en estos lugares, ya lo sabes. Santo dios. Contrólate*.

Caminó con resolución hacia adelante adentrándose en la niebla creciente, sus pasos casi no hacían ningún ruido en aquella quietud. A pesar del aire frío, se sentía arropada con su chaqueta de lana y estaba contenta de haber pensado en empacarla con el apuro de subir al avión.

Una ramita se rompió audiblemente a su izquierda y giró la linterna para ver qué había hecho el ruido. La niebla trabajaba en su contra. Densa y espesa, dificultaba su capacidad de ver más allá de unos pocos metros del haz de luz. Había algo amenazador y espeluznante en la niebla, se movía como si fuera dirigida, para proporcionar cubierta a lo que fuera que podía estar al acecho en la profunda oscuridad de la noche.

Unos arbustos crujieron detrás de ella, un gemido y un susurro que la heló hasta la misma columna. Se dio la vuelta otra vez, pero no podía ver nada allí. No podía ver nada… pero podía sentir muchas cosas, y a Mona no le gustaba en absoluto lo que sentía.

— Basta de dar malditas vueltas. Sal donde pueda verte, ¡maldita sea! — gritó valientemente. Aunque el valor era muy diferente de la emoción que la invadía ahora, sola en la oscuridad. O no tan sola.

Mona no estaba completamente segura de cual de los dos argumentos era peor.

Un gruñido bajo rompió el silencio, otro arbusto suspiró inquietantemente, y luego ella lo vio. O más bien él se dejó ver.

La forma cuadrúpeda de un lobo, difuminado por la oscuridad y la niebla,

apareció delante. Todo lo que podía distinguir claramente eran sus ojos, alarmantemente azules mientras permanecía quieto como la piedra, mirándola desde la niebla que se arremolinaba a su alrededor. Estaba justamente delante de ella, bloqueándole el camino.

Mona no comprendió como había sabido que era un macho, más de lo que había nunca comprendido cómo era que siempre sabía el sexo de un canino simplemente echándole un vistazo o estando cerca de uno de ellos. Pero lo hacía. Lo sabía incuestionablemente y lo aceptaba.

Aceptaba también, que este lobo la conocía. O sabía acerca de ella. De alguna manera.

— Maldita sea —juró, paralizada en el lugar, incapaz de hacer otra cosa excepto mirar fijamente a la bestia con miedo y maravilla.

El lobo gruñó, bajó su cabeza, y a través del velo de niebla ella pudo ver por un momento como desnudaba sus dientes hacia ella. Advirtiéndole. Amenazándola. Desafiándola.

— No estoy aquí para hacerte daño —dijo, sin saber siquiera que pretendía formar las palabras que pasaron a través de sus labios entumecidos. Las palabras parecían adecuadas, correctas.— He venido para completar el Gruenwalt —.¿De dónde había salido eso? ¿Era estúpida o simplemente estaba loca? Ella no creía en tal cosa.

O al menos había parecido que no.

La cabeza del lobo se alzó, pero sus dientes estaban todavía desnudos en un gruñido. La luz azul que ardía en su mirada hablaba de una inmensa inteligencia. Y una cólera también inmensa.

— Si te he ofendido, lo siento. La gente del pueblo lo siente también. Dime que debemos hacer para aliviar tu descontento con nosotros.

El lobo saltó hacia detrás, sin molestarse en ocultar el sonido de su retirada. Mona se precipitó para seguirlo, el rayo de su linterna moviéndose vertiginosamente mientras perseguía al lobo por el bosque.

— ¡Maldita sea! —Dio una patada en el suelo, barriendo el área con su luz, buscando. Fue en vano.

No habría respuestas esa noche, estaba casi segura de ello. Con un pesado suspiro se volvió en la dirección en que había venido y se encaminó hacia casa.

— Lobo estúpido —refunfuñó, sabiendo que estaba más enfadada consigo misma por creer; incluso durante un único segundo, en la locura de su familia, más que con el lobo.

Un peso aplastante y doloroso se estrelló contra ella desde atrás, tirándola a tierra. Su linterna voló al suelo. La luz parpadeó y se apagó. La oscuridad se tragó a Mona, la oscuridad del bosque nocturno, la oscuridad del miedo, mientras ella rodaba desesperadamente bajo el peso que le había caído encima, quitándoselo torpemente.

El fiero y bajo gruñido del lobo envió un rayo de frío miedo a su corazón. Empezó a lanzar golpes desordenadamente, intentando desesperadamente ponerse en pie. Tropezó cuando el lobo se lanzó de cabeza contra sus piernas, manteniéndola con eficacia sobre la tierra. Mona cayó con fuerza, su cabeza golpeó una roca o una raíz, no podría decirlo con exactitud. Las estrellas bailaron ante sus ojos, su estómago se sacudió de asco.

Incluso en la oscuridad, Mona podía ver aquellos brillantes y fríos ojos

azules. El lobo se cernía sobre ella ahora, incluso mientras intentaba avanzar lentamente a gatas para alejarse de su forma amenazadora. Las mandíbulas de la bestia intentaron morder sus piernas y ella dio una patada, haciendo contacto con su hocico.

El lobo aulló, luego gruñó más fuerte. Ahora estaba realmente furioso.

Mona se levantó. El lobo la derribó otra vez, sacudiéndola hasta sus mismos huesos con su fuerza mortal. Su cara golpeó la tierra. Su boca se llenó de suciedad. Su labio se partió y sangró, inundando su boca con un gusto arenoso y agridulce. Su corazón tronó de miedo y luchó por controlarlo, recuperar algún rastro de pensamiento, encontrar una salida, lejos de las mandíbulas y gruñidos del enfurecido animal.

Unos dientes agudos como cuchillos le mordieron la pierna, hiriéndola, haciéndole daño, pero sin romper la piel bajo la gruesa cubierta de sus vaqueros. El lobo avanzó lentamente sobre ella, y Mona rodó sobre el suelo con pánico, intentando quitárselo de encima. El chasquido de sus mandíbulas evitó su cara solamente por un pelo.

Una cólera candente la llenó, dominando por fin el miedo. Su obstinación se elevó y con ella algo de su perdido control. No podía dejar que aquella bestia la sometiera.

Cuando el lobo intentó morderla otra vez, ella le atacó, sujetando fuertemente sus propios dientes sobre el lado de su cara. Rasguñando a través del pelaje y la piel. Derramando su sangre. El lobo gritó y se alejó torpemente, pero probablemente más por la sorpresa que por la herida. Mona escupió su sabor de su boca y por fin se puso de pie.

— ¡No te metas con un Kincaid, hijo de perra! —.Se dio la vuelta para correr, sin siquiera hacer una pausa para preguntarse por la inutilidad del gesto.

El lobo la derribó otra vez. Los dos gruñeron, ambos ahora llenos tanto de cólera, como de rabia y dolor. Mona la emprendió con sus puños. El lobo la agarró con sus patas gigantescas, rasgándole la ropa. Ella gritó, su cólera llameó más brillante, y redobló sus esfuerzos por escapar.

Una forma oscura saltó desde las sombras, golpeando y alejando a su atacante tan rápido y tan fuerte que ni Mona ni su opositor estaban preparados para ello. Los sonidos de una nueva batalla llenaron la noche. Otro lobo se había unido a la lucha.

Gruñidos y aullidos hicieron eco en el bosque. El aroma de la tierra que se alzaba, de piel y polvo llenó la noche como un espeso perfume. Un aullido y un grito de uno de los combatientes… y entonces, bruscamente, todo estuvo en silencio.

Sin quedarse a esperar para averiguar que ocurriría luego; quien había ganado la batalla o que querrían de ella ahora que la tenían, Mona echó a correr.

Las luces acogedoras que brillaban desde las ventanas de la casita de campo le condujeron a lo largo de los últimos lindes del bosque como un faro que dirige un barco perdido en el mar.

Nunca había estado tan feliz de ver su casa en toda su vida.

* * * * *

Adrian la observó ir, corriendo ligera, rápida y libre como una fogosa gama

en su hábitat natural. Le costó cada onza de autocontrol que poseía no correr tras ella, tirarla al suelo y tomarla.

Su boca estaba llena del hierro cobrizo de la sangre del otro lobo.

¿Qué había estado haciendo ella aquí, por la noche y con niebla? ¿Y por qué el loup-garou[♥] había intentado dañarla? Era otro hombre lobo, estaba seguro de ello, lo que había estado con ella en la oscuridad. Y aunque su raza era tan salvaje y agresiva como cualquier lobo, raras veces se veían impulsados a la violencia contra los humanos tal como éste había hecho.

Adrian quería encontrar a la bestia que había escapado con un aullido cobarde luego de su derrota. Quería encontrar y matar al que se había atrevido a amenazar a su compañera. Pero no lo hizo. Era un forastero allí, en aquellas tierras y aún no conocía las costumbres de aquella antigua y salvaje manada de skinwalkers. Debía esperar y buscar justicia más tarde, cuando el momento fuera el adecuado. Debía dejar su cólera de lado, al menos por un tiempo.

Por ahora, se concentraría en la mujer. Todo lo demás palidecía en comparación. Su búsqueda de la Fuente, su necesidad desesperada de respuestas, nada de eso importaba ahora que la había visto. Ahora que sabía lo que ella era para él, cuán importante era para él. La encontraría otra vez. La cortejaría. Y luego podría volver a su objetivo, su raison d'être[♥] allí. Pero no ahora. No aún.

Primero, tenía una compañera que reclamar.

[♥] werewolf (Inglaterra), junto con *lycanthropos,* (Grecia), loup-garou (Francia), varkolak (Bulgaria), lupo mannaro (Italia), etc., son distintas denominaciones para lo que conocemos como hombre lobo.

[♥] raison d'être, razón de ser o estar. En francés en el original

Capítulo 4

Mona sostuvo su tazón de café pensativamente. Estaba fuertemente azucarado, tal como le gustaba, una bebida “caramelo”, tal como su padre despreciativamente lo habría llamado. Agregó otra rebosante cucharada de azúcar a la cremosa mezcla, por el simple placer de hacerlo, sonriendo por el sin sentido de su humor. El parloteo del Pub se filtró en su mente, ahogando los negros pensamientos que la asaltaban. Miró a su alrededor, a las miradas abiertamente inquisitivas, de todos los entrometidos y curiosos desconocidos que llenaban el cuarto humeante, compitiendo por una oportunidad de captar un vistazo de la recién llegada.

Nunca se había sentido tan sola. O tan atosigada por la gente que se arremolinaba a su alrededor.

Era temprano por la mañana y el sol con alegre determinación estaba decidido a hacer desaparecer el hielo que tapizaba el suelo escarpado. Mona no sabía de ningún Pub que abriese tan temprano como éste, pero cuando un pequeño pueblo solamente tenía uno, y servía como cafetería, salón de reuniones, además de Pub, como en ese momento. La comida era sustanciosa, la atmósfera era espesa y los propietarios amigables.

Excesivamente amigables, quizás. La madura señora que le había servido el desayuno de huevos, tostadas y avena a Mona, había parecido casi ofendida cuando había pedido la cuenta de la comida.

— Una maldición caerá sobre mí y los míos si cobramos a la Señora del Clan Kincaid por una comida. Nos escandaliza que nos pida la cuenta, ahora o en cualquier otro momento. Nuestras puertas estarán siempre abiertas para usted, Señora, nuestro alimento y bebida siempre serán servidos libremente y seréis bienvenida.

El espectáculo indignado de la mujer no había hecho nada para enmascarar su obvio temor y respeto. Estaba claro también que la gente de este lugar ya estaba enterada de por qué estaba aquí, y estaban determinados a mimarla. No estaba acostumbrada a que las personas la tratasen de la misma manera que a un amigo perdido hacía mucho tiempo o como a un miembro de la familia, ni siquiera por parte de sus propios amigos o familiares. La verdad, no estaba muy acostumbrada a las personas en absoluto.

Mona miró alrededor de la habitación, sosteniendo cada mirada fija que se posaba sobre ella desafiantemente, desafiándolos a que la mantuvieran. Por lo que fue casi un alivio cuando la puerta de la cantina se abrió, dejando entrar una ráfaga de aire frío, y todos los ojos se desviaron para ver al recién llegado mientras caminaba a través del lugar.

¿Caminar? Oh no, él tenía demasiada elegancia como para hacer eso. Era más bien acechar, sus piernas increíblemente largas parecían deslizarse por el suelo del Pub con la misma gracia innata y el aplomo de un bailarín.

El silencio descendió sobre la habitación. Las conversaciones cesaron, las frases se detuvieron inacabadas, mientras cada mirada seguía el progreso del forastero en los confines del ahumado Pub. La muchedumbre se abría, cada hombre y mujer se movían para dejar espacio para que él pasara. Ni siquiera una tos o un aliento rompía el quieto silencio.

Él era alto, delgado y oscuro como el pecado. Mona no pudo menos que admirar el ébano de su negro pelo, que caída brillante como la seda negra

sobre sus codos y su espalda. Siempre quedaba boquiabierta y prendada cuando veía a un hombre con el pelo largo, y éste lo tenía muy largo, el pelo más brillante que alguna vez hubiera visto.

El color de su piel era una mezcla entre el cobre y el bronce, una abierta declaración de su omnipresente sangre de un nativo americano. Su cara era un eco de aquella declaración; la nariz parecida a la de un halcón, pómulos increíblemente altos, y los ojos almendrados y exóticos le otorgaban una belleza y una nobleza que prácticamente ninguna otra raza podría poseer. Que extraño, reflexionó ella, ver a alguien como él aquí en Escocia, un guerrero de piel morena entre tantos granjeros paliduchos.

Sus ojos eran la característica mas atrayente de sus rasgos, casi negros, profundamente marrones. Con la intensa textura del chocolate caliente, agridulce. Y éstos la miraban fija y directamente.

Él se paró al lado de su mesa.— ¿Puedo sentarme contigo? —.Su voz tenía un timbre ronco, el sonido de un hombre acostumbrado a respirar el humo de una chimenea o el de un cigarrillo. El sonido se deslizó sobre ella como lava, quemándola, prendiendo fuego en su mente con imágenes llameantes de miembros sudorosos y entrelazados, jadeos y gemidos, y sábanas enredadas en la oscuridad.

— Hay muchos asientos vacíos aquí dentro. No tiene por qué sentarse conmigo.

La sorpresa dilató sus diabólicos ojos antes de que el sarcasmo encubriera su reacción.— Pero quiero sentarme contigo.

— No sea pesado. Busque otro asiento —ella sintió como su espalda se ponía rígida cuando él no le hizo caso y se sentó en la silla frente a ella, antes de que siquiera hubiera terminado la cortante frase.

— ¿Siempre eres tan grosera?

— Sólo con hombres molestos como usted, que no parece comprender el significado de la palabra “no” —.Ella no tenía la fuerza o la paciencia para esto. Por lo que se puso de pie para marcharse.

La mano de él cogió su muñeca, sosteniéndola, creyendo que la atrapaba.— No eres de por aquí.

— Ni usted —no había ningún pesado acento irlandés en sus palabras. Sólo aquel deje ronco y el ligero arrastre en su voz de americano nativo.

— No, No lo soy. Por eso sería lógico tener una conversación amistosa entre nosotros; dos vecinos en una tierra extraña; que deberían sentarse juntos. ¿No te sentarás y tomarás otro café? He estado añorando el sonido de una voz americana, incluso si es de alguien tan grosero —Él arqueo una ceja, esperando su respuesta.

— Lo siento. Tengo cosas que hacer. No tengo tiempo para ser sociable — .Intentó levantarse otra vez, y esta vez él la dejó, aunque pareció como si él no pudiera conseguir un aliento durante ese momento.

Todos los ojos del local estaban dirigidos hacia ellos, atrapados en cada movimiento. Cuando el forastero la había tocado, se había atrevido a agarrar su muñeca, pareció como si se hubiera alzado un enfadado general debido a su acción. Una fuerte emoción que se podía palpar en el aire. Mona se preguntó que podrían haber hecho los ciudadanos en caso de necesidad; ¿Tal vez advertirle que se mantuviera a distancia de ella? Era ridículo. Este hombre no parecía de la clase que reacciona frente a las prohibiciones, o a la coacción, incluso si existieran buenas intenciones tras ello.

Y estaba segura como el infierno que no quería tener ningún cargo de conciencia. No era su culpa si estas personas la veían como alguien de la realeza, aunque todavía tenía que arreglar ese asunto, porque parecía que todo el pueblo estaba determinada a cuidar de ella mientras estuviera aquí. Y no sabría decir si le gustaba o no.

— ¿Cómo te has hecho ese corte en el labio? Y los arañazos sobre tu cara —.Él logró sorprenderla al preguntar eso. Nadie más había comentado su estado esta mañana y ya se había olvidado.

— Tuve una pelea con una puerta —mintió ligeramente.

— Deberías ser más cuidadosa cuando decidas pelear —la advirtió.— Parece que la puerta ganó.

Ella resopló, agarrando su bolso del respaldo de la silla.

Él la sorprendió otra vez al levantarse con ella y caminar hacia la salida. Él pareció olvidar las descaradas y fijas miradas mientras se marchaban, y las miradas curiosas únicamente acabaron cuando por fin se cerró la puerta del Pub tras ellos.

— Déjeme sola —.Dijo ella, mientras se preguntaba si el hombre pensaba seguirla hasta su casa como un cachorro abandonado.

En realidad él mas que un cachorro, parecía un lobo. Y uno hambriento si se ponía en ello. Y los lobos hambrientos eran peligrosos. Podían ser absolutamente mortales.

Él dejó que avanzara varios pasos de distancia, observándola.— Te vi en los bosques anoche.

Mona jadeó, dándose la vuelta para encararlo.— ¿Qué?

— Te vi. Tu pelo rojo es inconfundible, incluso en el crepúsculo.

Mona avanzó hasta él, no importándole si esto era lo más imprudente dadas las circunstancias, deteniéndose a menos de un pie de distancia de él. Con la nariz casi pegada a los hombros de él.— ¿Y por qué exactamente es tan importante decírmelo ahora? ¿Huh? ¿Es más, que es exactamente lo que viste? —lo increpó.

Él sonrió, una torsión enigmática en sus labios que hizo que su corazón y su aliento se aceleraran. ¿En qué se había equivocado ella?

Sus oscuros ojos quemaron al momento, luego algo más calmado dijo.— Nada. Sólo a una mujer paseando por los bosques con una linterna, concentrada en una misión. ¿Qué más debería haber visto?

— ¿Qué hacía por allí? Esa zona es propiedad privada. Ha entrado sin autorización —.Ella apretó los dientes, temblando con una rabia nerviosa que no tenía nada que ver con la cólera y sí mucho con la naciente lujuria que comenzaba a excitarla y que no tenía razón de sentir.

— Lo siento, no lo sabía.

Estaba mintiendo.— Está mintiendo —no había querido decirlo tan francamente como lo dijo, pero nunca había sido famosa por su tacto.

— ¿Cómo puedes saber eso? No me conoces lo suficientemente bien como para adivinar cuando estoy mintiendo o cuando no.

— Manténgase fuera de mis bosques —le advirtió, sintiendo de repente un sentimiento territorial por su tierra.

— *Eres* una maleducada, ¿lo sabes, verdad? No te molestas en malgastar un poco de tiempo en tomar una taza de café con un compatriota yanqui. Me

dices que me marche y me llamas mentiroso. Luego me prohíbes que vaya cerca de tu propiedad, cuando sé de hecho que en realidad pertenece al pueblo ahora que la vieja mujer Kincaid ha muerto.

Mona puso los ojos en blanco, alejándose y poniendo distancia entre ellos, lanzando resoplidos de exasperación.

— ¿Y sabes lo que creo? —él la llamó.

Ella siguió caminando hacia adelante.

— Creo que vamos a sentarnos y tener una conversación sobre esos bosques tuyos. Y pronto.

Mona se dio la vuelta, alzando y moviendo grotescamente su dedo corazón hacia él, luego le dio la espalda, pero no sin antes de ver la mirada incrédula que se abrió paso por su exótica y super; atractivo rostro. Ella no tenía tiempo para todo esto, se recordó.

Tenía un avión que tomar.

Capítulo 5

Dios, estaba totalmente duro, al ver como balanceaba sus adorables caderas de un lado a otro mientras bajaba caminado por el camino de tierra que la conducía desde la taberna directamente hasta su casa. Era una mujer irritable, malditamente honesta. Pero él sabía que se debía a la agitación y tal vez incluso al temor que le había causado su presencia. Su aura. Era instintivo de su parte ponerse así a la defensiva.

Ella no lo sabía, pero sólo hacía que él la deseara más con su gruñona muestra de espíritu combativo. Se movió silenciosamente, demasiado rápido como para que algún testigo pudiera rastrearlo; y había bastantes de ellos, tratando de observarlo detenidamente desde las ventanas oscurecidas. Siguió a su compañera hasta que llegó bien a su casa, desde una distancia en la que estaba seguro de que podría enmascarar su presencia, de sus sentidos realzados.

Su pelo lo volvía loco de lujuria. Era tan oscuro, tan rojo; como una cascada de sangre; colgando más abajo de sus hombros en capas que se rizaban ligeramente. ¿Era natural o teñido? Sus cejas eran más oscuras, casi negras, tal como sus pestañas. Su cutis era cremoso, pero no tan translúcido como lo tenían la mayor parte de los pelirrojos. Sin embargo sospechaba que *ése* era su color natural. Quería acariciarla con sus dedos, besarla, lamerla. Quería saber si el pelo entre sus piernas era del mismo color.

Quería besarla y lamerla allí también.

Con un gruñido, Adrian se acarició a sí mismo con la mano, apretando su marmórea y dura polla con un estremecimiento de perverso placer. Sabía que si ella le hubiera vuelto a mirar con esos deliciosos ojos azules suyos una sola vez más antes de alejarse, él se habría corrido en los vaqueros.

Era únicamente con un feroz autocontrol que había logrado no tomarla en ese mismo instante y delante de la muchedumbre curiosa que se había reunido para mirarlos.

Sí, la deseaba. Y la tendría. Pero sería complicado cortejarla. Ella no iba a sucumbir y dejar que la tuviera sin luchar. Eso era aún más atractivo, el desafío que ella había puesto en su camino, más que cualquier clase de fácil rendición.

Nunca sabría que él la seguía. Nunca sabría con qué facilidad se había convertido en su objetivo. Nunca lo sospecharía. Ella simplemente balanceaba aquellas caderas suyas, bajando por el camino, perdida en sus propios pensamientos. Y una vez que su compañera hubo alcanzado su casa y cerrado firmemente la puerta detrás, ignorante de que la había seguido en cada paso, se detuvo. Cambió de dirección. Y se movió para andar con paso majestuoso silenciosamente hacia el borde del bosque, escondiéndose en las sombras, vigilando su casa. Esperando a ver lo que vendría después.

* * * * *

— Pero no puedes marcharte, muchacha. Te necesitamos aquí. ¡Necesitamos tu ayuda!

Mona cerró de golpe sus maletas; en cualquier caso, nunca habían sido deshechas totalmente; y girándose dijo.— August, simplemente dime ¿por qué diablos crees que me necesitas aquí? No me necesitas. Necesitas un

maldito guardabosques. Un cazador. Algunas trampas de oso. Algo. Cualquier cosa. Pero no me necesitas a mí.

— Eres un cazador. Desciendes de antiguos cazadores Hombre lobo. Muchacha, está en tu sangre. Y aunque no queremos la sangre de los lobos en nuestras manos, no esta vez, aún así, todavía te necesitamos como intermediaria.

— Mira, August, esto no es para mí. Anoche fui a los bosques;

— ¡No debes hacerlo! ¿Qué, eres una muchacha chiflada? Ellos no razonan cuando la luna está arriba, llena o no, y su alma condenada se acerca para saciarse —su acento escocés era tan fuerte que Mona apenas lo podía entender.— ¿Es que quieres encontrar tu muerte?

Mona puso los ojos en blanco y gruñó. Era inútil discutir con este hombre. Obviamente era demasiado obstinado o demasiado loco para atender ninguna razón.— Me marcho.

— No te lo permitiré —dijo con determinación, levantando su barbilla y separando las piernas para apoyarse firmemente como si esperase que ella se abalanzara encima de él.

— ¿Perdón? —Su tono fue imperioso y tan obstinado como el suyo.— ¿Y se puede saber qué planeas para detenerme?

— No, no tengo que hacer nada. El único camino posible esta cerrado.

— ¿Y cómo es eso? —Ella lo desafió a encontrar una excusa lo bastante buena para sostener una mentira tan obvia.— Por favor ilústrame al respecto.

Él parecía desesperado buscando una excusa y cuando la encontró, su rostro se iluminó con el triunfo. Era casi cómico, pero Mona estaba demasiado enojada como para ceder a la risa. Se apoyó en una esquina y esperó.

Ni siquiera por un pequeño anciano tan agradable como August Finn.

— Debido al estado tan horroroso de las carreteras, por eso.

— El estado horroroso de las carreteras —preguntó incrédula.— ¿Dónde?

— A unas kilómetros de aquí.

— Pero los caminos estaban bien cuando llegué ayer.

— Bien, ahora no están bien. Y es bueno decirte esto aquí, porque habrías conducido ese coche tan fino de alquiler que tienes contra algún montón de estiércol apestoso y lo habrías arruinado —Su acento se había profundizado considerablemente, un signo seguro de su agitación nerviosa.

— Creo que estás mintiendo —era la segunda vez hoy que había acusado a alguien de tal cosa. Amenazaba con volverse un hábito.

— Bien puede ser, pero no puedes salir y arriesgarte a quedar atrapada para averiguarlo ¿o sí? —Su acento se había suavizado ahora que estaba seguro de que ella no se arriesgaría a salir.— No querrás arriesgarte a encontrar las carreteras impracticables o entrar de lleno en un camino cortado. No, te quedarás aquí unos días más. Y mientras estés aquí también podrías examinar nuestro pequeño problema y pensar en la ayuda que necesitamos. Pero no, —él la desafió sacudiendo su dedo delante de ella y si hubiera sido una década más joven, ella le habría pegado un golpe en la boca por eso— cuando sea de noche.

— En fin —ella cambió bruscamente de idea sobre salir y silenciosamente se maldijo por ello.— Me quedaré, aunque sepa, al igual que tú, que las

carreteras no están cortadas. Es obvio que la Abuela me quería aquí. Me quedaré un poco más de tiempo —dijo ella, pensando que era tonto que quisiera marcharse cuando había todavía tantas preguntas sin contestar en su mente.

Sabía que August tenía que estar mintiendo. También sabía que si lo desafiaba podría obligarlo a tomar medidas más drásticas para retenerla. No era un hombre que se pudiera subestimar en su determinación, este August Finn, ni lo era la gente de Applecress y todos estaban resueltos a mantenerla aquí, maldición. Cooperaría. Por el momento. Pero cuando estuviera lista, cuando su curiosidad estuviera satisfecha, aprovecharía la primera oportunidad que tuviera para irse.

— Excelente —El corpulento escocés dio media vuelta para marcharse, convencido de que ella estaba dispuesta a quedarse.

— August.

La miró por encima de su hombro, con una mano en el pomo de la puerta delante de él.

— No me mientas otra vez.

Sus ojos se ensancharon y sus mejillas ardieron al sonrojarse. Él asintió, sin molestarse en negar su culpabilidad. La puerta se cerró detrás de él suavemente cuando se marchó.

Había ido allí para eso, incluso si había tenido que mentir para conseguirlo y no era un hombre que perdía el tiempo regodeándose con su éxito.

No habían pasado ni cinco minutos cuando se oyó otro golpe en la puerta.

Mona abrió la puerta con un gruñido impaciente. Y jadeó al encontrarse mirando fijamente los hombros vestidos con franela roja y negra del hombre que se había encontrado esa mañana más temprano. Sus hombros parecían más grandes ahora que hacía una o dos horas. Era desconcertante.

— ¿Qué fue eso? —Exigió como si tuviera algún derecho a saber.

— ¿Qué? —Ella se quedó muda de sorpresa al verlo tan nervioso.

— El hombre que acaba de salir de aquí, ¿quién era? ¿Qué quería de ti?

Mona se tambaleó.— Maldición, sal de mi propiedad, ahora mismo, psicópata —intentó cerrar de golpe la puerta.

Él puso su pie enorme y calzado en la entrada, impidiendo con eficacia que la puerta se cerrarse. Los dedos increíblemente largos de una de sus manos empujaron la gruesa madera otra vez, a pesar de su resistencia.— Solo contesta a la pregunta.

Mona giró a su alrededor, pisando fuerte en su frustración, sujetándose el pelo entre sus manos temblorosas.— *¡Arrgh!* ¡Maldición! Es que todo el mundo en este lugar esta fuera de sí, lo juro por Cristo.

Él la siguió por la habitación, y ella estaba demasiado enfadada, demasiado ofendida para reparar o preocuparse por él. Cuando finalmente lo hizo, ya era tarde para decir algo que cambiara la situación y él ya había cerrado la puerta detrás suyo. Encerrándolos juntos.

La curva orgullosa de sus fosas nasales tembló, como si él oliera algo en el aire de su casa.— Él no te tocó.

— Él no era un violador o ninguna cosa parecida —resopló.— Él es un amigo de la familia. No, —se apresuró a corregir— esto no es de tu incumbencia.

— ¿Qué era lo qué quería contigo?

— Infiernos, ¿quién te crees que eres? Sal de mi casa antes de que llame a la policía.

— No hay ninguna policía aquí —,le dijo él de una manera descuidada, indiferente, mientras sus ojos inspeccionaban su entorno.— Sólo la policía local y ellos sólo vigilan asuntos de agricultura y otros temas por el estilo. Nadie necesita a la policía o un sistema de seguridad aquí.

— Vete

— ¿Por qué estas enojada todo el tiempo?

— No estoy enojada —gritó ella, severamente, cansada de la discusión.— Mira, independientemente de cual sea tu nombre, no tengo tiempo para relaciones sociales y de todos modos nunca he sacado nada bueno de ello. Si buscas un poco de diversión mientras duran tus vacaciones, sugiero que busques a alguien más complaciente. Yo estoy ocupada.

— Adrian

— ¿Qué? —Ella frunció el ceño, mientras lo miraba. Parecía tan alto allí en medio de la casa de sus abuelos, mucho más alto de lo que le había parecido cuando lo había visto la primera vez.

— Mi nombre es Adrian, Adrian Darkwood. Tú eres Mona Kincaid; todos aquí hablan de ti, de modo que ¿como podría no saber quién eres? Y si buscara un poco de diversión, ya te habría abandonado para buscar alguien más. Tú no eres ninguna diversión, en absoluto.

Durante un momento ella podría haber jurado que sus ojos oscuros, llenos de misterio, centelleaban cuando la miraban. Bromeaba. *Maldición*. Atractivo o no, ella no quería hacer nada con él. Él era demasiado… alguna cosa. Demasiado todo. Demasiado volátil, demasiado misterioso, demasiado *magnífico*. Él no era su tipo para nada.

— Vete —repitió otra vez, con la voz quebrada.

— Ven a dar un paseo conmigo.

— ¿Qué? —Ella frunció el ceño, sorprendida por su insistente presión y por no conseguir que obedeciera sus deseos de que la dejara en paz.

— Parecías bastante interesada en el bosque anoche. Pasea conmigo hoy, mientras el sol ilumina nuestro camino y hace el andar más fácil.

Algo de él la tentó. La engatusó. Realmente tenía que explorar los bosques después de todo, si quería tener alguna esperanza de encontrar respuestas a las preguntas que la molestaban. ¿Por qué no con este hombre? Parecía de bastante confianza.

Su mirada fija la quemaba, hipnotizándola.

¡No! Su cabeza casi se cayó hacía atrás con la fuerza de su protesta interior y separó sus ojos de la mirada hipnótica. No era un buen asunto marcharse de excursión con este forastero. ¿Y si era un asesino, un ladrón o un violador? Seguramente parecía lo bastante peligroso para ser cualquiera de esas cosas, ahora que no miraba directamente a sus ojos.

Pero entonces, aunque lo fuera, no parecía hacer ningún movimiento amenazante hacía ella por ahora. Y estaban solos, no había nadie cerca que pudiera oírla si gritaba. Él la intimidaba; claro, por cierto que lo hacía; pero empezaba a sospechar que él era siempre intimidante, tanto si quería como si no. ¿Podría ir con él, sola al bosque? ¿Osaría hacerlo?

No soy una cobarde, pensó valientemente mientras su corazón se estremecía. *Y si él realmente demuestra ser una especie de sádico, siempre puedo superarlo. Siempre seré una corredora más rápida. Si hace un movimiento en falso, lo perderé entre los árboles. Si voy con él, no estaré sola allí. Seguramente ningún lobo tratará de atacar a dos personas humanas a la luz del día.*

Pero Mona se sentía segura de que él no intentaría hacerle daño. No sabía por qué, pero lo sabía.

— De acuerdo —dijo de repente sorprendiéndose tanto a ella como a Adrian con su abrupto cambio de humor.— Vamos entonces. Necesito aire fresco.

Mona se dio la vuelta para coger su chaqueta, mientras Adrian Darkwood sonreía detrás de ella. Aquella sonrisa la habría hecho preguntarse por su propia cordura al vislumbrarla.

El sol destelló por las ventanas y los colmillos de Adrian brillaron peligrosamente en la luz.

Capítulo 6

— ¿Qué es lo que buscas?

Era la primera vez que él le hablaba. Casi podría haber olvidado que estaba allí. Pero cada vez que se movían, lo hacían juntos, y su brazo seguía rozando contra el suyo, consciente de su presencia.

— No lo sé. Tal vez nada.

— Esto no parece que sea nada. Pareces muy determinada. ¿Puedo ayudarte?

La risa de Mona fue amarga.— Nadie puede ayudarme. Ni siquiera puedo ayudarme a mí misma. Esto es estúpido —espetó, deteniéndose de pronto.

— ¿Qué sucede, Mona? —.Sus ojos eran tibios, alentándola a responder.

— Nada. Todo. Oh, no lo sé —gimió.— No lo entenderías. No creerías.

— Inténtalo.

Ella se sentó de golpe sobre un tronco caído. Estaba cansada. No había dormido en toda la noche luego de su loca fuga a este mismo bosque, y aquí estaba otra vez, buscando respuestas a preguntas que ni siquiera podía formular.

— Parecerá disparatado.

—Te sorprenderías de cuán abierto de mente puedo ser —sonrió, sus dientes fuertes, blancos y perfectos bajo aquellos sensuales labios esculpidos.

— Estoy buscando; Dios ni siquiera puedo decirlo; hombres lobos.

Para su crédito, Adrian ni siquiera pestañeó al oír eso.—Interesante. ¿Y crees que los encontrarás por aquí? —Su voz era ligera e indiferente.

Mona miró alrededor, como si la respuesta a aquella pregunta pudiera estar escrita en los árboles a su alrededor.— No creo en ellos.

— ¿Entonces por qué los buscas?

— La gente aquí, en la aldea, cree que tengo algún tipo de pacto que cumplir, sólo que se equivocan. Sus supersticiones les han conducido a creer que; debido a mi linaje; podría tener alguna clave para vigilar a los hombres lobos que están completamente seguros, moran dentro al interior de este bosque. Cuentan que los lobos están inquietos. Ha habido algunas víctimas; animales y humanos; desde el mes pasado o algo así. Quieren que yo encuentre a los hombres lobos y los haga detenerse de lo que sea que estén haciendo.

— ¿Y no tienes ni idea de cómo hacerlo?

Mona se encogió de hombros.

— Parece complicado.

—Lo es —suspiró.— No sé por qué te conté. Eres tan extraño como ellos. Me acechas o algo así. Debería irme.

— ¿Por qué estas tan asustada? No he hecho nada para ponerte nerviosa. De hecho, ni siquiera te he besado. Aún.

Mona ahogó una risa — Si soy asustadiza, entonces eres tan arrogante como ellos.

— Lo soy.

— Modesto también —se mofó.

— Tú lo has dicho.

— ¡Deja de burlarte de mi!

Él rió. El sonido de su risa hizo eco en los árboles y le provocó escalofríos. Si él hubiera extendido la mano y la hubiera tocado no podría haberla afectado más.

Un triste aullido llamó, en la distancia.

Adrian pareció despertar. Encogiéndose, repentinamente alerta y cauteloso. Fue una transformación sorprendente, de compañero bromista y desenfadado a un extraño misterioso, e hizo que Mona se sintiera incómoda. Pareció volverse más grande, más oscuro. Su pelo se movió, como si una brisa repentina, glacial, azotara su cara hasta que sus rasgos estuvieron ocultos casi por completo de ella.

El aullido vino otra vez y esta vez pareció más cercano.

De pronto Adrian, se dejó caer a gatas sobre el musgo, con los ojos casi cerrados, su cabeza inclinándose hacia el sendero, como si buscase algún olor o ruido. Mona; sobresaltada y perpleja por su peculiar comportamiento; miró sus propios pies nerviosamente mientras él se dirigía majestuosamente hacia ella.

Él no miró a su alrededor. Ella retrocedió, queriendo ver lo que él estaba haciendo, queriendo al mismo tiempo volverse y gritar. Sobre sus manos y rodillas él se encaminó hacia ella, su piel estremeciéndose bajo la oscura camisa de franela y los vaqueros, como si estos le quedaran apretados, listos para partirse y mostrar sus músculos y huesos.

— ¡Retrocede Adrian, me estas asustando!

El gruñido que salió de su boca le hizo congelar la sangre en las venas.

— Mierda —dijo, dándose vuelta para correr.

El gruñido de Adrian se intensificó, deteniéndola. Ella no supo cómo, ni se preguntó por qué, pero sabía de cierto que si corriera, él iría en su busca y… haría algo. ¿Qué?, no lo sabía. No le importaba. Eso no tenía importancia. O que fuera que le estaba sucediendo a él, era algo con lo que ella debía ser cautelosa. Algo que debía temer. Eso lo sabía, sin ninguna duda en su mente, y era suficiente.

— Quieto, Adrian. Detente, ahora mismo.

Él saltó.

Mona gritó, y cayó sobre un tronco, tambaleándose.

El cuerpo de Adrian voló sobre el suyo, el salto demasiado poderoso como para detenerse una vez hecho, evitándola por varios centímetros. No era mucho, pero fue suficiente para ella. Sobre todo cuando otro aullido se escuchó en el bosque, Mona se levantó y fue corriendo hasta el árbol mas cercano, saltando con toda sus fuerzas a la rama más baja al alcance de sus manos.

Él saltó otra vez en una mancha rápida de movimiento que pasó justo bajo sus pies, mientras ella se subía a las ramas. Era lenta y torpe, pero logró subir más alto en el árbol, ganando 3 metros antes de atreverse a mirar debajo de ella.

Adrian estaba allí, merodeando, a gatas, directamente bajo su rama en el árbol. Gruñó otra vez, pero no parecía tener intención de buscarla encima. Estaba perdido en cualquier clase de locura que le poseía. Parecía más una bestia que un hombre, allí sobre el musgo del bosque. Olfateó el suelo,

obviamente buscándola, gruñendo y yendo de un lado a otro. Estaba todavía en esa extraña posición, lleno de gracia incluso en aquella postura tan extraña. Eso la asustó sobremanera.

El aullido llegó otra vez, aún más cerca esta vez.

Y la cabeza de Adrian se replegó cuando contestó aquella llamada aterradora con una propia.

* * * * *

Adrian conservaba suficiente de sus sentidos en su mente, como para saber que debía estar asustando a Mona. Pero la bestia en él estaba enfurecida por aquel aullido solitario extendiéndose entre la espesura de los árboles que los rodeaban y no podía hacer nada por controlar su extraño comportamiento. Su lujuria fermentándose, su necesidad de una compañera lo había debilitado. Había hecho de él un esclavo de sus más básicos instintos.

Él necesitaba reclamarla. Y pronto. Para mantenerlos a ambos vivos.

Estaba ese aullido otra vez, resonando en sus oídos. Provenía de la garganta de un skinwalker diferente del que había atacado a Mona la noche anterior. Adrian estaba seguro de ello. Él le llamaba. Le ordenaba. Le advertía que se alejara con arrogancia.

Pero Adrian era el Alfa en línea de su tribu, hijo y heredero del Jefe en funciones. No se debilitaría. No debía debilitarse.

Echó hacia atrás la cabeza y aulló su propia advertencia al desconocido skinwalker, no me enfades, no te acerques a mí; advirtió. Sólo lucha y muerte te esperan aquí.

El otro loup-garou se retiró repentinamente, dejando saber a Adrian que lo había hecho. La amenaza, parecía haber terminado por ahora. O al menos disminuido.

Eso era bueno. Adrian no permitiría ningún otro lobo cerca de su compañera. No ahora, mientras una amenaza tan peligrosa vibraba en el mismo aire alrededor de ellos, como alguna extraña clase de locura que llevaba a los skinwalkers a atacar a la gente sin la menor provocación. Advertiría a todos los otros que se alejaran de Mona, si llegara el caso, incluso la protegería de si mismo.

Con firme resolución, despejó su mente completamente de la persistente influencia del otro. Respirando profunda y rítmicamente; el tipo de respiración que realizaba cuando meditaba; se levantó, aceptando sus sentidos humanos otra vez. Alzó la vista, y se sorprendió de ver, no tanto miedo como curiosidad reflejado en la fija mirada azul oscura de Mona.

— Puedes bajar ahora. No te haré daño. —Su voz parecía gutural, bestial, incluso a sus propios oídos.

— No. No creo que sea una buena idea.

Sus labios se torcieron. Era demasiado adorable para describirla en palabras, incluso ahora en su inútil espectáculo de coraje. Podía oler su miedo, incluso si era especialmente talentosa en ocultar esa emoción sobre su rostro. Por supuesto, ella había estado muy asustada por su comportamiento.— Yo podría subir y bajarte, lo sabes.

— No lo hagas.

— No hay razón para temer, —él replanteó sus palabras, ya que no eran exactamente verdaderas, luego agregó— no ahora mismo al menos.

— ¿Qué infiernos fue todo eso? Me asustaste terriblemente.

— Aquel otro skinwalker intentaba obligarme cambiar. Agradece que sea lo suficientemente fuerte para impedir el cambio.

Sus ojos volaron hacia él, buscando la verdad de su aseveración. Lo sabía. Por supuesto, ella lo sabía, incluso si quisiera negarlo. No había ninguna necesidad de ocultarse, no necesitaba excusas. Ella estaba envuelta en la magia de los cambia formas como él, quizás más.

Él tuvo que preguntarse si las leyendas sobre ella, sobre su familia, eran verdaderas. Un clan de cazadores de hombre lobos convertidos en pacificadores resultaba increíble. Desde luego, él había oído las historias y rumores mucho antes de que Mona llegase, también se había enterado sobre los extraños acontecimientos que condujeron a su convocación y llegada, pero escucharlo de sus mismos labios, de algún modo lo hizo más verdadero para él. Mas concreto. Algo extraño, algo peligroso pasaba, y ambos tenían que averiguar qué era, antes de que otro humano fuera herido o muerto.

— Eres un hombre lobo. —Lo dijo como una declaración, no como una pregunta.

— Sí —él no se molestó en negar lo que era ya tan obviamente la verdad.

— Los hombres lobo existen. —El sonido de su risa fue áspero y sin humor, saltando desde las ramas de la punta de la estructura del árbol.— Brillante. Maldita sea, joder, brillante.

— Este no es la manera en la que habría querido decírtelo —parecía un tonto, hablándole al árbol, cuando en realidad lo que quería era abrazarla. Calmar los miedos que ella debía estar sintiendo.

— ¿Y por qué me lo habrías dicho en primer lugar? ¿Por qué me buscaste hoy, Adrian Darkwood?

Él la miró airadamente, apretando su mandíbula contra el impulso diabólico de decirle exactamente por qué la había buscado. Por suerte, todavía tenía la sangre fría para mantener su boca cerrada acerca esto.— Realmente no debes temerme, Mona, te lo podría contar si quisieras. Baja a donde pueda verte.

— En un minuto. Puedes seguir viéndome así por ahora. —Murmuró con la respiración agitada. Con su sentido penetrante del oído, no fue ningún problema distinguir las palabras idiota y autoritario entre sus maldiciones. Al menos su cólera ayudaba a disminuir su miedo.

— Dime una cosa, por favor —dijo ella finalmente.

—Lo intentaré —prometió.

— ¿Me atacaste anoche? ¿Eras tú?

Él agradeció al menos poder contestar eso.— No.

— ¿Lo prometes?

— Sobre mi corazón.

— ¿Me salvaste entonces? El otro eras tú.

— Sí. Pero creo que tú estabas bien encaminada para salvarte a ti misma. —La verdad de aquella declaración lo sorprendió ahora, tanto como la noche anterior.

— ¿Es seguro bajar ahora? ¿Sinceramente? ¿No me morderás? ¿Ni me atacarás?

Las comisuras de su boca se alzaron.— No ahora mismo.

— Idiota arrogante. Bajo, entonces. Hazte a un lado.

Pero no lo hizo. Lo vio venir mucho antes de que ella lo hiciera. Era una razón poderosa por la qué él la había instado a bajar en primer lugar. Cuando ella se movió para descender, la rama en la que se posaba, se rompió por fin bajo su peso, dejándola caer con fuerza entre las hojas. Por suerte no tuvo que caer al suelo. Él la cogió fácilmente, ligeramente, sosteniéndola cerca de él por un prohibido momento antes de soltarla.

Cuando su cuerpo se deslizó contra el suyo, el deseo llameó entre ambos, y ella fue tan consciente de ello como él. Su olor dulce y salvaje, llenó su cabeza, inundándolo. Hizo todo lo que pudo para no arrastrarla bajo él sobre el suelo del bosque y tomar lo que sabía era suyo por derecho. Estaba cerca de enloquecer y dejarse ir para realizar el cambio. Deleitarse en su salvaje naturaleza No ayudaba el que el quisiera dominarla y que ella estuviese tan cerca. Prácticamente en sus manos.

— Ves —dijo con fuerza.— Soy perfectamente inofensivo.

Capítulo 7

Mona no estaba segura acerca de eso. Había visto el calor en sus ojos. Había sentido la dura hinchazón de su pene, aun cuando seguramente todo ese bulto no había sido su pene, era demasiado enorme. Había oído su rápida inhalación mientras sus cuerpos se rozaban. Él la deseaba.

Era una completa locura, pero ella también lo deseaba.

— ¿Por qué estás aquí? —. Ella tenía que saberlo.

— Vamos a caminar de vuelta mientras te lo digo. Los loup-garous de este bosque no están listos para dirigirse a ti aún. No creo que sea sabio presionarlos hoy.

Ella estuvo de acuerdo con él sin reservas.

— ¿Estas bien? No te hice daño, ¿verdad? —le preguntó suavemente.

— No. De cualquier forma ¿por qué demonios estaba esa cosa de vuelta? Son todos los hombres lobos… ya sabes… ¿extraños como eso? — Ella intentó no ofenderlo, aun cuando él mereciera todo su mal humor. De hecho, él había estado *realmente* extraño, más animal que hombre en aquellos espantosos y aterradores momentos, cuando el lobo en el bosque lo había llamado.

— Estos lobos de aquí no se parecen a ninguno que haya encontrado antes. Trajeron mi bestia a la superficie, sin mi consentimiento. Eso debería ser imposible; yo soy fuerte por derecho propio, con un poder que luchará contra sus coacciones; pero son muy poderosos, mucho más de lo que alguna vez podría haber adivinado. Querían que me asustara, querían advertirme que me alejara, y de ese modo intentaron controlar mi voluntad.

— ¿De modo que has encontrado muchos hombres lobos? Sabes mucho sobre ellos. Mierda. No puedo creer que esté teniendo esta conversación. Soy una persona racional. Tiene que haber algo en el agua de aquí, me estoy volviendo loca como todos los demás.

Él ignoró sus confusos pensamientos.— He encontrado muchas, muchas mandas. Aunque ninguna como ésta.

— ¿Qué los hace tan especiales? —Ella se mofó.

— Son los más antiguos y los más fuertes de todas las manadas que existen en el mundo. He estado buscándolos toda mi vida adulta. Creo que ellos son los descendientes directos de los primeros hombres lobos. El origen de toda nuestra especie.

— ¿Y qué con eso?

— Que es una cosa extraordinaria. Algo sagrado —él sonó a la defensiva, como si el tema fuera tabú. Como si sus preguntas no fueran para nada de la clase que él quisiera contestar.

Por suerte, Mona nunca había estado preocupada por entrometerse en temas prohibidos.— Suenan como un hatajo de idiotas. ¿Existen hombres lobos idiotas? ¿Sacrifican animales y matan a gente inocente?

Adrian se detuvo y se movió hasta quedar enfrente de ella, los ojos ardiendo. Sus ojos marrones oscuros parecían brillar con una luz interior, como oro líquido.— Idiotas pueden ser, no estoy seguro de estar en desacuerdo contigo en lo absoluto. Pero tengo que preguntarme cómo de inocente era el granjero que fue asesinado. A mí me parece que estos lobos

escogieron su ganado por alguna razón, matándolos como una advertencia antes de que continuaran acechándolos.

Ella se encogió de hombros, haciendo su mejor esfuerzo para afectar un aire de despreocupación, aun cuando su corazón corría acelerado. Maldición, él era magnífico.

¿Y qué tenía eso que ver con cualquier cosa?

Él la había acechado, había invadido su casa, la había asustado con su pequeño aullido a la luna *y más y encima* era un hombre lobo. Vamos, ¿Cuántas señales más de advertencia necesitaba para saber que debía poner distancia con este tipo y alejarse como alma que lleva el diablo?

Algunas más, por lo visto. Su libido estaba fuera de control solamente con mirarlo, con todo ese vello negro alrededor de sus brazos.

Ella le rozó al pasar, determinada a ignorar cualquier cosa que el diablo revolviese dentro de ella, caminando con resolución hacia delante.— Bueno, ¿tú deberías saberlo, verdad? Tú eres lo mismo que ellos.

— No soy lo mismo —él casi gruñó las palabras.

— ¿Entonces por qué te has preocupado tanto por venir a este lugar y encontrar a estos tipos? —Ella lo presionó, sin importarle que él evidentemente no quisiera hablar más sobre ello.— ¿Por qué te preocupas por ellos? Obviamente, ellos no se preocupan por *ti*, no si intentan complicarte de la forma en que ya lo hicieron.

— Tengo preguntas que necesitan respuestas. Si alguien sabe esas respuestas, esa es la manada.

— Oh, intentas decir algo así como preguntas del tipo, "¿de dónde vinimos, por qué estamos aquí?", ¿esa clase de preguntas? O más bien preguntas como: "¿cuál es tu color favorito, como es tu pelaje?" —Ella sacudió la cabeza incrédulamente. Él no parecía a la clase de hombre que se preocupase por alguna de esas cosas. Pero claro, ella nunca había sido un buen juez del carácter humano.

Tuvo que recordarse que Adrian Darkwood no era humano.

— Mi gente se debilita. Todas las manadas se debilitan.

— ¿Por qué? —Preguntó ella, frunciendo el ceño.

— Por necesidad, ocultamos nuestra propia especie tanto como es posible. No queremos que la gente sepa sobre nosotros, de modo que nos mantenemos alejados. Pero el mundo se hace más pequeño, hay cada vez más gente, moviéndose por nuestras tierras y nuestros territorios de caza.

— ¿Y qué?, aprende a vivir con ello. A mí no me gusta mucho la demás gente, pero todavía vivo cerca de ellos. Puede ser un poco diferente para ti, pero tú todavía puedes mantener la verdad sobre ustedes en secreto, ¿verdad? Solo practica un poco el autocontrol. Te sorprenderías de cuán desmemoriada puede ser la gente. Mientras que no camines sobre cuatro patas y aúlles a la luna en el centro comercial, probablemente podrías pasar inadvertido, no importando cuán extraños sean tus hábitos. Vive en un área rural, compra una granja, estarás bien.

— Tus burlas son injustificadas. Ya he pedido perdón por asustarte. No tienes por que mostrar tal animosidad.

Mona resopló.— No has pedido perdón. Dudo que alguna vez hayas pedido perdón a alguien en toda tu vida.

— Debería abandonarte aquí para que te defiendas tu misma —dijo él con irritación.

— Sigue adelante. De todos modos, no queda mucho más para llegar a mi casa.

Él parecía querer estrangularla. Ella lo había empujado demasiado lejos en su propósito de verlo molesto. Mona no había tenido tanta diversión en semanas.

— ¿Qué haces aquí? —Preguntó él, cambiando bruscamente de tema.

— Ya te lo dije. August Finn y los patanes locales creen que me necesitan aquí, para controlar la pestífera población de hombres lobos.

— Pero podrías haberlos rechazado. Podrías haberte negado a venir. No me pareces el tipo de personas que estaría de acuerdo con hacer algo cuando no lo desea.

Esto la volvió a ofender— Si me estás llamando egoísta entonces puedes simplemente marcharte y joderte. Haré lo que necesita ser hecho, lo desee o no, ya que al parecer nadie más puede hacerlo.

— Pero tú no creías en hombres lobos.

— Hasta que te encontré, no —Ella lo miró airadamente, mirándolo con las cejas enarcadas.

Él se hizo el tonto. Volviendo al juego limpio, supuso ella.

— Entonces ¿por qué has venido? —insistió él.

Mona suspiró.— No lo sé. No realmente. Pero lo voy a averiguar.

— Pareces decidida.

— No tienes ni idea, amigo.

Llegaron a la puerta de la casita de campo en el silencio.

— Bien, —dijo ella con ligereza— te agradezco el paseo. Fue esclarecedor, por decir lo mínimo.

La mirada ardiente de él se fijó en su boca.— ¿No me invitarás a tomar un trago?

— No. Me temo que todo lo que puedo ofrecerte es agua embotellada. August solo me abasteció de agua y leche, y no he tenido ocasión de ir al mercado local aún —Ella abrió la puerta y dio un paso dentro, deseando cerrarle la puerta en la cara.

Él la detuvo, poniendo la palma de su mano sobre la puerta. Era muy fuerte. Mona supuso todos los mitos sobre la fuerza sobrehumana de los hombres lobo tenían que ser verdaderos.— Invítame a entrar —la coaccionó.

Mona rió en silencio.— No eres un vampiro también, ¿verdad?

Él la miró perplejo.

— No importa. No, no voy a invitarte. Vete a casa. Donde sea que esté. Asumo que te quedas en una casa alquilada por aquí ¿verdad?

— No duermo en los bosques si eso es lo que preguntas. Mi bungalow esta a un cuarto de milla de aquí.

Su mano no se había movido de la puerta, todavía.— No te voy a dejar entrar, Adrian. No sé lo que quieres de mí, pero no lo vas a conseguir.

Una de sus esculpidas cejas negras se arqueó con recelo.— No tienes idea alguna de lo que quiero. Y te aseguro que lo conseguiré, al final.

— Márchate —Estaba harta de esto ya, impaciente y totalmente afectada por su casual sensualidad.

Él parecía debatirse sobre si realmente debería forzar la cuestión un poco más. Su mandíbula se tensó y ella oyó el rechinar de sus dientes.— Bien. Me marcharé por ahora. Pero tenemos negocios pendientes, tú y yo. Y pienso terminarlos.

— Bien, hazlo, —ella le siguió la corriente, sabiendo él lo detestaría— mientras te marches ahora.

Él gruñó, permitiendo que se vislumbrara un colmillo, y quitó su mano de la puerta.

Mona cerró la puerta con un fuerte golpe sobre su cara.

* * * * *

Baldrick los observaba, a la humana *y al hombre lobo*, desde el camuflaje que le proporcionaban los árboles que lindaban con la casa Kincaid. El hombre de pelo oscuro lo fascinaba como ninguna otra cosa lo había hecho desde que se había obsesionado con su sed de venganza. Él era uno de los fuertes, un Alfa extranjero. Era poderoso, fuerte y lleno de objetivos.

Era una amenaza. Baldrick no podía permitirlo. Baldrick sabía que tendría que matar al de los cabellos morenos pronto.

Muy probablemente, la mujer Kincaid tendría que morir, así como su compañero. Ella quería negociar con los *lobos*, pero el momento para esas cosas había pasado. Las transgresiones del clan humano habían ido demasiado lejos, más allá de las fronteras establecidas por el *Gruenwalt*. Y aun cuando Baldrick mismo había rasgado la garganta de uno de los culpables, todavía estaba lejos de sentirse satisfecho.

Debía hacerse justicia. El precio de sangre debía ser pagado por completo.

Baldrick gruñó, frotando su palma con fuerza sobre su ojo herido. Dolía más ahora, y el dolor empeoraba cada día. Estaba infectado. Uno de sus propios compañeros de manada se había atrevido a desafiarlo, atrevido a herirlo. Pero Baldrick había prevalecido. Baldrick siempre prevalecería. Había desterrado al usurpador, que era un viejo amigo, pero eso no disminuía el dolor de la herida.

Era culpa de los humanos que las cosas hubieran llegado tan lejos. Podían gritar y suplicar, pero deberían haberlo visto venir. Deberían haber hecho algo antes para apaciguar a la manada.

El Alfa de cabellos morenos giró y abandonó la casa Kincaid y Baldrick estaba divido entre seguirlo a él; que era la verdadera amenaza a su supremacía dentro de la manada; o quedarse a vigilar a la mujer.

Después de todo, un ojo era todo lo que tenía para usar por el momento.

Tomando una brusca decisión, cayó sobre sus patas; grandes y peludas, se veían como patas de un cánido con dedos monstruosamente alargados y torcidos; y sus rodillas, avanzando tras el macho en cuatro patas. Procuró no ser visto. Y aunque Baldrick estaba seguro de que este Alfa extranjero ciertamente no era un *lobo* a quien joder, tenía que arriesgarse, tenía que saber a donde iba el macho de cabellos morenos.

La rabia que había llegado a ser una parte de él en las largas semanas recientemente pasadas, se intensificó, llameando de repente, con vehemencia, en su interior. Era todo lo que podía hacer para contener el

aullido que temblaba detrás de sus labios. Pero sabía, que si cediera ante esa debilidad, y mostrara sus exigentes emociones, entonces el macho de cabellos morenos se movería para buscarlo. Baldrick no quería eso. No estaba lo bastante preparado para una lucha entre ellos. No aún.

Pero llegaría el momento en que estaría preparado. Y ese momento sería muy, muy pronto.

Capítulo 8

Mona se balanceó a un ritmo constante hacia adelante y hacia atrás en la mecedora. El piso de madera crujió bajo sus pies, pero era un sonido relajante. Este era uno de placeres simples que nunca había pensado poder disfrutar, sentarse y relajarse así, afuera bajo el brillo del sol poniente. El aire era frío, pero apenas lo notaba. Los rayos del sol la calentaban un poco, y sus pensamientos estaban a Kilómetros de distancia de cualquier incomodidad que las cortantes ráfagas de viento pudieran causar.

Estaba todo tan tranquilo allí fuera, al borde del bosque. Mona había vivido su vida entera en la ciudad y estaba acostumbrada a bocinazos, al resonar de la música y al ruido en general de millones de otras mezclas de sonidos que formaban un zumbido constante. Aquella tranquilidad, aquel silencio, era algo a lo cual creyó poder llegar a acostumbrarse.

Excepto por una cosa molesta. Algo que no podría, no, nunca llegaría a acostumbrarse. Porque a pesar de todo el silencio que abundaba allí, no era en ningún caso un lugar pacífico. Algo se movía en el bosque. Silencioso o no, estaba allí.

Y la estaba mirando.

Mona comenzó a levantarse de la mecedora, casi esperando salir y encontrarse con Peeping Tom, el degollador[*].

— No te asustes. Por favor. —imploró una voz suave y masculina, y desde la línea cercana de árboles salió un enorme y pesado hombre.

La áspera luz del día no hacía nada para favorecerlo. Parecía un horrible experimento genético que había salido mal. Mona experimentó una sensación de pánico, de miedo elemental, pero la luz suave y suplicante en los grises ojos del hombre la tranquilizó de forma que ninguna palabra podría haber logrado.

— Estás herido —dijo ella, e ignorando toda precaución avanzó hacia él.

De cerca él era incluso más inquietante. Era enorme, al menos siete pies de alto, pero su espalda estaba doblada sobre sí misma, como si tuviera escoliosis. El pelo castaño arenoso lo cubría en mechones desiguales desde la cabeza a los pies, que estaban descalzos. Su cara era un desastre, una mandíbula demasiado larga que le daba la apariencia de un lobo, mientras su frente era lisa y muy humana. Tenía colmillos, malvadamente agudos y largos, pero no estaban a la vista o amenazando.

Él se estremeció de dolor y Mona puso su brazo alrededor de su cintura, incluso cuando su corazón reaccionaba con miedo ante su presencia, mientras lo ayudaba sosteniéndolo mientras lo guiaba hacia el porche.

— ¿Qué te ha pasado? —preguntó ella, incapaz de evitar mirarlo fijamente. Sus manos eran la parte más extraña de él. Eran nudosas, torcidas; las almohadillas de sus palmas se asemejaban a las patas de un perro. Pero tenía dedos humanos, largos y terminados en peligrosas y curvadas garras.

Él se sentó pesadamente en su mecedora y alzó la vista hacia ella con ojos apacibles y atormentados.— He venido para iniciar el *Gruenwalt*.

---

[*] Se hace referencia a la película de terror inglesa de 1942, "Peeping Tom", que trata acerca de un joven fotógrafo con problemas de conducta, obsesionado con retratar el miedo en el rostro de las mujeres que luego asesinará. Fue dirigida por Michael Power.

Algo en esa declaración la molestó, más allá de lo obvio; allí había un hombre lobo en todo el sentido de la palabra, sentado por la noche en su porche, mencionando un pacto en el que ella realmente no había creído hasta hacía unas pocas horas. Ella lo estudió de cerca.— Tú no eres el Alfa —dijo, sin entender cómo podía saber algo así.

— No. No lo soy —el hombre pareció resignado y cansado, pero sin embargo decidido.— Soy un traidor a mi líder —La última palabra pareció un aullido suave y triste. Estaba evidentemente alterado.— Él nos había prohibido que te buscáramos. Luchamos. Perdí. Pero debo venir aquí en su lugar sin embargo. *Tenemos* que establecer relaciones antes de que haya más derramamiento de sangre entre nosotros.

— Tengo que hablar con el Alfa. Él es el único que puede guiar y refrenar a su manada.

El hombre rió, un sonido horrible, torturado.— Es nuestro Alfa quien necesita guía, no el resto de nosotros. Y no atenderá a razones. Se ha vuelto loco —tosió, un húmedo sonido que provino de lo profundo de su pecho y Mona supo que estaba seriamente herido.

— ¿Tu Alfa te hizo esto entonces? —Ella hizo gestos con las manos, no tanto a sus heridas que eran bastante abundantes, sino a sus rasgos bestiales.— ¿O siempre eres así? —Ni siquiera intentó tocarlo.

Él se estremeció.— Me avergüenzo de venir ante ti en este estado. Pero Baldrick no nos deja volver a cambiar, no del todo, y esto es lo más humano que puedo lograr ser mientras él mande sobre nosotros con su rabia. La mayor parte de nosotros está atrapado en la forma de un lobo. Soy uno de los afortunados, —se rió en silencio— o de los desafortunados. Depende de como lo mires, supongo.

— ¿Baldrick es tu Alfa?

— Sí —suspiró él pesadamente.— Lo desafié. Pensé en arrebatarle el control antes de que fuera demasiado tarde, pero no soy rival para él. Nunca lo fui.

Mona sabía bastante sobre caninos como para barruntar acerca de lo que sucedía cuando dos hombres lobo luchaban por la supremacía.— ¿Por qué estás aquí? ¿Qué esperas lograr? Si no eres el Alfa, nadie en tu manada honrará ningún juramento o promesa compartida entre nosotros. Sólo el macho responsable puede comandarlos. ¿Tengo razón?

— El hombre contigo, el extranjero oscuro, él puede comandarnos. Es un Alfa, nacido y criado para ello. Si desafiara a Baldrick, ganaría. Y todo este repugnante asunto de castigo y venganza podría terminar. Mi manada está lista para eso. Ellos saben que estoy aquí y me apoyan, incluso aunque no sea su líder. El *Gruenwalt* debe mantenerse, o este pueblo entero será asesinado despiadadamente.

— ¿Qué sabéis de mi amigo? Él no ha estado aquí mucho más tiempo que yo.

— Sabemos lo suficiente. Nuestra clase siempre sabe lo suficiente, sobre todo sobre otros como nosotros. Sabemos que él podría ayudarnos. Podría luchar contra Baldrick y triunfar. Entonces tú podrías realizar tu deber, negociar la paz con nosotros, y todo podría volver a ser de la forma en que era.

Mona frunció sus labios, pensando.— Dime que está pasando. Ayúdame a entender todo esto.

— Hace dos lunas, un grupo de tres hombres comenzó a causar problemas en nuestro territorio, bebiendo, cazando y tirando basura sobre nuestra tierra. Lo pasamos por alto, hasta lo permitimos al principio. Los humanos a menudo pueden ser muy insultantes sin pretenderlo, así que fuimos clementes, pensando que simplemente habían olvidado sus juramentos de mantenerse alejados de esas tierras de caza. Pero cuando siguieron volviendo, explorando más profundo en nuestro bosque, intentamos acabar con ello.

— Baldrick envió a su hijo, el segundo en la jerarquía de la manada a advertir a los hombres que se alejaran. Era un honor que él hablara a través de su hijo, pero los hombres estaban furiosos. Pensaron que no teníamos el derecho de prohibirles la entrada. Rechazaron mantenerse lejos de nosotros.

El hombre tosió otra vez, y Mona entró en la casa para traerle algo de té caliente; tenía algunas bolsitas de té de emergencia en su bolso en todo momento. Algunos minutos más tarde, salió con una taza humeante para él. Las manos de él hicieron que la taza pareciera pequeña, haciéndola parecer casi frágil en sus garras. Lo bebió a sorbos, cautelosamente, sonriendo cuando probó su dulzor, y bebió profundamente.

— Gracias, Señora.

— Puedes llamarme Mona.

— A mí me llaman Luke.

Mona hizo un gesto hacia la taza que él sostenía.— No estaba segura de si tomarías nata y azúcar. Muchas personas aquí lo hacen, pero yo no. Si quieres un poco te haré otra taza.

— No. Esto está muy bueno. No tengo a menudo la oportunidad de beber algo dulce. Me gusta esto, pero no es fácil conseguir el azúcar sin ir a la ciudad para obtenerla.

— ¿Por qué no lo haces? Todos aquí conocen tu manada, no es como si los fueras a sorprender en realidad.

— En el pasado veníamos aquí, antes de que yo naciera. Pero nuestros dos últimos líderes pensaron que nos volvíamos demasiado mansos, viviendo demasiado cómodamente a la sombra del mundo de los humanos.

— Suena como una vida realmente dura —murmuró ella, sentándose con las piernas cruzadas sobre el porche a sus pies. Eran enormes y velludos. Pero no parecía espeluznantes en lo más mínimo, a pesar de que poseían garras en lugar de manos. De hecho se veían enfermos. Él había estado viviendo con dificultades últimamente, lo que era bastante evidente.

— Es natural.

— Si tu garganta está mejor, me gustaría oír más de tu historia.

Él asintió, agarrando el calor de la taza más cerca, como para consolarse. Que una criatura tan apacible como él pudiera desafiar a un agresivo líder por la supremacía hablaba claramente de lo desesperado de la situación. O tal vez ocultaba una ferocidad más profunda dentro de él, y esta suavidad suya era simplemente una fachada para mostrarle a ella.

— Los hombres que simplemente nos habían molestado y nos habían insultado antes, se volvieron mucho más difíciles de ignorar. Deliberadamente se burlaron de nosotros, vertiendo bolsas de basura en nuestro bosque, cebando y poniendo trampas de oso, las que asumo, pretendían que fueran para nosotros. No pensamos como los humanos,

especialmente cuando estamos en nuestra forma de lobo —explicó él— pero no somos tan estúpidos como para caer en trampas humanas. Sólo los cachorros jóvenes son tan descuidados. Pero esos hombres querían engañarnos, dañarnos, y fue esa intención lo que tanto nos enfadó.

— Condujeron vehículos al interior de nuestro hogar, rompiendo los helechos y molestando a los animales que moraban allí. Dispararon a animales innecesariamente, abandonando sus cadáveres para que se pudrieran donde caían. Esto duró días y noches.

— ¿Esos idiotas no tenían nada mejor que hacer? Como ir a trabajar o a mirar la TV o algo así —resopló ella, ligeramente avergonzada por no haber estado allí para poner fin a tales travesuras.

Pero claro, ella casi se había marchado por poco esta mañana. Había rechazado creer que podría haber un problema allí. Se alegraba ahora de no haberse marchado.

— No lo sé. Los hombres son todos granjeros, así que supongo que no tenían mucho que hacer que los mantuviera ocupados. El ganado se cuida solo y las mujeres atienden las cosechas en los jardines del pueblo, así como sus casas.

— Entonces los hombres se aburren y pasan sus días molestándoos.

— Sólo esos tres hombres. Principalmente el acuerdo de paz entre nuestras razas todavía se sostiene con la gente del pueblo. A veces hay problemas, pero ninguno tan imperdonable como este. Es por eso que nuestra manada estaría dispuesta a negociar contigo. Tu familia ha mantenido el *Gruenwalt* durante siglos y tus aldeanos mantienen una distancia respetuosa. No queremos ningún derramamiento de sangre. Nunca lo quisimos. Sólo queremos vivir nuestras vidas en paz.

— Te ayudaré a ti y a tu manada de cualquier modo que pueda. Pero no sé como podré calmar a todos, no después de la muerte de Emmett O'Criene.

— Él lo merecía —gruñó Luke profundamente.

Durante una fracción de segundo, Mona tuvo un vislumbre de lo peligroso que aquel hombre podría ser cuando se veía empujado a ello. Fue una visión espantosa, amenazadora, y aunque se calmara bastante fácilmente, su aire apacible volvía como si nunca se hubiese desvanecido, ella no se permitiría olvidar pronto ese vislumbre de amenaza mortal que había estado al acecho justo bajo la superficie. No podía. Sería una locura por su parte subestimar a este hombre.

Ella tembló nerviosamente.— Pensé que no querías ningún derramamiento de sangre.

Sus ojos eran de un suave, y arremolinado color gris, como la niebla.— Aquella muerte era inevitable. Él mató a la compañera de Baldrick y a su hijo.

Mona sintió que sus ojos se ampliaban.— ¿Cómo? Cuéntame.

— Baldrick envió a otro mensajero a las casas de los hombres, no a su hijo esta vez; aunque su precaución fue inútil al final; sino a otro de los machos menores. Fueron advertidos de alejarse una última vez y les recordaron el *Gruenwalt* entre nosotros. Echaron al macho disparando armas para asustarlo, para obligarlo a irse.

— Buscamos al jefe del Clan Kincaid, pero supimos que el anciano y la mujer habían muerto y que su único heredero, su hijo, había escapado a

otro país. No encontraríamos ninguna ayuda allí y nos preguntamos qué hacer después. No teníamos que habernos molestado. Los alborotadores dieron el siguiente paso por nosotros.

Mona tenía una idea de adonde se dirigía todo aquello, pero lo dejó hablar de todos modos. Parecía hacerle bien. Se veía mejor ahora que media hora antes.

El sol había caído bajo en el horizonte. El crepúsculo hacía que su piel pareciera plateada y pálida. Mona se sorprendió al comprender que estaba desnudo, que lo había estado todo aquel tiempo, y que nunca lo había notado. Sus piernas eran tan velludas que parecía que llevaba pantalones de todos modos. Y, como el resto de él, eran muy lobunas en apariencia. Su forma era muy parecida a las piernas traseras de un perro sólo que mucho más grandes. Sus muslos eran grandes y curvados hacia delante, sus pantorrillas eran mucho más delgadas y rectas.

Ella tuvo que preguntarse por su propia cordura, sentada allí a los pies de un hombre que era más bestia que humano. Él parecía un monstruo salido directamente de algún cuento de hadas o una película de terror. Debería haberla asustado a muerte, haberla hecho gritar y correr tan lejos de él como fuese posible.

Pero él no parecía amenazante en lo absoluto. Nada parecido a Adrian Darkwood, quien podía aterrorizarte y seducirte todo en el mismo aliento y sin siquiera poner mucho esfuerzo en ello. Tal vez esa era la diferencia que separaba a un Alfa del resto de la manada. Aquella amenaza omnipresente, aquel aire de confianza completa y autoridad, cualidades de las que aquel hombre claramente carecía a pesar de todo sus exóticos, y antinaturales atributos.

Él siguió con su historia, inconsciente o despreocupado por su curioso estudio de él, y su voz estaba llena de dolor.— La noche de la luna llena llegó, y aunque podemos cambiar en cualquier momento del mes que escojamos, tenemos que cambiar durante la fase de la luna llena —le explicó.— Sólo el Alfa puede negarse a cambiar en ese momento crucial. Así que nuestra manada estaba alegre, celebrando el cambio que nos trajo aquella noche. Cazamos, juntando la carne que necesitaríamos tener con nosotros hasta la próxima luna. Nuestro centinela estaba de guarda, el hijo de Baldrick, Dougal, y uno de los amigos de Dougal, Ennis.

— Y llegaron los hombres. Trajeron con ellos sus luces, y sus camionetas 4x4 —él dijo la palabra como si acabara de aprenderla, y Mona adivinó que probablemente lo había hecho recientemente.— Y trajeron sus armas.

— Dispararon a Dougal primero. Luego a Ennis. Ennis quedó lisiado, de un tiro en el costado, pero tropezó y se golpeó la cabeza con el lado de una de las camionetas 4x4. Se quedó aturdido y aunque lo intentó, no pudo proteger a Dougal. Uno de los hombres le pegó otro tiro a Dougal y lo mató.

Mona maldijo en voz baja. Se prometió que se aseguraría de que esos hombres pagaran por sus crímenes antes de marcharse de allí. Los dos hombres que quedaban, en todo caso.

— El bosque fue un caos esa noche. Baldrick nos reunió, pidiendo a cualquier rezagado que volviera inmediatamente. Él quería que escapáramos al corazón del bosque, donde podríamos defendernos mejor. Pero era demasiado tarde para retroceder. Los hombres se acercaban a nosotros. Emmett O'Criene, John Smithey, y Thomas Greene.

— Emmett O'Criene apuntó su arma a la forma de Baldrick y disparó. Pero Fiona estaba allí. Ella era la compañera de Baldrick. Saltó delante de Baldrick y aceptó la bala que era para él. Murió al instante.

— Qué horrible —murmuró Mona tristemente.

— Baldrick se enfureció. Fue hacia Emmett, intentado matarlo al instante, pero los hombres fueron lo bastante listos como para marcharse rápidamente. Smithey giró y nos disparó mientras escapaban, pero afortunadamente nadie más fue herido. Pero la compañera de Baldrick y su hijo se habían ido para siempre. Es por eso por lo que Baldrick está tan enfadado ahora, por qué está absorbido en su venganza.

— Al principio estuvimos de acuerdo con él, la justicia debía aplicarse. Pero Baldrick ha estado siguiendo a la esposa de Smithey, asustándola. Ella es inocente de todo. Baldrick no lo ve así. Él quiere que todos los lazos de sangre de estos hombres sean erradicados, inocentes o no. Emmett O'Criene no tenía familia, sólo su ganadería, y Baldrick nos hizo matarlos a todos primero, para asustarlo. No tenemos escrúpulos en ese tipo de matanza. Pero no queremos matar a gente inocente. No queremos matar a la esposa de Smithey, o los dos hijos de Greene y la hija. No somos asesinos.

— ¿Por qué tus compañeros de manada simplemente no le dicen no a Baldrick? Negarse a hacer lo que dice, negarse a matar a toda esa gente.

Luke se rió ásperamente.— No lo entiendes en absoluto. No tenemos elección. Baldrick tiene un poder sobre nosotros que tú posiblemente no puedes comprender. Él puede controlarnos si quiere, hacernos hacer cosas que normalmente no haríamos. Es muy fácil para él, —se rió y sonó como un sollozo— sólo mírame. Mira como controla mi forma física aun cuando yo lucho con toda la fuerza que puedo. Realmente ni siquiera tiene que intentar hacernos obedecer. Mientras él tenga el poder, nosotros no tenemos ningún control.

— ¿Hay que matarlo para romper su control sobre tu manada, verdad? — preguntó ella suavemente.

— Eso creo, sí. Pero quizás me equivoco. Soy el más fuerte después de él y no logré detenerlo. Necesitamos tu ayuda. Necesitamos que tu amigo nos ayude.

— ¿Y qué pasa si él no quiere ayudaros, cachorro?

Adrian salió de la oscuridad creciente, la cara dura e implacable.— ¿Qué pasa si él te dice que te vayas y nunca vuelvas por aquí otra vez?

— Entonces Mona morirá. Baldrick la cree también responsable, por no estar aquí cuando el *Gruenwalt* tenía que ser respetado —Con una inclinación de cabeza en dirección a Mona, Luke dejó la taza vacía a un lado, se levantó, y se retiró silenciosamente en la noche.

Capítulo 9

— No tenías por qué echarle así. Has sido muy grosero.

— Mira quién habla. Como si tú no fueras grosera todo el tiempo —Adrian se puso a dar vueltas por su porche, recorriendo todos los rincones.

Mona tuvo la clara impresión de que estaba esparciendo su olor para disipar cualquier rastro que Luke pudiera haber dejado tras de sí.— ¿Cuánto de nuestra conversación estuviste escuchando?

— Lo bastante como para saber que has estado demasiado amistosa con él .

Ella se rió, incrédula.— No creo que sea de tu incumbencia la forma en que trato a mis invitados.

— No deberías subestimar a alguien como él. Es peligroso.

— También lo eres tú y no te estoy subestimando ni por asomo. Por cierto, ¿por *qué* estás *tú* aquí, *de nuevo*?

— Para verte.

— Pues ya me has visto. Ahora, márchate —ella le sonrió socarronamente, poniéndose de puntillas para que él no pudiera seguir mirándole desde lo alto. No sirvió de mucho; ahora le parecía mucho más grande que antes.

Hacía sólo un día que le conocía, y ya le había viso en varias etapas de cambio. Era el lobo que había en él, lo sabía, clamando por salir a la luz.

Mona frunció el ceño.— ¿Te conviertes en lobo cada noche? ¿O te pasa lo mismo que a esos lobos y sólo te afectan las fases de la luna?

Adrian rió ahogadamente. Aquel sonido tenebroso le hizo sentir escalofríos, como si estuviera siendo acosada, acechada allí, desde el extremo de la terraza.

— Soy un macho Alfa, puedo transformarme prácticamente cuando me place. O no. Esta noche no hay luna llena, que es cuando me sentiría más inclinado a transformarme. De hecho, hay luna menguante. Mi capacidad de transformarme disminuye en esta fase, aunque no es imposible. ¿Por qué sientes tanta curiosidad? ¿Tienes miedo de que pierda el control sobre mis más bajos instintos y me abalance sobre ti?

— Eres tan engreído —resopló ella.— No te tengo miedo. Tengo miedo *por* ti. Ese tal Baldrick parece peligroso y no creo que sea muy sensato por tu parte ir a correr al bosque en estos momentos.

— Qué conmovedor, que temas por mí. Innecesario, pero conmovedor. Sonrió abiertamente cuando ella le respondió con una palabrota.— ¿Y qué pasa con Baldrick, entonces? ¿Tratarás de encontrarle y hablar con él?

— ¿Qué, estás loco? ¿Es que no has oído lo que Luke ha dicho de él? No pienso ni volver a acercarme a ese bosque hasta que haya aclarado unas cuantas cosas en nuestra zona primero.

— Podría haber estado mintiendo, ¿sabes?

Mona frunció el ceño.— No estaba mintiendo.

— ¿Y cómo lo sabes?

— Porque lo sé, ¿de acuerdo? No parece del tipo que mentiría.

— Eres realmente ingenua, dulzura.

— No soy tu “dulzura” —escupió ella.

— Pero sí eres ingenua. Puede haber estado mintiéndote, para apartarte de la auténtica verdad.

— Adrian, eres un idiota. Luke me ha dicho la verdad. ¿Qué te ha hecho pensar que no era sincero?

— No es que crea que no ha sido sincero, es sólo que me preguntaba por qué le defiendes con tanto empeño.

— Eres realmente insoportable. ¿Qué hago entonces, creerle o no? ¿Voy a buscar a ese Baldrick o no? Tampoco es que me importe lo que opines — refunfuñó al final de su última frase.

— Opino que sería de lo más imprudente por tu parte implicarte aún más en todo esto. Herencia o no, en lo que depende de mí, tú no tomarás más parte en esto.

— Bueno, pues no depende de ti. Tengo una responsabilidad hacia esta gente y pretendo llevarla a cabo para poder terminar con esto y volver a mi maldita vida.

— Ni siquiera los conocías antes, ¿por qué deberías sentirte responsable de ellos?

— ¡Pues porque sí! Porque da igual si lo entiendo o no, o si creía o no en hombres lobo antes de ahora, debo tratar de evitar que haya más violencia. Si esta gente y estos lobos creen que yo puedo ayudar en algo, entonces al menos tengo que intentarlo. Luke tiene razón, si la situación se nos escapa de las manos, habrá derramamiento de sangre. Mucha gente inocente morirá, y probablemente algunos hombres lobo también. ¿Es que no sientes la menor lealtad hacia ellos?

Los ojos de Adrian escrutaron la noche.— Eso creía. Ahora no estoy tan seguro. Mis lealtades han cambiado

— ¿Por qué?

— Porque tú estás aquí.

Mona parpadeó.— ¿Qué tiene que ver eso?

— Todo. Vine aquí en busca de respuestas y ahora no estoy tan seguro de poder encontrarlas, o de si me importa siquiera. Estás en peligro. Esa manada de ahí afuera te ha amenazado. Nadie me amenaza ni a mí ni a los míos. Jamás. Pronto lo descubrirán.

— Desde luego, eres el hombre más extraño que he conocido jamás, hombre lobo o no. No soy tuya. No soy nadie para ti. Y no tengo la menor idea de por qué sigues viniendo a verme —su voz se alzó con la agitación

— Ya sabes por qué estoy aquí. Lo has sabido desde el primer momento que me viste. Deja de fingir que no.

— ¡*Arrgh*! —Mona abrió la puerta de un tirón, con la intención de dejarle pudrirse en el porche.

Él extendió la mano, aferrando su brazo en una presa de hierro, a pesar de la aparente suavidad con que le sujetaba.— Mírame a los ojos y dime que no sabes por qué estoy aquí contigo.

— Me niego a mantener esta conversación contigo, Adrian. ¿Cómo sé que todo esto no es más que un pasatiempo para ti, de vacaciones fuera de casa, afirmando ser un hombre lobo sólo para conseguir que las damas se desmayen, y todo eso?

Adrian le respondió con un gruñido, dejando al descubierto unos colmillos descomunales, desafiándola a que apartara la vista, a que negara la prueba

de lo que era.— No necesito afirmar nada. Puedes ver la verdad con tus propios ojos.

— Suéltame —Mona cuadró los hombros, dejando que su voz surgiera fría e imperiosa para ocultar las otras emociones que se agolpaban en su interior.— Ahora mismo.

— Mírame a los ojos y dímelo, Mona.

— No.

— Hazlo —Sus manos la apretaron de modo amenazador.

Mona obedeció. Cielo santo, era guapísimo, aunque estuviera totalmente loco. Tan alto y tan moreno que la boca se le hacía agua.— Suéltame.

Él inhaló aire bruscamente.— Descarada. No puedo —No parecía muy satisfecho por ello, pero Mona no tuvo tiempo de regodearse por haber conseguido enfurecerle antes de que él la atrajera hacia sí y la besara.

¡Maldito fuera!, pero sabía muy bien cómo besar a una chica. Sus labios eran increíbles. Suaves y duros al mismo tiempo, calientes, exigentes e increíblemente pecaminosos cuando se movían sobre los de ella

Su lengua rozando la comisura de sus labios, unas veces halagando y otras demandando para que ella los separase. El calor húmedo de su boca y su lengua se hizo más potente y ella se abrió para él, permitiéndole rápidamente saborear más profundamente.

Los dedos largos, ágiles se alzaron, enmarcando su rostro. Sus pulgares se acercaron a la comisura de su boca, forzándola a abrirla más. Su lengua se deslizó a través de la de ella, contra el paladar de su boca, a través de sus labios, no dejando ningún resquicio inexplorado. El aliento de él fluyó en sus pulmones, calentándola, quemándola. Él se tragó su aliento a cambio, sorbiéndolo de ella así como sorbía de sus labios.

Mona de repente lo empujó abruptamente, sintiéndolo en cada fibra de su ser. Ella era una mujer que apreciaba el autocontrol, aferrándose a ese convencimiento, alimentándolo hasta que estuvo segura de que había vencido esa debilidad. Adrian la hacía sentir débil, necesitada.

Pero Adrian no tenía ninguna intención de dejarla ir. Cuanto mas luchaba ella y mas se rehusaba, más ventaja sacaba él de su debilidad. Ella empujó sus manos contra su pecho. Tratando de apartarse pero en lugar de dejarla retirarse, él la sujetó más cerca. Su beso se endureció, castigándola. Devastándola.

Sus brazos eran ahora una férrea muralla alrededor de ella, las manos de él se convirtieron en puños a su espalda para atraerla más cerca. Su cuerpo estaba fundido con el de él, su erección presionaba contra su vientre, sus piernas eran duras y firmes como troncos de árbol, haciéndola sentirse frágil y atrapada.

El calor húmedo de su boca se traspasó a la de ella, manteniendo su boca muy abierta con su lengua y sus dientes. Ella podía sentir el leve pellizco de sus colmillos y sintió un fuerte latido, profundo, en su útero. Su corazón corrió a toda velocidad. Y todo lo que ella necesitaba para huir, para alejarse de esa intimidad, todo ello la esclavizaba a esto. Lo deseaba, más de lo que alguna vez había deseado a cualquier otro hombre.

Era un sentimiento de lo más extraño. Fuera de control. Irracional. Completamente ajeno a ella.

Los últimos resquicios de voluntad para oponerse a él brotaron y murieron. Él era demasiado tentador. Se dio por vencida. Sus manos se movieron para abrazarlo firmemente y acercándolo a ella. Su lengua encontró la de él, deslizándose en su boca. El empuje de sus lenguas cobró un ritmo inmediato, primitivo.

Una de las manos de Adrian se movió hacia su trasero, cogiéndolo para atraerla contra su pene, meciéndola contra él. Se movió contra ella sinuosamente, restregando su cuerpo contra el de ella para que pudiera sentirlo todo de él. Lo duro y excitado que estaba de cuello hasta los muslos. Sus músculos eran acero, su piel tan caliente como una fragua incluso a través de la ropa.

Mona gimió, sintiéndose ardiente y mojada entre las piernas. Adrian pareció sentir esa necesidad en ella y resbalando una pierna entre las suyas empezó a golpear contra su sexo con una aspereza deliciosa.

— Móntame —gruñó. Él no esperó que ella obedeciera. Sus manos cogieron sus caderas, sus dedos agarraron sus nalgas y la movió hacia él.

Mona se quedó sin aliento y gimió nuevamente. Su lengua continuaba en su boca, sus dientes la rasparon y ella los exploró. Sus colmillos eran largos y afilados, pero sus otros dientes eran igualmente afilados, lo que la sorprendió. Ella lamió un colmillo y fue malvadamente placentero para ella oírlo gemir en respuesta.

Ella lanzó su pelvis contra él, ansiosa por el placer exquisito que él le proporcionaba. Su cuerpo movía y presionaba contra el de ella. El latido de su corazón debía ser lo bastante fuerte como para que él lo oyera, estaba segura. Sus alientos jadeaban el uno en la boca del otro, ambos henchidos con el sabor y el perfume de los dos.

El aullido bajo y prolongado de un lobo rompió la quietud de la noche Adrian se congeló contra ella. Mona se quedo sin aliento y retiro sus brazos

— Creo que lo mejor sería que te fueras —jadeó ella. ¿Pero lo haría el? ¿O saltaría sobre ella como casi había hecho esa mañana?.

Aún en la oscuridad, Mona lo podía ver estremecerse violentamente. Podía ver su piel ondear de manera alarmante, casi lo podía ver volviéndose una fiera.

— Creo que estás en lo correcto —dijo él con voz brusca insegura.

— Esto no puede ocurrir de nuevo —ella supo que estaba tentando a su suerte, él estaba próximo a perder el control.

Sus ojos del color del oro fundido se veían encendidos en la oscuridad.— Puede. Y ocurrirá. Llegando mucho, mucha más lejos.

Mona hizo un ademán de protestar.

— Entra. *Ahora* —gruñó él.

Mona cambió de dirección y escapó hacia la casa, echándole el candado tras ella.

* * * * *

— Hola, mamá.

— ¿Qué es esto? Dos llamadas tuyas en sólo una semana. Tendría que señalarlo en el calendario como una ocasión especial.

— Para ya —Adrian no pudo reprimir una sonrisa.

— Oye, bromeo porque me importa. Ahora en serio, ¿qué te ha dado para que me vuelvas a llamar? No es que no me alegre de hablar contigo, pero tu padre aún no sabe que me regalaste este móvil, y si lo oyera sonar haría traer tus, ya sabes qué, en una bandeja.

— ¿Mis pelotas, mamá?

— No hables así delante de mí, pero sí. Esas mismas.

— Menuda hipócrita que eres. Si tú puedes decir mierda y joder y culo todo el rato, yo también debería poder decir lo que quiera delante de ti.

— Cállate

Adrian se rió, y luego se puso serio.— ¿Cómo eras cuando eras humana?

Casi podía ver a su madre frunciendo el ceño, inquisitiva.— Supongo que más o menos como soy ahora. Algo más joven, algo más estúpida, ya sabes. Como todo el mundo. ¿A qué viene tanta curiosidad?

— No lo sé. Es sólo que nunca te lo había preguntado y quería saber si tu transformación te cambió de algún modo, aparte de lo obvio.

— Convertirme en una mujer lobo no me hizo una persona diferente. Sólo una mejor persona —soltó una risita.

— ¿Y qué hay de cuando conociste a papá? ¿Cómo te sentiste al descubrir lo que era?

— No lo sé. Enojada, supongo. Muerta de miedo. Tampoco ayudó mucho descubrir que yo también me estaba convirtiendo en algo parecido a él. Esto… ¿de verdad tengo que contarte todo esto?

— Me gustaría saberlo.

Su madre suspiró, haciendo que le cosquilleara la oreja a través del teléfono.— Bueno, ya te he contado cómo nos conocimos. Cuando él vino a Los Ángeles para comprar una finca, una grande. Lo que me sorprendí al descubrir que él era uno de las Gentes. Y cómo fue que él me mintió al principio y me dijo que su sangre era una mezcla de varias razas diferentes. Todo eso ya lo habías oído.

— Él te mintió porque no quería que el gobierno llegara a saber de su tribu.

— Eso es. Era muy rico, incluso entonces, antes de que tú empezaras a invertirle el dinero en la bolsa. Y conocía lo bastante el mundo humano para saber que podría hacer creer lo que quisiera a quien quisiera, sólo con lucir un poco su dinero. Así que cuando los bosques que rodeaban su propiedad salieron a la venta, hizo un movimiento de compra inmediatamente. Y aunque los terrenos estaban en Washington, los dueños vivían en Los Ángeles. Querían conocer al comprador antes de finalizar la venta, una mera formalidad. De hecho, me extraña que tu padre consintiera en aceptarla. Y mi compañía me asignó como agente para organizar la venta.

— Si papá habló contigo por teléfono antes de conocerte, no me extraña que fuera a verte. Debió saber en seguida que tú serías su compañera.

— Cállate y déjame que te lo cuente —su madre se burló de él.— Cuando por fin nos conocimos, me pareció muy guapo, pero envarado y reservado. Arrogante. Pero en fin, así sois todos los hombres, y el hecho de ser un hombre lobo, especialmente un macho alfa, no le hacía precisamente más modesto. Lo deseé desde el primer momento, aunque no lo supe enseguida. Me acosté con él sólo 3 días después de conocerle… menuda fresca estaba hecha yo —se rió.— Me mordió, envenenándome, pero no se molestó en

decírmelo enseguida. Llevábamos varias semanas de relación y todo el rato yo pensaba que había algo… bueno… algo raro en él.

— ¿Te pidió que vivieras con él directamente, o te dijo que te había elegido, sin importar tu opinión, y que pensaba llevarte a casa con él?

— Él jamás pide nada, ya lo sabes. En cierto modo me hizo sentir como si yo hubiera tomado la decisión, aunque no había elección. Y justo antes de marcharnos, descubrí que estaba embarazada, así que vivir con él me pareció más aceptable, incluso necesario.

— Aún no sabías lo que eras, aunque accediste a mudarte con él.

— Sabía que era un indio nativo americano viviendo fuera de las reservas federales, que su pueblo no estaba reconocido oficialmente por el gobierno estadounidense. Pensaba que era un poco raro. Pero hasta que lo vi transformarse, cuado ya nos habíamos mudado al pueblo, no comprendí todo lo que extraño que era.

— ¿Cómo te sentiste? —insistió.

— Muerta de miedo, y furiosa. Jamás he estado tan furiosa. Estaba enfadadísima porque no me lo había contado, por pensar que podría mantenerlo en secreto —Se rió y luego bajó la voz a un susurro.— Le tiré piedras cuando volvió la mañana siguiente. Casi lo dejo inconsciente con una, se pasó una semana con un chichón en la cabeza, a pesar de esa habilidad suya de curarse rápido.

Adrian se atragantó.— Venga ya.

— Te lo prometo. Y que te sirva de lección. Jamás aburras a tu madre, muchacho.

— ¿Y cuándo te contó que te había transformado?

— Al poco tiempo. Lo hizo sin pensar, estaba enfadado en ese momento y ya sabes cómo se pone. Se le escapó.

— ¿Y tú no volviste a hablarle hasta que nací yo?

— Pues no, no mucho. Aunque se acabó el silencio cuando me puso de parto, y empecé a gritarle por hacerme pasar todo aquello. No había anestesia ni medicamentos, sólo estaba Padma haciendo de comadrona hasta que llegó el momento y tu padre te ayudó a nacer. Se quedó allí sentado conmigo, y en ningún momento alzó la voz, ni siquiera cuando me puse a gritarle y a pegarle. Se limitó a cogerme la mano, a hacer sus cánticos y a decirme cuándo respirar y cuándo empujar.

— Te quería.

— ¿Y cómo iba a poder resistirse? —bromeó ella.

— Eres tan arrogante como él.

— He aprendido de dos de los mejores. O de los peores, según se mire. Bueno. Y ahora dime a qué viene tanta curiosidad de repente.

Adrian dejó escapar un largo suspiro, sabiendo que debería callarse la boca, pero sabiendo también que su madre se lo sonsacaría antes o después.— Es sólo que quería hacerme a la idea de lo que me espera con mi compañera.

Su madre soltó un chillido de alegre sorpresa, haciendo que el auricular del teléfono retemblara de modo alarmante.— ¡Venga ya! —Jamás había sonado tan humana, aunque en todos aquellos años a él nunca le había sonado otra cosa que humana— ¿Quién es?

— No la conoces, mamá —se rió él.

— Da igual, dime su nombre.

— Mona Kincaid.

— Y es humana, de ahí tantas preguntas.

— Sí. Y americana.

Su madre chilló otra vez y Adrian oyó al fondo la profunda voz de barítono de su padre, preguntando algo.— Oh, no —su madre soltó un respingo.— Tengo que colgar, tu padre está afuera, en el porche. Eres muy gracioso, tenías que escoger un momento así para contármelo. Llámame pronto y cuéntame más. Tengo que saber más sobre ella o me volveré loca de curiosidad. Cielo santo, ¿cómo voy a ocultarle una cosa así a tu padre? — divagó.

— Deja de hablarle —se burló él.

— Serás desagradable.

— Tú me educaste así.

— Te quiero, muchacho.

— Yo también te quiero. Te extraño.

— Entonces vuelve a casa y trae a tu mujer contigo —Ella le colgó el teléfono en su oído.

— Pues bien, me he comprometido —filosofó él.— Como si pudiera ser de cualquier otra forma para mí —habló al cuarto vacío. Se rió de sí mismo, luego se tumbó de espaldas en el suelo, quedándose con la mirada fija en la luna más allá de las ventanas.

Todavía podría saborear a Mona en sus labios. Todavía la olía en su piel. Se había sacado sus ropas un rato antes; prefería vagar por la diminuta cabaña desnudo; y su perfume habían permanecido mucho tiempo en ellas también. Adrian sabía que ahora nunca más sería libre de su sabor, de su perfume y su textura. Y esa era una pequeña prueba que no había sido suficiente para satisfacerle.

Tendría más. Debía tener más de ella y pronto.

Su sexo estaba pesado y duro. Se acarició a sí mismo distraídamente, pensando en los ruidos diminutos de placer que Mona había hecho antes con su garganta. Permitió que los recuerdos lo abrazaran. No fueron ni cinco minutos más tarde cuando se estremeció de placer, acariciándose a sí mismo más rápido, buscando el clímax.

Adrian apretó su eje con fuerza, bombeando. Ardió. Transpiró. El recuerdo de la piel satinada de ella le hizo quedarse sin aliento. Su sabor era tan dulce que como el caramelo. El olor de su jabón, su champú, y la humedad de su vagina se habían entremezclado en un perfume exótico e intoxicante. Se habría ahogado feliz en ese perfume maravilloso.

Había querido lamerla allí, entre las piernas. Había querido joderla como un animal, el animal que en él vivía, profundamente en su interior. Y más que nada, había querido *morderla*. Hundir sus dientes en ella, para extraer su sangre y llenarla con esencia que la ataría más completamente e irrevocablemente que ninguna cosa que ella hubiera conocido.

Él lamió sus labios y la saboreó. Acarició su pene y la sintió. La sintió cabalgando sobre su pierna**,** su pequeña y delicioso vagina golpeando contra su erección con cada movimiento. Gimió, echando hacia atrás la cabeza, levantando sus caderas con su mano.

Con un estremecimiento y un aullido se corrió, inundando su palma y su estómago. Su semilla blanca y cremosa estaba caliente y pegajosa, quemándolo. Su clímax fue intenso, robándole el aliento, y duró un largo, largo tiempo.

Adrian se juró que la próxima vez que se corriera, sería con sus pelotas enterradas profundamente dentro del cuerpo de Mona Kincaid.

* * * * *

En su cama, sola, bajo la seguridad de las colchas, Mona aún sentía la intensidad sexual del abrazo frustrado que Adrian le había dado. Se sentía salvaje, con su útero tenso y lista para abalanzarse sobre él al menor aviso.

Sus pechos se sentían pesados, sus pezones duros y sentía el hormigueo de la excitación. Su vagina estaba hinchada y húmeda latiendo con el flujo de su sangre, todos y cada uno de los latidos de su pulso generando un bombardeo exquisito de presión en sus ingles.

Todavía podía saborear su beso en su boca. Todavía sentía la textura de sus labios y su lengua en ella. Su perfume todavía la envolvía, más pesada, y en cierta forma mucho más real que el algodón que la cubría ahora.

Apretando sus piernas, sintió una serie de explosiones a todo lo largo de su cuerpo. ¿Habría tenido que dejarle acabar lo que había comenzado y luego haberlo dejado salir?

Sí. Un sonoro sí.

Mona dejó que su mano vagara hacia abajo a su sexo, bajo la cinta sedosa de sus bragas. Estaba tan mojada. Tan aletargada por el deseo. Su otra mano se movió bajo su camisa de dormir y acarició sus endurecidos pezones, que parecía hechos de duro diamante, con largas caricias con sus dedos.

Quería que él la tocara ahí. Que la besara ahí.

Su vagina tembló. Su clítoris se inflamó como un frágil brote que lloriqueaba de necesidad. Frotó círculos diminutos con dos de sus dedos, presionando con fuerza y luego ligeramente, su aliento entrando en rápidos jadeos.

Mona quería que él la lamiera entre las piernas. Quería que él mordisqueara y chupara su clítoris como una fruta. Quería que él la inclinara y la penetrara con un golpe largo, con fuerza en la vagina. En el trasero. Quería que él la hendiera con sus empujes.

Quería que él la mordiera una y otra vez, mientras sus pelotas chocaban contra trasero con cada empuje

Sus pezones se hincharon aun más. Su clítoris se sentía cerca de explotar, tan apretado, pesado y exigente bajo sus dedos, los que se movían cada vez más rápido.

Su vagina se sentía tan vacía. Habría dado lo que fuera por tenerlo allí ahora, encima de ella llenándola, con sus dedos o su mano o su lengua o, sobre todo, su pene.

Lamió sus labios resecos y lo saboreó otra vez, y era como si él realmente estuviera allí con ella. Lo sentía, grueso, duro y caliente en la apertura de su vagina. Sentía la auténtica realidad de su peso abrumándola, inclinando sus caderas sobre ella Sentía el canal mojado, inundado en toda su extensión, listo para acomodar su grueso pene cuando entrase en ella.

Con un estremecimiento que sacudió la cama, se fragmentó en mil pedazos. Su vagina apretada alrededor de la fantasía de su pene llenándola, estirándola, aporreándola hasta que vio estrellas. Su propia y dulce humedad inundó su mano y su gemido hizo eco a todo lo largo de las solitarias habitaciones.

Mona se prometió que la próxima vez sentiría la liberación, mientras el pene grueso y duro de Adrian Darkwood la llenaba de verdad. No más fantasías para ella, sólo algo verdadero la satisfaría ahora.

Capítulo 10

La mayor parte de las casas y locales comerciales de Applecress estaban amontonados en lo alto de una colina que dominaba el valle donde se alzaba la casa de campo de Mona y comenzaba el bosque. Mona iba ascendiendo por el camino principal; el que en realidad era el único camino de verdad por esos lugares y después de todo, no merecía demasiado ese título; ignorando los baches y la grava suelta que amenazaban con hacerla tropezar. Era temprano, apenas después de la salida del sol, pero el pueblo ya se alborotaba, mientras hombres y mujeres se dirigían a sus tareas diarias.

No había muchos niños a la vista, pero no era un día de escuela. Y Mona ya había aprendido que todos los niños en edad de aprender a leer asistían a una escuela que atendía a varios pueblos de los alrededores. La escuela estaba a más de treinta kilómetros de distancia, pero en un área tan remota como esta, treinta kilómetros o más no eran tanta distancia como para que una furgoneta cargada de niños viajara dos o tres veces por día.

Era imposible para Mona ignorar las incontables miradas que seguían su progreso a través del pueblo. Se obligó a saludar educadamente a cada una de las personas con las que se topaba. Y lentamente fue acostumbrándose a las sonrisas y asentimientos en respuesta que le devolvía la gente. La gente era amistosa, incluso si estaban también inquietantemente curiosos sobre ella.

El pub ya estaba abierto, claro que Mona se preguntaba si alguna vez cerraba, y estaba lleno de gente. Pidió un café y una tostada y la misma mujer que le había servido el día anterior le trajo inmediatamente un vaporoso jarro de un fuerte y negro brebaje, sonriendo en bienvenida.

— ¿Y cómo está usted en esta fresca mañana de primavera, Señora?

Mona sonrió, vertiendo una saludable dosis de azúcar y crema en su café.— ¿Es primavera? ¿Quien lo hubiera imaginado con toda esa escarcha sobre la tierra?

La mujer se rió sin reservas.— Och, en realidad este es un clima cálido para la estación en estos lugares, lo juro, lo es —sus ojos centellearon alegremente.

— Detestaría ver como es el invierno entonces.

— ¿No tienen un clima frío allá en Boston, entonces?

— Sí —Mona sonrió, en ningún caso sorprendida de que la mujer supiera de dónde era. No había secretos en esta comunidad. Bebió a sorbos su bebida, se estremeció, y rápidamente agregó más azúcar.

— Deje de agregar tanto dulzor a eso —la regañó la mujer con una carcajada— se le pudrirán los dientes, sabe.

— Creo que mis dientes ya se hubieran podrido a estas alturas. He estado bebiendo el café de esta forma cada mañana desde que tenía quince años. ¿Señora…?

— Llámeme Meggie, querida.

— Meggie, entonces. ¿Podría usted decirme dónde vive August Finn? Tengo que verlo cuanto antes.

— Puedo hacer algo mejor que eso. Él estará aquí dentro de poco. Nunca deja de venir aquí por la mañana. Sólo tómese su desayuno y espere; no será

mucho tiempo. Y fíjese en lo que le digo ahora, él comerá más que una tostada esta mañana. Traeré un plato para ustedes.

Mona ahora sabía que era mejor no discutir con una escocesa. Miró a Meggie irse a la cocina, sonriendo.

— No sonríes lo suficiente. Deberías. Es bueno para ti.

Mona frunció el ceño; aún cuando los latidos de su corazón se duplicaron excitadamente; mientras Adrian tomaba asiento despreocupadamente frente a ella.— ¿Cuándo llegaste aquí?

— Justo antes que tú. Te vi entrar. No eres muy observadora, ¿sabes?

Mona puso los ojos en blanco con exasperación, e intentó no acordarse de la última vez que lo había visto. ¿Había sido apenas la noche anterior? Parecían haber pasado días. Había sufrido una larga noche, sacudiéndose y dando vueltas en su solitaria cama, recordando cada momento vivido en sus brazos. Recordando cómo habían sabido sus labios. Cómo sus manos la habían apretado tan estrechamente en el medio de su espalda, casi magullando su piel.

Y lo recordaba ahora, tan claramente como si estuviera sucediendo una vez más. Sus mejillas ardían con el recuerdo. Sus muslos dolían mientras recordaba cómo se había movido él para separárselos, empujando contra su sexo mientras ella se mecía contra él.

— Esto está atestado, debo haberte pasado por alto. Además, tengo mejores cosas que hacer que buscarte.

Una sedosa ceja negra se elevó con recelo.— ¿Como qué?

— Olvídalo

— Lo intento con fuerza, pero es simplemente imposible ignorar semejante perfección.

Mona no pudo evitarlo. Estalló en carcajadas ante su excelentísima, y *tan* inocente actuación. Las cabezas giraron ante el sonido, las conversaciones cesaron, pero en vez de sentirse avergonzada, Mona se rió aún más fuerte. No podía refrenar su alegría y ni siquiera lo intentó. Además, era bueno reírse.

Meggie trajo un plato caliente con huevos, tocino, trozos de salchicha y jamón a la mesa. Así como gachas de avena guisadas en mantequilla, tostadas, y otra taza rebosante de café.

Con el ánimo mucho más alto, Mona agradeció a la mujer, quien miró a Adrian con desconfianza antes de sonreír y dirigirse hacia otra mesa.

— Come un poco de esto así no parezco ingrata. No soy una persona que coma mucho para el desayuno —ofreció ella, poniendo el plato entre ellos.

Adrian rápidamente capturó un pedazo de salchicha y la introdujo entera en su boca. Su mandíbula era fuerte, trabajando mientras él masticaba. Mona nunca hubiera creído que podría encontrar la mandíbula y la garganta de un hombre tan increíblemente sexy, pero lo hacía. O al menos encontraba que la de este hombre lo era.

Él tragó con ganas y alcanzó otro pedazo.— Entonces. ¿Qué tienes planeado para hoy?

Mona sabía que era inútil pensar que él tuviese alguna intención de dejarla en paz, sabía también que sería agradable tener su compañía, incluso si era un diablo.— Voy a ir a hablar con August sobre John Smithey

y Thomas Greene. Ver si hay algo que se pueda hacer para probar lo que hicieron, ver si la justicia puede ser dispensada finalmente.

— Dudo que admitan haber actuado mal.

— Yo también. Pero tienen que ser confrontados. Algo tiene que hacerse respecto a esto, y pronto.

Adrian mordió un pedazo de tocino, partiéndolo justo por la mitad con sus fuertes y blancos dientes.

— No tienes colmillos esta mañana —dijo ella, cuidadosa de mantener su voz baja en caso de que alguien escuchara.

— No los tengo todo el tiempo —él frunció el ceño como si se sintiera ofendido de que ella pudiera pensar así.

— Tus colmillos siempre parecer afilados, pero mientras están cortos no parecen demasiado diferentes de cualquier otra persona —lo estudió minuciosamente.

— Generalmente son más cortos en esta época del mes, volviéndose más grandes mientras en tanto va creciendo la luna. Otras partes de mi cuerpo se ponen más grandes también, ¿sabes? Tendré que mostrártelo —la molestó perversamente.

Mona resopló.— Ya te gustaría hacerlo.

— Por supuesto.

También a ella. *Arrgh*, sacudió su cabeza para aclararla, rechazando seguir esa peligrosa línea de conversación con él.— Si no es tanto acerca de ti lo que puede apartarte de la gente fisicamente, ¿por qué estás tan resuelto a no vivir con humanos?

— Nunca dije que no quisiera vivir con humanos.

— Creí que era por eso que habías venido aquí. Para encontrar un modo de salvar tu raza de “un mundo en retroceso” tal como lo llamas.

— Sí, pero no tengo problemas en vivir con humanos. Vivo en Nueva York, una de las áreas más densamente pobladas del mundo. Es mi tribu por la que estoy preocupado.

— ¿Tu tribu?

— Sí. Viven ocultos, en Washington.

— ¿No cerca de los humanos, supongo?

— Viven en una muy antigua y muy aislada extensión de bosque de la que mi padre tiene propiedad y título. Linda con algunas pequeñas granjas, pero no con áreas más pobladas que eso. Raras veces, si es que lo hacen alguna vez, ven humanos. En su mayoría, ven ganado; caballos y búfalos, cosas así.

— ¿Por qué no vives con ellos? —dijo ella perpleja.

— Estoy a la búsqueda de encontrar cómo preservar nuestro modo de vida, nuestro modo de vida hombre lobo del mismo modo que nuestras costumbres Nativas, mientras al mismo tiempo lograr abrazar más del mundo moderno. Escogí Nueva York para poder trabajar para una empresa allí que me interesó. Trabajan en conservar las tierras de bosques y la vida salvaje, concediéndoles a personas como yo amplios fondos y tiempo para investigar las muchas manadas no descubiertas de skinwalkers a través del mundo.

— ¿Ellos saben sobre los hombres lobos entonces? ¿Esa empresa?

— No realmente, no. Mi mentor, el hombre que me contrató, posee la empresa y estaba enterado de mi investigación. Él la fomentó lo mejor que pudo. Murió unos años atrás, dejando a su sobrina para seguir financiando mi trabajo, y la fortuna quiso que ella fuese la compañera de un hombre lobo o yo podría no haber tenido la posibilidad de llegar tan lejos en mi búsqueda luego de la muerte de Alexi.

— Todavía no entiendo sin embargo. ¿Por qué piensas que esta manada puede ayudarte a encontrar la solución a tus problemas? Me parece que ellos no conocen nada sobre el mundo en general, tan apartados de él como están.

— Yo no sabía que las cosas serían de este modo para ellos. No sé lo que esperaba. Ni siquiera sé por qué me preocupaba tanto por esto. Lo que realmente sé es esto; estamos todos conectados, todas los cambia formas, a ésta manada. Desde el momento que sus problemas comenzaron aquí, sentí su inquietud resonar dentro de mí. Y con cada skinwalker que me puse en contacto en los siguientes días, me dijeron que sintieron la misma cosa. Fue lo que en última instancia me condujo aquí a encontrar esta manada, después de años de buscar sin éxito.

— Entonces si ellos tienen las respuestas que quieres, tienes que ver que pasa.

—Sí. Tú has visto lo que le estaba pasando a Luke. Él te contó lo que ocurría con el resto de la manada, cómo Baldrick los tiene bajo estricto control.

Mona se estremeció, recordando el estado en que se encontraba el medio hombre medio lobo. Recordando su obvio tormento.

— Entonces debes saber que hasta que esta cuestión sea resuelta, hasta que la manada sea capaz de encontrar la paz otra vez, el mundo entero de los cambias formas estará pisando terreno inestable. Es una situación volátil y potencialmente mortal. Si no somos cuidadosos aquí, no me sorprendería si un poco de la locura de Baldrick rezumara en el mundo, causando que todos los skinwalkers perdieran el control, empujándolos a la violencia.

Mona suspiró pesadamente.— Me siento horrible. Yo debería haber escuchado a mis abuelos. Debería haber creído cuando me dijeron sobre todo esto.

— No tenías modo de saber si lo que ellos decían era verdad. Tu incredulidad era natural. Fuiste criada muy alejada de esta vida, después de todo.

Sus labios se torcieron.— Mi padre no. Él creció aquí. Y él no los creyó tampoco.

— Entonces tu padre es un hombre tonto. O tal vez es simplemente demasiado humano para creer. Los humanos casi nunca creen en aquello que no pueden ver o explicar racionalmente.

— No, tenías razón la primera vez. Mi papá puede ser tan idiota a veces. Toda mi vida crecí pensando que los padres de mi padre estaban chiflados, debido al modo en que los describía. Él raras veces hablaba de ellos, pero cuando lo hacía sólo era para contar que no podía soportarlos. Y nunca habló de este lugar. Para él era un tema maldito. Yo sólo supe sobre esto porque mi Mamá me hablaba sobre ello y eso era cuando me gritaba por ser tan loca como creía que eran mis abuelos.

Adrian frunció el ceño amenazadoramente.— ¿Por qué ella pensaría eso, o sería tan cruel para envenenarte con esa idea?

— Mamá y Papá son buenos, no importa cómo de malos los hago sonar. Simplemente no son grandes ejemplos de interés paternal, si entiendes lo que quiero decir. Mamá y yo siempre discutíamos así. Puedo entenderlos un poco, incluso si no estoy de acuerdo con ellos.

— Me parece horrible —Y lo era. Él había crecido en los brazos de una familia cariñosa y muy estrechamente unida a la comunidad de parientes y seres queridos. A pesar del hecho que su padre podría ser severo y autoritario a veces; Adrian era igual que él, y por eso su madre lo había regañado incontables veces a lo largo de los años; pero nunca había tenido frío o se había sentido falto de cariño. Adrian sabía que su padre lo amaba. Sabía que su madre lo amaba. Y estaba triste de ver que su compañera había crecido sin un cariñoso sistema de apoyo similar.

— Realmente no lo fue. Me malcriaron, dándome todo lo que quería. Yo sólo era tan diferente de mis padres que nosotros no nos podíamos relacionar a un nivel personal. Estaba absorta en mi entrenamiento de animales, no me gustaba mucho la gente ni tenía mucho para hacer con ellos, y esto hizo preocuparse a mis padres.

— ¿Entrenas animales? —preguntó él con curiosidad.

— Perros. Para la policía y las unidades de SWAT sobre todo. A veces realizo proyectos para el FBI y entreno perros buscadores de droga para la ATF, ese tipo de cosas.

— Te relacionas mejor con los perros que con los humanos. Los entiendes mejor —no pudo menos que reír en silencio. Tal propensión sólo podría aliviar para ambos los problemas en los siguientes días. También era un buen augurio para su éxito como pareja apareada. Ella tendría menos problemas que muchas en su adaptación a las costumbres de su gente.

Él nunca había sido un verdadero creyente en el Destino o la Fatalidad ni siquiera en el Gran Espíritu, como tanta de su gente hacía, pero agradecía a todos ahora por proveerlo con una compañera tan perfecta como Mona.

— No te burles de mí —se quejó ella.

Levantando sus manos en un gesto de inocencia, él rió en silencio.— No me estaba burlando, lo juro.

Mona resopló, bebiendo de su taza.

Adrian miró detrás de él y después volvió a enfrentarla.— August está aquí.

Él debía haber sentido al escocés. Mona ni siquiera había notado que la puerta del pub se abría para permitirle el acceso. Se inclinó para mirar más allá de Adrian, y vio a August caminar hacia ellos, sonriendo.

— Meggie dice que ustedes están esperando para verme.

— Tome asiento, August. Este es Adrian Darkwood, un amigo mío —los presentó ella.

August sacó una silla y se sentó con un asentimiento en dirección de Adrian.— Lo he visto por ahí. Usted ha estado quedándose en una de las cabañas de alquiler. En el borde del bosque.

— Así es.

— Tal vez preferiría no entrar al bosque mientras esté aquí.

— Él sabe, August. Me está ayudando a averiguar que está sucediendo por acá.

August pareció desconfiado.— Parece que se han hecho amigos rápidamente, muchacha. Cuídese de hacer los amigos correctos.

Mona se enderezó, mirando al viejo Escocés fríamente.— No creo que usted esté en posición para juzgarme a mí o a mis amigos, August Finn. Apenas me conoce, y está preguntando mucho más sobre mí que ningún amigo que haya conocido alguna vez antes.

Él se ruborizó con aire de culpabilidad.— Perdón.

— No se preocupe, Sr. Finn. Mona y yo hemos sido amigos por mucho tiempo —mintió Adrian suavemente.— Nos sorprendimos de encontrarnos aquí, pero nos alegramos. Es bueno ver una cara familiar en momentos como estos.

— Parece extraño, que usted estuviese aquí cuando todos los problemas empezaron —puntualizó August con desconfianza.

— Él no tiene nada que ver con esto, August. De hecho, creo que sé exactamente por qué todo se ha ido al demonio en las últimas semanas.

Los ojos de August se ensancharon al oír esto y sonrió.— ¿Ha hablado con los lobos entonces? El *Gruenwalt* todavía se mantiene.

— No exactamente —admitió ella, vacilante.— No estoy tan segura que el *Gruenwalt* valga gran cosa a estas alturas. No con el actual líder de la manada, de todos modos.

— ¿Pero por qué? ¿Qué hemos hecho para enfadarlos así? —se lamentó.

Las cabezas giraban para mirarlos. Los oídos se esforzaban para escuchar su conversación. Y Mona estuvo de pronto nerviosa de que la persona incorrecta pudiera oír algo e hiciera un movimiento que enfadara a la manada.

Adrian compartió sus pensamientos.— Vamos a dar un paseo, August, lejos de todo este humo.

Los ojos azules de August miraron a su alrededor cautelosamente.— Aye. Vamos a dar un paseo.

Se levantaron y se alejaron, dejando a la curiosa multitud preguntándose sobre lo que harían.

* * * * *

No les tomó mucho tiempo informar a August sobre la situación y se dirigieron a la pequeña granja de Thomas Greene, casi en las afueras del pueblo, para interrogarlo.

— Debería haber adivinado que Thomas tenía algo que ver con esto. Después de que su esposa murió el verano pasado se ha metido en toda clase de problemas. Sus muchachos apenas pueden soportarlo y su hija no quiere saber nada de él. Och, es un asunto lamentable, este —el acento irlandés de August era espeso, su voz se oía cansada.

— Entonces no es imposible que él y los otros estén detrás de esto.

— No. Y yo creería en la palabra de los lobos antes que en la de cualquier hombre. Nunca mienten.

Eso no era exactamente verdad, mientras Mona recordaba la declaración de Adrian sobre que ellos habían sido amigos durante mucho tiempo. Sabía

que él había mentido para proteger su virtud ante los ojos de August; y ante los ojos de los aldeanos; pero todavía se preguntaba por qué se había molestado.

Si él pensaba que estaría agradecida, mejor que pensara otra cosa. El hombre era demasiado arrogante. Mintiendo para protegerla, a ella o a su reputación, no se ganaría un lugar en sus afectos.

Sus miradas fijas se encontraron. El brazo de Adrian rozaba contra el suyo mientras caminaban. Él fácilmente había maniobrado para lograr colocarse entre Mona y August, casi distraídamente, mientras los tres conversaban. Pero Mona sabía que lo había hecho con intención, probablemente porque se sentía muy posesivo respecto a ella. Había momentos en que podía leerlo como un libro abierto.

El resto del tiempo, la mayor parte del tiempo, era un completo enigma para ella.

— ¿Deberíamos hablar con las autoridades locales antes de ir a visitarlo? No quiero arriesgarme a disgustar a este hombre sin alguna protección, parece peligroso.

August la miró de una manera extraña.— Usted y yo somos las autoridades por aquí.

Mona quedó boquiabierta.— ¿*Perdón*?

— No necesitamos policía por aquí, nunca lo hemos necesitado. Usted es el jefe del clan ahora. Su Abuelo me hizo su administrador hace veinte años y yo mis hijos hemos mantenido la paz estos pocos años pasados.

— Lo siento pero no estoy tan segura ahora de que esto sea una buena idea —vaciló ella.— No estoy calificada para mantener ninguna clase de posición de autoridad aquí.

— Su sangre le da toda la autoridad que necesitará. Usted es la Kincaid y es todo.

— ¿Usted cree? No fui criada para ser "la Kincaid", no tengo ni idea como manejar esta situación.

— Sólo déjeme el trabajo rudo a mí y a este bravo hombre suyo aquí —dijo August, hinchando su pecho tercamente.— Thomas puede ser un bastardo, pero es un cobarde. No intentará nada con nosotros tres juntos.

— Eso es tan estúpido —refunfuñó Mona.

La mano de Adrian se movió para tomar la suya, apretándosela alentadoramente. Lo extraño del gesto la ayudó a aliviar en algo su tensión. Unió sus dedos con los de él, y de momento sintió que era correcto el contacto entre ellos.

— No estoy seguro si los lobos aceptarán cualquier justicia que usted pudiera lograr dispensar a estos hombres —dijo Adrian por fin, su voz aterciopelada pensativa.

— No tenemos mucha opción, muchacho. Tenemos que intentarlo y apaciguar a los lobos de algún modo.

— ¿Tienes alguna otra sugerencia? —le preguntó Mona.

— Ninguna que esté dispuesto a llevar a cabo, no —Adrian guiñó un ojo hacia ella, pero su rostro permaneció severo y Mona supo que estaba pensando en el evasivo Baldrick.

Ella esperaba no tener que llegar a eso. Por alguna razón que era un misterio para ella, quería a Adrian tan lejos de cualquier peligro como fuera

posible. Le gustaba así como era y con su cuero intacto. Adrian podía ser un salvaje y feroz hombre lobo, pero Mona estaba segura de que no había modo en que él pudiera enfrentar a Baldrick en una pelea limpia y triunfar. No después de haber visto de primera mano el daño que él le había infligido al pobre Luke. Y Luke era casi dos veces el tamaño de Adrian. Y si Adrian estaba pensando en hacer un movimiento para tomar la posición de Baldrick en la manada, Mona no tenía la menor idea de qué podría pasarle.

Por favor, rezó fervientemente, *no dejes que eso suceda*.

Capítulo 11

Thomas Greene no se encontraba por ninguna parte. Su desvencijada cabaña cercana al borde de una extensa pradera boscosa había visto mejores días, tenía una puerta trasera y una en frente pero no hubo respuesta cuando Mona golpeó ruidosamente en las dos. Los pollos vagaban por el patio, así como también una cabra, y esos dos eran las únicas cosas que se movían.

Después de buscar por los alrededores, Adrian destapó una camioneta 4x4 que se encontraba bajo una lona verde. Probablemente éste era uno de los vehículos que se usaban para perseguir a los lobos por el bosque, y Mona habría apostado su fondo fiduciario a que encontraría dos más en algún lugar de las propiedades de John Smithey y de Emmett O'Criene cuando las revisara más tarde.

La evidencia no era suficiente, pero sin lugar a dudas lo hacía sospechoso.

Mora esta interesada en oír lo que Thomas tenía que decirle acerca de las acusaciones acumuladas contra él y sus amigos

Se preguntó dónde estaría su rifle de la caza.

— ¿Y ahora qué? —preguntó a nadie en particular.

— Ahora vamos a la casa de John Smithey y vemos si podemos hablar con él —Dijo Adrian, mientras olfateaba el aire ligeramente, como si algo le estuviera haciendo cosquillas en la nariz.

— Él casi siempre trabaja en su granja de ovejas. No llegará a su casa hasta muy tarde.

— Entonces hablemos con su esposa —Sugirió Mona.— Ella podría saber algo que pudiera sernos útil.

Dieron una vuelta a la casa una última vez. Mona intentó abrir las puertas, probando las cerraduras, pero estaban cerradas firmemente, tal como sospechaba. Incluso en una comunidad como esta, las personas cerraban sus puertas con llave. Sobre todo si tenían algo que esconder. O secretos que guardar.

Adrian examinó los alrededores como si buscara algo.

— ¿Qué está mal? —Susurró para que August no oyera por casualidad.

— No lo sé. Algo. Quédate cerca de mí.

Mona resopló a su orden.— No te hagas eso del "lobito". No sabría como explicárselo a August.

— No lo haré —le dijo, pero sus pensamientos no estaban con en ella en ese momento. Su nariz se retorció bruscamente de nuevo. Su cuerpo estaba derecho y tenso, en estado de alarma.

Mona agitó su cabeza y llamó a August que estaba asomado mirando por las ventanas de la cabaña.— No creo que vayamos a encontrar algo aquí, al menos no hoy.

— Creo que está bien, muchacha. Visitaremos a Brenda para hablar con ella. Quizás John se presente para el almuerzo.

— Me pregunto dónde está Thomas —meditó ella.

— Quizá Baldrick ya estuvo aquí —sugirió Adrian suavemente.

— Demonios, espero que no. Y si hubiera estado, ¿no deberíamos haber encontrado su cuerpo o algo así?

— No lo sé. Pero puedo olerlo en el aire.

— ¿A quién? ¿A Thomas? —Sus ojos ensancharon.

— No —Soltó una risa tensa.— A Baldrick.

— Estupendo. No estoy segura de que me agrade saber que tienes un sentido del olfato tan penetrante.

— No te preocupes. Tú siempre hueles bien. Esta mañana usaste tu champú de manzanas.

El corazón de Mona se tambaleó, y tragó una burbujilla traidora que amenazaba con producir una risita en su garganta.— No hagas eso —Le reprendió ella, mientras intentaba recobrar la calma.

Su mirada oscura penetró ardientemente en la de ella.— ¿Qué no haga qué?

— Sabes que. Deja de intentar hacerte el listillo. Es una situación muy seria en la que estamos metidos. No tengo tiempo para coquetear contigo.

Adrian se rió con fuerza de eso, aliviando un poco la tensión.— No creo que ni siquiera sepas lo que significa coquetear, dulzura. Y es bueno saber que piensas que soy listo.

— Nunca dije que eras listo, dije que estabas intentando hacerte el listillo.

— ¿Y estoy teniendo éxito? —Le preguntó.

— No —mintió ella.

— Entonces tendré que hacer un mejor intento.

August lanzó un grito. Era el sonido alarmado de un hombre grande, lleno de dolor y terror. La cabeza de Adrian se movió, sus manos apretaron las partes superiores de los brazos de ella.

— Quédate aquí —Adrian la empujó hacia atrás, contra la pared de la cabaña antes de correr alrededor de la casa hacia dónde August gritaba de nuevo.

— Quedarme aquí y una mierda —.Gritó ella.— Voy contigo —Mona corrió desesperadamente para seguirlo y ponerse tras sus talones.

La escena era un caos cuando llegaron. Dos lobos gigantescos convergieron ante ellos, mientras uno se ocupaba de morder a August, que le lanzaba patadas desesperadamente. Adrian se movió para interceptar a una de las bestias que atacaba, de sus manos, como magia, crecieron tres pulgadas de garras listas para entrar en la lucha.

Mona se volvió y corrió a toda velocidad en dirección opuesta cuando un tercer lobo corrió para darle alcance. Brincó sobre el pequeño cerco de alambre que protegía el pasto verde, y se lanzó a la carrera por la colina detrás de la cabaña tan rápido como sus piernas podían llevarla. Mientras corría se quitó la chaqueta, con la idea de usarla como “alimento” para el lobo que la perseguí cuando finalmente le diera alcance.

Cayó de golpe sobre la tierra cuando el lobo usó su fuerza y el peso de su cuerpo para derrumbarla. Mona se volvió y levantó el bulto que había construido con su chaqueta mientras sus mandíbulas chasqueaban hacia abajo.

El golpe la dejó sin aire, y gastó preciosos segundos intentando recobrarlo. Las patas del lobo se incrustaron brutalmente en su cuerpo, rasgando su camisa y lastimando su piel. Le tomó cada onza de valor que poseía no gritar de terror y dolor.

— *Abajo* —le ordenó tan serena y firmemente como pudo, esperando distraerlo todo lo que puede distraerse a un perro agresivo.

No tuvo efecto. Ni Mona había esperado que lo tuviera. Sintió como la bestia rasgaba la chaqueta, abriendo un boquete con su boca, esperando que se ahogara. Sus grandes ojos grises contenían un fuego de locura cuando se miraron fijamente.

— *Bájate de encima de mí* —chilló ella, mientras ubicaba sus pies para dale puntapiés sobre el c estómago. Mona envió a su asaltante volando y perdió su chaqueta con el esfuerzo, pues quedó firme en la boca del lobo. Rodó y se puso una vez más de pie, alejándose de él corriendo, sin saber donde ir, solo sabiendo que tenía que escapar.

Se atrevió a mirar hacia atrás por sobre su hombro. El lobo agitó su cabeza y su chaqueta salió volando. Mona no esperó a ver que haría luego.

La voz de Adrian aulló desde alguna parte detrás de ella. Mona vaciló, sin saber si él estaba herido o simplemente enfurecido. Fue un error, porque en esos pocos segundos permitió a su asaltante que la alcanzara de nuevo. Se lanzó a sus piernas, haciéndola tropezar, Mona sólo fue capaz de permanecer a penas de pie.

Estaba perdida, y lo sabía. Por alguna razón, esta certeza no la atemorizó. Más que nada la sacó de sus casillas. Volviéndose, enfrentó al lobo, asentando bien sus pies, para impedirse la caída, y le pegó en ángulo recto en la oreja con su puño.— Cuando digo abajo —rugió ella.— Quiero decir *échate abajo, maldito hijo de la gran perra* —Lo golpeó otra vez, en la otra oreja, con el otro puño. Tan duro como pudo. Haciéndolo volverse hacia un lado.

El lobo clamó de dolor, lloriqueando. Mona se sintió avergonzada, nunca había herido a un animal a propósito; pero sólo sufriría por el momento. El bastardo estaba intentando matarla después de todo. Ahora no era el momento para un ataque de conciencia.

Adrian estaba corriendo por la ladera de la colina hacia ellos, su pelo negro volaba detrás de él. Se veía como un guerrero valiente y salvaje corriendo hacia la batalla, tan hermoso y feroz, que los ojos de Mona se llenaron de lágrimas.

El lobo miró a Adrian que venía detrás de Mona. La obvia inteligencia de la bestia la aterró. Éste no era algún perro doméstico al que ella podría ordenarle o entrenarlo que para que le obedeciera. Ni tampoco era un humano con la capacidad de sentir empatía o mostrar compasión. Era algo más. Algo mucho más peligroso de lo que cualquiera de esas cosas podría serlo en la vida.

Éste era un hombre lobo. Con todos los rasgos peligrosos de un humano y de lobo unidos en uno. Y quería su sangre.

Le gruñó, una protesta que subía de tono, mostrándole sus afilados colmillos.

— *Vete de aquí* —Le dijo Mona entre dientes.— Vete antes de que llegue y te corte en tiritas.

El gruñido se detuvo abruptamente.

— Dile al bastardo de tu Alfa que vamos a ir tras él. Dile a Baldrick que esto se arreglará entre nosotros de un modo… u otro.

El lobo gruñó una última vez y se alejó rápidamente hacia las hileras de

árboles.

Adrian corrió a su lado.— ¿Estas bien? Dime que no te hirieron —Él la agitó, como si haciéndolo pudiera obligarla a que le contestara más rápido.

— Estoy bien —Ella le empujó las manos hacia un lado.— ¿Y tú? Oh, dios mío, ¿qué le pasó a August?

— Él está bien, pero su pierna necesitará unos puntos.

— ¿Dónde están los otros dos? —Ella agarró su mano y le obligó a que la siguiera hacia la colina para poder comprobar por sí misma cuán mal estaba las mordidas de August.

— Me ocupé de ellos —Él la siguió, caminando ligeramente como si no hubiera estado en una feroz batalla con dos bestias enloquecidas.

August estaba apoyándose contra la cabaña, jadeando. Su pierna estaba sangrando libremente a través de sus pantalones de dril de trabajo, manchándolos de rojo.

— Necesitamos llevarlo a un hospital —Mona se movió hacia él, pero Adrian la sostuvo detrás enérgicamente. Un gruñido bajo le advirtió que no intentara soltarse. Sus instintos territoriales habían despertado. Mona no se sentía con ganas de comprobarlo en este momento.— ¿Puede caminar?

La risita de August fue débil.— Aye, puedo caminar. Y no necesito hacer un viaje al hospital. Meggie es buena con una aguja. Conseguiré que ella me remiende. En poco tiempo sanarán.

Mona hizo un intento de protestar, pero ya sabía cómo de terco podía ser el hombre.— Está bien. Te ayudaremos a llegar a la taberna.

El hombre tragó, limpiando su cara sudada con un pañuelo. Sus manos estaban temblando.

— ¿Por qué ellos harían esto, Señora? ¿Acaso no pueden ver que nosotros queremos corregir las cosas?

— Ahora nada los aplacará, August —Dijo Adrian dijo rotundamente.— Necesitarás sacar a las familias de Smithey y de Greene del pueblo durante unos días. Los lobos irán detrás de ello pronto.

— ¿Y qué acerca de Thomas y John? —Preguntó Mona.— No pueden escaparse de esto.

— No lo harán. Les pediremos a los aldeanos que los vigilen. Cuando regresen al pueblo tendremos a los hijos de August para que los detengan — él miró a August para ver si estaba de acuerdo. El viejo asintió fatigosamente.— Dejaremos que sean los lugareños los que decidan qué hacer con ellos.

— ¿Y en cuanto a nosotros? —Mona no debería haber preguntado, sabía lo que él quería hacer. Adrian no era hombre de aceptar un ataque así sin buscar cobrársela al que lo instigó. Ella tampoco.

— Acabaremos con esto —Sus ojos eran piscinas negras donde brillaba una débil luz.

Adrian puso el brazo de August sobre su cuello y le rodeó la espalda, apoyando el peso del hombre herido fácilmente. Mona sospechaba que Adrian podría llevarlo en andas fácilmente.

Se dirigieron con cautela hacia la taberna mientras el sol se ubicaba en su posición de mediodía en el cielo.

* * * * *

— ¿Crees que estará bien? —Mona se preocupaba mientras se mordía una uña resquebrajada, un hábito que creyó haber perdido hacía años. Pero bajo las actuales circunstancias, supuso que tener una reacción nerviosa no era algo tan terrible.

— August estará bien. Me preocupan más el resto de las personas de aquí. Meggie se asustó más que cualquiera que haya visto alguna vez cuando oyó que fueron lobos los que lo habían herido.

— Ella no me pareció asustada en absoluto. Más bien parecía completamente al mando de la situación.

— Ella olía asustada —Adrian sonrió humorísticamente

— Oh.

Llegaron a la cabaña de Mona, y por primera vez, de buena gana mantuvo la puerta abierta para que él entrara.

Él la precedió en el pequeño espacio de la sala.

— ¿Estás bien? Los arañazos en tus brazos y estómago han dejado de sangrar, pero todavía necesitas limpiarlos con desinfectante.

Mona asintió.— Estoy bien. Y lo que realmente necesito es una ducha. Tengo cardenales encima de mis cardenales y perdí la cuenta en le transcurso de los últimos días.

— Iré a ducharme contigo —sonrió él abiertamente.

— No, no lo harás. Te quedarás aquí —Se mofó ella.— Hay comida y bebida en la heladera. Siéntete como en tu casa. Podría tardarme un rato — se estremeció y salió para buscar algunas toallas.— Hablaremos después — le dijo.

Mona no tenía a idea de cuánto tiempo había pasado en la ducha. Suficiente tiempo como para usar cada gota de agua caliente. No había exagerado sobre su condición delante Adrian, no lo había necesitado. Su cuerpo estaba negro y azulado en varios lugares, estaba magullada casi desde la cabeza hasta los dedos de los pies. Tenía sangrientos y antiguos arañazos en sus brazos y en el estómago, tal como Adrian le había dicho. Una de sus rodillas estaba desollada. Sin duda gastaría media botella de yodo para cubrirla.

Estaba hecha un desastre.

Cogiendo una vislumbre de si misma en el espejo del botiquín, vio que su pelo había dejado manchas de sangre rojo oscuro en la blanca toalla de baño. Frunció el ceño e hizo un turbante con la toalla, escondiéndolas. No necesitaba que nada le recordara sangre.

Con un gemido comprendió que se había olvidado traer ropa al baño. No quería volver a ponerse su camisa arruinada y los pantalones vaqueros, así que envolvió una segunda toalla alrededor de su cuerpo y esperó que Adrian tampoco se preocupara al verla mientras se dirigía desde el vestíbulo hacia la alcoba donde su ropa todavía estaba embalada.

Cuando abrió la puerta, casi tropezó con él. Estaba sentado en el vestíbulo, esperando verla aparecer.

— ¿Qué demonios haces aquí?

— Asegurándome de que no te resbalaras y te desplomaras en la tina —Le mintió descaradamente, mirándola con lascivia de arriba abajo.

— Sal de aquí —Le dio puntapiés en el muslo con su pie desnudo.

Él la tomó antes de que pudiera apartarse, haciéndole cosquillas con sus dedos en el arco de la planta del pie. Ella intentó darle una patada pero perdió el equilibrio y cayó encima de él. Él se rió, apoyándose hacia atrás para que ellos quedaran apoyados juntos sobre el suelo.

— Sal de encima… pervertido.

Él acarició con la nariz la curva de su cuello y hombro, sosteniendo sus caderas contra él y retorciéndose sugestivamente, juguetonamente.— No —murmuró, rozando su piel.

Mona se rió a pesar suyo. Él estaba haciéndole cosquillas, respirando en su oreja, lamiendo su garganta.

— Sí.

— No —le repitió y rápidamente quitó la toalla de su cuerpo, arrojándola más allá de su alcance. Él gruñó, mientras pasaba sus manos de arriba abajo por su trasero, gozando de la percepción de su piel.

Su piel se puso carne de gallina, y no era porque tuviera frío.— Sí —respiró ella, olvidándose de lo que realmente estaban diciendo. Suspiró.

— No —Adrian puso un beso en su mandíbula, bajó sus manos a sus muslos, y extendió sus piernas para que ella pudiera montar sobre sus caderas. Sus dedos probaron el cojín de su trasero, mientras le apretaba las nalgas. Separándolas para que el aire la hiciera cosquillas deliciosamente.

Mona buscó sus labios por voluntad propia, lamiendo las comisuras de su boca hasta que él la abrió y encontró su lengua con la de él. Adrian fastidió la hendidura de su ano con los dedos, ahondando, y acariciándolo cada vez más profundamente. Ella se removió, lo golpeó con su mano con fuerza en un intento de alejarlo y levantarse.

— Detente —jadeó.— Eres una amenaza.

Él se puso de pie con ella en brazos, levantándola. Mona chilló y corrió lejos de él, hacia el vestíbulo. Su risa oscura la siguió a la alcoba un segundo antes de que él lo hiciera. Ella intentó cerrarle la puerta. Él ni siquiera lo notó, ingresando como si fuera el dueño del lugar. Como si la poseyera.

— Te deseo —le dijo innecesariamente.

— Márchate —No había querido decirlo. Nunca se había sentido así, tan excitada y mojada, en toda su vida. Ella también lo deseaba.

Él la alzó, echándola hacia atrás, colocándola sobre la cama. La sentó a horcajadas encima de él, sosteniendo sus muñecas fácilmente encima de su cabeza con una mano. Su otra mano se movió hacia abajo, sobre sus pechos y vientre. Acunando su vagina.

— Así que eres una pelirroja natural.

Mona escupió saliva indignadamente e intentó alejarlo de sí.

Él la sujetó fácilmente.— Me pregunto qué color de lobo serás —Parecía decírselo a sí mismo más que a ella. Su voz era tan suave, tan sexy, bailaba por sobre ella como lo hacían sus dedos. La excitaba, como todo lo demás que hacía.

Él atrajo sus manos hacia su boca chupando eróticamente cada uno de sus dedos. Lamiendo y mordisqueando las yemas de los dedos hasta que ella casi estuvo gritando de deseo, era tan mágico. Él gruñó, puso sus manos alrededor de su cuello, y se movió hacia delante para robarle un profundo beso, chupando su lengua, usando sus largos colmillos para raspar eróticamente sus labios.

Mona jadeó en su boca, besándolo con toda la pasión que él despertaba en ella. Lo tomó de su pelo largo de seda, atrayéndolo más cerca. Ella olía su salvaje olor a bosques. Estaba en su pelo, en su piel, presionándose contra su boca. Gimió y se movió bajo él, buscando su dureza y encontrándola apretándose firmemente contra su sexo.

El calor ardiente y húmedo de su boca bajó por su garganta hacia su pecho. Sus manos soltaron sus pechos, para que sus dedos pulgares e índices pudieran tomar y torcer sus pezones suavemente. Su cabeza negra bajó más y su boca se cerró sobre su pecho, chupando el duro pezón entre sus labios. Utilizó su lengua con fuerza. Moviéndose de un pecho al otro.

Sus manos la acariciaron del cuello hasta el muslo. Ella estaba gimiendo, los sonidos salían de su boca abierta, profundos, desde el pecho que el tiraba con cada caricia. Mona lo miró, vio la longitud chocante de su lengua que iba desde la parte inferior de sus pechos hasta poder mordisquear allí con sus dientes y labios.

Él estaba completamente obsesionado con lo oral.

Adrian alzó su pezón, como si no pudiera contenerse. El gruñido que vibraba en sus labios era bajo y casi amenazante. Pero Mona no tenía miedo. Sabía que no la heriría. Podía ser un hombre lobo pero con ella era un manso cachorrito.

Mona gritó cuando él mordió su pecho.— Eso *duele* —lo golpeó con las palmas sobre sus hombros, empujándolo. Sus dientes la agarraron, y ese gruñido en su pecho se hizo más ruidoso. Por un segundo Mona temió que él no pudiera controlarse, pero finalmente lo hizo, liberando su pezón con un golpe ruidoso y mojado.

Ella miró hacia abajo. Sus ojos estaban pesados, casi cerrados, y él estaba lamiendo los pequeños puntos rojos de sangre encima de su piel con la lengua.— Me sacaste sangre, sabueso —ella le dio un golpe en la cabeza.

El color de sus ojos era algo similar al café negro, pero brillaban de un modo, estaban tan oscuros que su color era indefinible. Su mirada encontró la suya, vidriosa y desorientada, casi peligrosa y amenazante al mismo tiempo.

— ¿Estas bien Adrian? —¿Se iría a convertir en lobo?

Demonios, no ahora. No te detengas ahora, se lamentó ella mentalmente con desilusión. El dolor ya se había ido, así de pequeño había habido. Su excitación rabiaba feroz y más caliente que nunca en su vida. Su pecho quemaba allí donde él la había mordido, pero un placer eufórico y extraño emanaba de las marcas que sus dientes le habían dejado, mientras recorrían su pecho buscando alcanzar y tocar cada parte de su cuerpo.

Ella quería que él terminara lo que había empezado.

Él pareció regresar en sí, sus ojos se habían aclarado un poco.— Estoy bien —Susurró. Sus labios se encontraron con los suyos suavemente.— Nunca he estado mejor —suspiró contra su boca.

El delicado momento pasó mientras sus manos la acariciaban de nuevo. Él abrió sus piernas fácilmente, acomodándose entre ellas. Las puntas de sus dedos le hicieron cosquillas en su abertura ligeramente, fastidiándola implacablemente. Él se detuvo diabólicamente cuando ella extendió sus piernas aún más y se onduló contra su mano, buscando un toque más profundo.

El suave calor de la lengua de él jugó sobre la suya, resbalándose

profundamente en su boca. Ella empujó la suya contra él, degustándolo. Él gimió en su boca, mientras sus dientes vibraban. Sus dedos se hundieron en su abertura, en su calor, y ella contestó cada uno de sus gemidos con uno propio.

Él la retiró hacia atrás.— ¿Estas bastante mojada? —le susurró.

¿Bastante mojada? ¿Estaba *loco*? ¡Nunca había estado tan mojada en su vida!

Los largos hilos de seda de su pelo hicieron cosquillas sobre ella, ocultándole el rostro cuando él se deslizó por encima de su tembloroso cuerpo. Ella sabía lo que él quería. La asustaba como el infierno, pero al mismo tiempo la aturdía de lujuria.

La piel de sus manos parecía tan oscura contra sus muslos cremosos cuando él los extendió de manera increíble para acomodarse. Su oscura cabeza se inclinó hacia abajo, sobre ella. Mona oyó que él respiraba su aroma profundamente en sus pulmones, temblando ante su terroso apetito. Su boca cubrió su vagina, y su lengua la apuñaló profundamente hasta el corazón.

Mona chilló. Se arqueó hacia atrás casi hasta quedar casi fuera de la cama, las manos de Adrian moviéndose hacia sus caderas, fijándola sobre la cama apretándola con fuerza, mientras su boca se movía contra ella.

La longitud larga y pecadora de su lengua se introdujo en ella. Él movió una mano desde sus caderas para tirar de sus labios vaginales, y exponer su clítoris a sus labios. Él la mordisqueó allí, mientras permitía que sus colmillos rasparan suavemente contra su carne, contra su piel hinchada. Húmedos sonidos llenaron el cuarto mientras él la chupaba tiernamente con su boca.

La humedad inundó su sexo. Su cuerpo tembló y se agitó. Desvalidamente su cabeza se azotó contra la almohada, sus ojos se cerraron con fuerza e involuntariamente cuando el éxtasis la sofocó. Adrian sentía su creciente locura, su escalada hacia la liberación, y usó su lengua con furia contra su clítoris.

Dos dedos largos se introdujeron en ella, empalándola. Su dedo pulgar bajó para sondear su ano suavemente. Sus hombros sostenían sus piernas abiertas, abriéndolas cuando ella intentaba cerrarlas espasmódicamente sobre él. Mona clamó, sus caderas realizaban pequeños círculos pequeños bajo su exigente boca.

Él movió su mano dentro de ella, toda la suavidad abandonada. Su lengua dio un golpecito contra su clítoris, presionándolo con fuerza, frotándolo despiadadamente

Las paredes de su sexo se apretaron alrededor de su mano, sobresaltándolos a ambos, y ella gritó cuando el clímax la recorrió con una violencia inimaginable. Sus lamentos se mezclaron, uno después del otro, sonando en sus oídos. Estrellas bailoteaban ante sus ojos, su piel se sentía caliente y e hinchada hasta casi estar cerca de explotar, como si sus mismos huesos pudieran brincar sin su piel

Y cuando ella montó la ola exquisita de placer, la boca de Adrian y su lengua estaban allí, sorbiendo hasta la última gota del tributo de su cuerpo a la hambrienta demanda.

El último de sus temblores la dejó extenuada, desmadejada sobre la cama. Adrian apretó un beso duro en su vagina y se irguió.

Mientras él se quitaba su ropa desgreñada, Mona sintió la quemadura hormigueante de la mordedura, permaneciendo allí, como un beso eterno encima de su pecho.

Capítulo 12

Adrian la alzó, tan fácilmente que la hizo sentir ligera como una pluma, luego la cubrió por la espalda con su cuerpo. Agarró una de las almohadas de la cama, levantó las caderas femeninas, y la deslizó bajo ellas, levantándola para que descansara sobre sus rodillas. Un dedo la probó, hundiéndose en su goteante y húmeda vagina, empujando dentro y fuera una, dos, y hasta tres veces.

Su cuerpo entero temblaba. Nunca había estado tan desnuda, tan expuesta. Su cabeza se encontraba presionada contra el colchón, sus caderas arqueadas y alzadas, sus rodillas completamente abiertas. Adrian presionó un dedo en su fruncido ano, la humedad de su cuerpo aliviando un poco el camino para su gentil asalto.

Él se inclinó hacia ella, lamiendo el lugar donde su dedo la presionaba y ella gimoteó. Su cuerpo despertó con una renovada inundación de necesidad. Un gemido tembló de sus labios cuando él presionó su dedo más profundamente en su interior, luego se retiró, abandonándola.

Pero no la privó de su atención mucho tiempo. Adrian empujó sus caderas más hacia arriba, moviéndose tras ella. Mona contuvo el aliento, sintiendo el golpeteo de su corazón. Con una larga y mojada embestida él empujó dentro de ella, enterrando su pene profundamente en su adolorida vagina. Era tan grande, tan grueso. Ella no tenía ni idea de lo grande que era hasta ese mismo momento. Casi la desgarró, estirándola completamente, llenándola y envolviéndola mientras que ella casi lo sentía en la parte de atrás de su garganta.

El aliento sollozó en sus pulmones, salvándola de perder el conocimiento en ese mismo momento.

Estás tan apretada. No tenía idea de que podría sentirse así — apretó los dientes ferozmente.

Su cuerpo se dobló sobre el de ella, su boca atrapando su hombro. La posición de sus cuerpos proclamada la dominación de él sobre ella, en una forma que gritaba en alta voz la presencia de su lado animal.

La gruesa y caliente longitud de él se movió dentro de ella, lentamente al principio, como si estuviera tratando ser lo más gentil posible. No tendría que haberse molestado. Cualquier incomodidad que su impresionante tamaño pudiera haberle causado no era nada comparado con su necesidad. Se movió atrás, hacia él, forzándolo a empujar más profundo, más duro.

Él aulló contra su piel, sus dientes mordiéndola con más fuerza. Una de sus manos se movió para sostenerle la cabeza, para enredarse en su cabello. Su otro brazo se movió alrededor de ella, sosteniéndola contra él estrechamente mientras aumentaba sus embates; ya no delicados; sus caderas golpeando con las de ella.

Mona gimió, pequeños sonidos rotos que tenía la seguridad de que no sonaban a algo que hubiera emitido antes, permitiéndole tomarla. Su miembro golpeteaba dentro de ella, llegando más y más profundamente. Su boca se sentía como una llama en su hombro, su mano como una tenaza en su cabello. La furia elemental de su apareamiento la atravesó. Su pasión la dominaba y la sometía, a la vez que la ahogaba en una bramante tormenta de exquisito placer.

Las garras del éxtasis rasgaron a través de su carne. Temblaba bajo la fuerza de sus emociones, su cuerpo era de él para lo que ordenara. El grueso peso de él la empalaba una y otra vez, sus caderas trabajando rítmicamente contra ella mientras ella contestaba cada movimiento con uno propio.

Mona nunca había sentido esto. No entendía como podía haber perdido tanto su autocontrol. Como podía de ese modo consumida. Y no le importó.

La cabeza de Adrian se alzó, quedando al lado la suya. Su lengua le lamió la mejilla, su aliento acarició su oído. La cabeza de su pene resbaló fuera y ella jadeó. Él gruñó y movió su mano para acomodarse, hundiéndose en ella otra vez. Su mano estaba húmeda con los jugos de ella cuando la alzó para acariciarle pelo fuera de su cara.

— Tan hermosa. Tan perfecta —La última palabra se elevó en un aullido suave y fue un sonido dulce, desnudo en su oído.

Bombeó en ella, aumentando el paso de sus embates, galopando hacia su fin.— Córrete para mí —ordenó, elevándose detrás de ella para agarrar sus caderas y empujarla más duro en sus embates.

Mona chilló, mordiendo la almohada junto a su cabeza en desesperado abandono. Su vagina se apretaba. Su corazón revoloteaba en algún sitio en los alrededores de su estómago. Cada aliento que lograba aspirar en sus pulmones estaba condimentado con el gusto y olor de su coito. Una mezcla de sudor y lágrimas picó sus ojos y sollozó su necesidad, rogándole con palabras que no estaba segura de que tuvieran algún sentido en absoluto, en cualquier idioma que existiera.

— Vamos, nena —él la estimuló, gruñendo las palabras.

La fuerza de su liberación casi lastimaba. La llenó con luz y oscuridad, con placer y dolor. Adrian aulló, lanzando su cabeza hacia atrás, permitiendo que el sonido cantara hacia los cielos. Su pene se deslizó en ella, más profundo que nunca, atragantándolos a ambos.

Un caliente chorro húmedo la llenó, llegando hasta su útero. Él se estremeció sobre ella, sus músculos tensándose. Oyó como sus dientes rechinaban. Un sollozo áspero, un sonido adorablemente crudo, se le escapó. Pulsó en ella otra vez, llenándola con su cremosa eyaculación. Casi la quemó, estaba tan caliente, y su carne estaba igual de ardiente cuando presionó su pecho contra la espalda de ella. Sus dientes chirriaron de forma audible otra vez y los últimos restos de semen borbotearon para inundar su todavía espasmódica vagina.

Se derrumbaron sobre la cama, aún unidos. Adrian parecía haberse hinchado aún más grande dentro de ella, atorándolos juntos de momento.

Una burbuja de emoción hizo que sus ojos se inundaran con lágrimas. Palabras espontáneas salieron de sus labios.— Creo que te amo —susurró ella, horrorizada al darse cuenta que era verdad.

Nunca había amado a nadie antes. No así.

Adrian gimió en su oído, presionándola pesadamente en el colchón. Sus manos con garras; ¿cuando había ocurrido *eso*?; regresaron a cubrir los pechos de ella— Descansa —susurró, su voz casi tierna a pesar de su calidad áspera, gutural.

Pero ella no podía. La tarde se estiraba mientras él la sostenía. Y todo en lo que podía pensar era en como demonios podría haberse permitido a sí enamorarse de un hombre lobo. El aliento de él era estable y profundo en su oído y ella se preguntó si acaso dormía. Se movió bajo él, sintiéndose aún

encerrada con él, aún unidos. Sus manos le apretaron los pechos con cuidado y supo que sólo dormía la siesta ligeramente, si acaso eso.

Desearía poder ver su cara.

¿Había quedado él tan afectado como ella al hacer el amor? Si fuera así, él debería haber estado inclinándose a sus pies en ese momento, su esclavo de por vida. Ella seguramente parecía su esclava ahora, y con mucho gusto se habría hundido de rodillas antes de él. ¿Pero doblegarse? Mona nunca se doblegaría, no ante ningún hombre. Pero encontraría otras cosas que hacer mientras estuviera de rodillas. Mejores cosas. Cosas perversas y pecaminosas diseñadas para volverlo salvaje y loco por ella.

¿Era su miembro tan grande que no pudiera envolver sus labios alrededor de él? Él se sentía así de grande, todavía enterrado tan profundamente dentro de ella, realmente la hacía.

Su corazón latía tranquilizadoramente contra la espalda de ella. El corazón de ella seguía el mismo ritmo. No había vuelta de hoja ahora y ella lo sabía, malditos sus ojos. Estaba enamorada de él. No importaba que apenas lo conociera, ya sabía que quería estar con él para siempre.

Y estaba determinada a hacerlo sentirse de la misma forma hacia ella. Así tuviera que golpearlo, lo haría amarla también.

Con un objetivo claro en su mente y corazón, de pronto se sintió mucho mejor. De nuevo en control de sí misma y sus emociones. Así que lo amaba, así que moriría por él, eso no la hacía débil. La hacía fuerte. Y cuando él finalmente llegara a amarla a cambio estaría entera por fin.

Sabía ahora que nunca había estado entera, ni siquiera un momento en toda su vida.

El amor de Adrian la completaría. Su amor por él ya tenía un camino largo recorrido para completarla, romper la pared de hielo que ella había construido alrededor de su corazón cuando sólo era una niña pequeña en una familia embotada y sin amor. Su corazón se hinchó con la emoción. Se acurrucó más profundamente en los brazos de Adrian, dando la bienvenida a su peso sobre ella, convencida que podría hacer que la amarla, eventualmente.

Debió haberse dormido durante unos momentos, porque la siguiente cosa que supo era que yacía sobre su espalda con la cabeza de Adrian entre sus piernas. Él la lamía suavemente, jugando con sus dedos sobre su hendidura como si estuviera fascinado con esa parte de ella.

— Eres mi primera. Mi única —creyó oírlo decir, aunque no podía haber sido. Y si él había dicho esas palabras, seguramente no eran verdaderas. Él hacía el amor con mayor habilidad y pericia que ningún amante que ella hubiese conocido. Debió haber mascullado alguna otra cosa allí, contra ella, y ella estaba tan ebria con el placer que se despertaba que se había imaginado una cosa nada que ver.

Él era el primer hombre que la hacía correrse. Había tenido incontables orgasmos desde la pubertad, siempre con su vibrador o sus dedos, pero nunca había experimentado uno con un tipo antes. Ningún hombre nunca le había provocado uno, usando su boca o sus manos o su pene para hacerla correrse, pero Adrian lo había hecho, como si simplemente fuera natural que ella tuviera una reacción tan explosiva a su toque.

— Te necesito dentro de mí —susurró ella y era verdad. Se sentía vacía. Perdida sin él llenando todos los sitios vacíos dentro suyo.

Él se elevó encima de ella, besándola con su propio sabor en los labios. Entró en ella tiernamente, profundamente. Su dureza era tan gruesa como ella recordaba y jadeó, estrecha aún y su gentil cuidado.

— Estás tan mojada —dijo él soñadoramente.— Tan apretada. Podría quedarme así para siempre.

El aliento de Mona salió en un sollozo. Sus manos fueron a las nalgas de él, sintiéndolas tensarse y relajarse mientras él se mecía encima de ella, dentro de ella. Ella envolvió sus piernas alrededor de su cintura y él se deslizó más profundo en su interior con un grito ronco.

Su pelo le hizo cosquillas en la cara cuando él levantó la cabeza, sosteniendo su peso sobre ella con sus brazos extendidos, los puños apoyados a los lados de su cabeza. Sus dientes rechinaron de forma audible, su mandíbula moviéndose.— Sí. Así. Tan jodidamente bueno —gruñó entre sus afilados colmillos, su fija mirada marrón encendiéndose en la de ella.

La cama chirrió con sus lentos y lánguidos empujes. Si su acoplamiento había sido un torbellino de pasión antes, esto era ahora una lluvia dulce y apacible. Sus alientos jadeantes se mezclaron. Su sudor cubrió a uno y otro en una película húmeda hasta que se deslizaron sensualmente uno contra el otro en las enredadas sábanas.

Él rodó con ella, sin romper el ritmo, hasta que ella terminó sentada encima de él. La nueva posición le permitió la oportunidad de acariciar y sostenerle los pechos mientras se movían. Sus pulgares frotaron hacia adelante y atrás sobre sus pezones mientras sus amplias palmas levantaban y probaban el peso de sus tiernos globos.

Mona se apoyó con sus manos sobre el pecho de él. Él era tan densamente musculoso allí que era impresionante. No se veía tan desarrollado bajo las capas de ropa. Su tamaño, el de todo su cuerpo la abrumó. Se sintió positivamente delicada, frágil y perdida. Un quejido cosquilleó en su garganta, burbujeó en su boca.

El sonido encendió a Adrian. Sus colmillos destellaron un gruñido, sus garras se extendieron desde las puntas de sus dedos para arañar peligrosamente sobre sus saltarines pechos, y su pene se hinchó alarmantemente dentro de ella.

— No me correré sin ti —gruñó. El sudor perló su frente y sus caderas saltaron con más fuerza contra ella.

El tacto de él, de cada movimiento suyo, era tan increíble. Pero se sentía demasiado en carne viva, demasiado deliciosamente consumida, para siquiera pensar en tener otro orgasmo.— No puedo —gimió.

Adrian gruñó y se sentó bajo ella, acomodándola en su regazo exigentemente. La fuerza de sus manos la movió sobre él, levantándola y bajándola con aterradora fuerza. La fricción de sus esfuerzos la hizo gritar, hizo que su cuerpo enloqueciera con la necesidad.

Desesperada, lanzada a la deriva en un mar de líquido placer, se agarró de él. Sus brazos lo rodearon, bajándole la cabeza, enredando sus dedos en el pelo de él. Él besó su garganta, luego la mordió, hundiendo sus dientes en su piel, sacando sangre por segunda vez. No dolió esta vez, o si lo hizo, Mona no lo notó o no le importó. Estaban sudorosos, pegajosos, calientes. Sucios. Y era hermoso, maravilloso. Absolutamente perfecto.

Una de sus manos se movió alrededor de ella para hacer presión en la parte baja de su espalda, trayéndola imposiblemente más cerca con su

abrazo. Él empujó dentro de su vaina, bajándola con dureza, se estremeció y explotó dentro de ella. Su semilla la escaldó en lo profundo. Ella lo siguió hacia el cielo, gritando otra vez; aunque su voz se había enronquecido por el uso excesivo. Sus uñas rastrillaron la piel de los hombros y espalda de él, y él empujó con fuerza en ella en respuesta a aquel dolor exquisito, llenándola con su crema.

Mona volvió en sí varios minutos más tarde y estaba llorando. Sollozando abrazada a la fuerte columna de su cuello. La mano de él recorrió hacia arriba y abajo de espalda de ella, calmándola, dejándola llorar.

Fue el momento más hermoso.

Y fue destruido por el sonido de la puerta principal rompiéndose.

Capítulo 13

Adrian y Mona apenas tuvieron una posibilidad para saltar fuera de la cama antes de que el lobo corriera hacia ellos en un borrón de piel marrón y dientes centelleantes.

Atrapó a Adrian por la espalda, derribándolo. Mona gritó y brincó sobre el lomo del lobo, golpeando su espalda con sus puños. Su cabeza se volvió, las mandíbulas intentaron morderla con la clara intención de matarla. Adrian se recuperó instantáneamente, agarrando la cabeza del lobo con sus manos para arrojarlo hacia atrás, lejos de ella.

El lobo lo esquivó, recuperándose en el vuelo. Ella se derrumbó junto al velador y la lámpara encima cayó con un ruido sordo al piso. Su cabeza golpeó con un audible crack y vio estrellas durante algunos aterradores segundos.

Cuando su visión se despejó, vio a Adrian y al lobo luchando ferozmente. Se alzaban y caían del suelo debido a la violencia de sus esfuerzos, moviéndose de una esquina del cuarto a la otra. En un momento Adrian logró arrojar a su atacante a través del cuarto, y en el siguiente el lobo se recuperó, lanzándose contra Adrian.

Mona sólo podía gritar cuando salieron volando por una ventana, la madera se rompió al igual que los cristales de la ventana. No preocupándose de que sus pies desnudos pudieran pisarlos cristales esparcidos por todas partes en el dormitorio, corrió hacia la ventana y miró.

Los dos adversarios luchaban una batalla mortal a unos metros de distancia

No parecían muy heridos, aunque se apreciaba una vieja herida que había dañado uno de los ojos del lobo. Ambos parecían estar en el infierno. Sus gruñidos armaban un horrible alboroto. Mona miró alrededor buscando un arma, cualquier arma con la que pudiese ayudar a Adrian. No había ninguna duda en su mente, este lobo era aquel bastardo loco Baldrick, y sabía que debía detenerlo antes de que hiciera daño a su amado.

No pudo encontrar nada que pudiera utilizar. Entonces agarró un edredón del lío que se había armado encima de la cama, arropándolo alrededor de su desnudez, y avanzó lentamente por la ventana tras ellos. Determinada a observar a Baldrick y a Adrian por si necesitaba ayuda. No preocupándose por su propia seguridad.

Sus pies sangraban en la tierra, y sin embargo se agachó para reunir un puñado de piedras. La primera que lanzó golpeó a Adrian en el muslo y se sintió abatida, aunque a él no parecía haber hecho caso del dolor que ella sabía debía haberle infligido. No fue alentador para ella, ya que creyó que podría volver a errar si lo intentaba por segunda vez. No ayudaría a Adrian así en absoluto. Su segundo golpe fue correcto, golpeando directamente la nariz de Baldrick.

Baldrick aulló, un grito profundo, y se acerco a ella. Olvidando de momento la mayor amenaza que significaba Adrian.

— Ven a mi cobarde —se burló, esperando que Adrian pudiera lograr agarrarlo antes de que él le arrancara la garganta.

Pero Baldrick pareció volver a sus sentidos, justo antes de que saltar sobre ella y volvió sobre Adrian. Pero no atacó. En lugar de eso, gritó otra

vez, y torpemente se lanzó hacia el bosque, escapando casi tan rápidamente como había aparecido.

Mona medio cojeó, medio corrió al lado de Adrian. Él se inclinaba hacia el suelo, su piel y músculos temblando esporádicamente.— ¿Estas bien? — preguntó con lágrimas en la garganta.

— Atrás —gruñó, extendiendo una mano como si quisiera mantenerla a distancia.

— Oh Dios mío, te has hecho daño…

— Dije *atrás* —Sus palabras se elevaron, terminando en un largo, y ruidoso aullido que resonó en sus oídos. Inmediatamente Mona comprendió por qué él quería que ella se mantuviera lejos.

Estaba cambiando. Justamente aquí, en medio de un día iluminado por el sol de la tarde.

Sus huesos se crisparon, un sonido ruidoso que puso enfermos sus oídos. Mona gimió, aterrorizada, embelesada, quedándose congelada en el lugar por la visión maravillosa de la transformación de Adrian. Él gruñó profundamente, juntando sus dientes con la fuerza de su cuerpo que reorganizándose.

Cayó sobre sus manos y rodillas, de su cuerpo de pronto brotó una capa brillante de piel gruesa. Su columna pareció acortarse, encogerse dentro de sí mismo. Los músculos de sus muslos ondularon, y los huesos bajo ellos se elevaron, doblando sus piernas en una configuración extraña, la estructura de ellos similar a la del ser humano.

Su cabeza se giró, observándola. Su largo pelo se movía, asemejándose más a una melena en lugar de a su habitual longitud sedosa y lisa.— No te asustes —Las palabras se escucharon en su cabeza, pero el sonido de ellas la asustó tanto o más que la vista de su cambio en sí mismo. Su voz era líquida, espesa, como si algo hubiera coagulado en su pecho. No estaba ni gruñendo, ni ronroneando, sino algo en el medio. Un gruñido de animal, saliendo de una garganta todavía humana.

Mona gimió otra vez, sus piernas flaquearon y sé deslizó a tierra sobre sus rodillas al lado de él, no más de diez pies de distancia los separaban.

— No te haré daño Mona —dijo entre dientes nuevamente. Gruñó, un sonido peligroso, como si el esfuerzo de hablar fuera demasiado para el animal que existía dentro de él.

La longitud de su cuerpo se estremeció otra vez. Los cambios que pasaban por todas partes de su cuerpo parecieron de pronto ir más rápido, emborronándolo a su vista por un momento. Cuando pudo verlo otra vez claramente él ya había terminado. Más grande que cualquier perro o lobo que hubiera visto alguna vez, con la piel brillante y negra, el hocico fuerte, las patas traseras fuertes, era absolutamente perfecto.

Él se acercó a ella, despacio.

Mona gimió e intentó avanzar lentamente, parecía un cangrejo, poniendo distancia de él.

Él se detuvo, mirándola directamente a los ojos. Mona casi no deseaba mirar dentro de sus ojos, sabiendo que cualquier gesto podría hacerlo sacar sus colmillos y ponerse en estado agresivo. Pero él esperó pacientemente, y por fin ella sintió que no podía evitar su mirada fija, ni siquiera por su propia seguridad.

Adrian la miró desde aquellos ojos. Él era el mismo hombre con el que acababa de hacer el amor, del cual se había enamorado. Aun cuando llevara la piel de un lobo o de un hombre, era todavía la misma persona.

Él se acercó nuevamente, como si supiera que ella lo había aceptado.

Esta vez ella no retrocedió. Avanzó hacia ella y presionó su nariz contra su mejilla, oliéndola. Soltó un pequeño aullido y lamió su mandíbula. Mona chilló por la sorpresa, sus manos alzándose hacia su cabeza, recorriendo con sus dedos la piel que era tan suave, o quizás aún más suave que su pelo humano.

Él la lamió una vez más, su lengua se deslizó hacia su boca. Por un momento Mona sintió el estremecimiento de calor de la excitación, como si la hubiera besado con su boca humana. Pero su cerebro humano no podía dejar escapar el hecho de que no la había besado con una boca humana, sino con la de un lobo. Se sintió confusa.

Adrian el lobo se alzó, presionando sus patas contra sus hombros. Era tan pesado, más pesado de lo que cualquier lobo normal de gran tamaño debería haber sido; y la derribó en la tierra. Su mirada se posó en la suya, comunicándose con ella. Y, con cierta maravilla, sintió que podía entender exactamente lo que intentaba decirle.

Permanece aquí. Volveré dentro de poco.

Mona se encontró asintiendo. Esto pareció tranquilizarlo. Él siguió jugando con sus patas para dar énfasis a su orden, una última vez. Adrian el lobo aulló nuevamente, saltó por encima de ella, y salió directo hacia el bosque con una velocidad alarmante. Su cuerpo era una mancha negra borrosa con la luz del sol brillando en el lomo, y luego desapareció completamente cuando las sombras del bosque lo envolvieron.

*** * * * ***

Mona no iba simplemente a quedarse holgazaneando allí y esperar otro ataque. Y bajo ningún concepto iba a dejar que Adrian se fuera a afrontar a Baldrick solo. Ella no era una dulce violeta. Era una Kincaid.

Las plantas de sus pies se habían cortado y sangraban, pero no permitió que eso la amedrentara. Volvió a la casa, ignorando los desperdicios que habían quedado en la parte delantera de la casa de campo mientras atravesaba por encima de la madera astillada. Mona se tomó el tiempo para ponerse un par de vaqueros y una camiseta, haciéndolo tan rápidamente como podía, con un par de calcetines gruesos; sus pies protestaron cuando se los puso; y se calzó las botas de combate. Observó su entorno intentando pensar qué hacer, dónde mirar.

La biblioteca.

La puerta estaba cerrada, tal como la había dejado después de verla aquel primer día. Entró con determinación para encontrar un arma, *cualquier* arma con la que pudiera protegerse ella y a Adrian. Había muchas aquí. De todas clases y tamaños.

Espadas, dagas y cuchillos; pero no podía hacer mucho con ellas. Escogió una en particular, un cuchillo que sacó de encima de la chimenea. Su vaina era bastante fácil de atar con una correa a su tobillo calzado, pero deseaba no tener que usarlo. Realmente no tenía ninguna idea de qué hacer con ella aparte de apuñalar a quienquiera que su pusiera lo bastante cerca como para hacerlo, pero lo tomó, por si acaso.

Con un rifle calibre 22 podría manejarse. Había sido miembro del NRA* durante años, reuniéndose y participando sólo para molestar a sus padres, quienes habrían sufrido si hubiera sabido que su hija manejaba armas y municiones. Tomando el arma y una caja convenientemente colocada que contenía la cantidad apropiada de municiones, lo cargó y llenó sus bolsillos.

Si la sangre de cazadores antiguos hombre lobo fluyera en sus venas, ahora era el momento para que se alzara, confiaba en ello. Se sintió fuerte. Decidida. No tenía miedo alguno a los lobos salvajes, no ahora, no cuando su amado estaba en peligro de ser herido o asesinado por uno de ellos. Si cualquiera de ellos lo dañaba, no mostraría ninguna piedad. Haría lo que debía hacer.

Con la firmeza de su resolución, tomó el arma firmemente entre sus manos, y se dio vuelta para marcharse.

— Puedo llevarte hasta él —dijo Luke desde la entrada.

Mona saltó, el corazón martilleándole debido la sorpresa.— ¡Podría haberte pegado un tiro! —masculló entre dientes.— Debería pegarte un tiro de cualquier forma —Después de todo, ¿acaso conocía realmente a este hombre? ¿Realmente sabía si él estaba aquí para ayudarla o no? Era uno *de ellos*, un miembro de la manada, y eso ¿no lo hacía tan culpable y peligroso como al resto?

Su cuerpo medio lobo, medio; humano estaba apoyado negligentemente contra el marco de la puerta; su cabeza rozaba la parte superior del marco;, como si realmente no le preocupara lo que ella podía hacerle.— Si me pegas un tiro, nunca encontrarás el camino al territorio de Baldrick. Haz un pacto conmigo, un *Gruenwalt* entre nosotros, y te llevaré ante él.

— Si sabías que estábamos siendo atacados, ¿Por qué no nos ayudaste? ¿Cómo sé que no ayudas a Baldrick en este momento?

Hizo una mueca de repugnancia y desdén.— Nunca ayudaré a Baldrick. Mi lealtad ya no está con él. Por ahora, está con la seguridad y supervivencia de mi manada.

— A la mierda con tu gente. Si cualquiera de ellos llega a acercarse a mí le volaré la cabeza, juro que lo haré. El tiempo en el que me preocupaba, cuando podría haber mostrado alguna simpatía hacia ellos y su grave situación, se acabó.

— Pero tu gente nos atacó primero. Solo defendemos nuestro derecho a vivir.

— Puede ser, pero Adrian no ha hecho nada para ganarse la violencia de tu gente. Tampoco August Finn; infiernos, él ha pasado su vida entera preocupándose por ustedes, manteniendo su *Gruenwalt* sagrado —replicó.— Sus hermanos y hermanas han olvidado esto.

Él lobo mostró sus colmillos de manera amenazante, el fuego en sus ojos como plata fundida.— ¿Y qué más te da? No sabes nada, no nos conocías, nunca hasta ahora has creído en nosotros. ¿Cómo puedes entender nuestros motivos?

Mona suspiró pesadamente.— No puedo. Pero lo he intentado. Y la gente aquí lo ha intentado. Entiendo que los dos hombres deben ser castigados, realmente lo entiendo. ¿Pero cazar a sus familias, sus amigos? Eso es inconcebible. Herir a un anciano que no tenía nada que ver con esta

---

* NRA, National Rifle Association of America es decir la Asiciación Nacional del Rifle Nortmericana.

tragedia, es imperdonable. El desafío de Baldrick a Adrian es estúpido, no tiene ningún sentido, él es un forastero en estos lugares.

— ¿Y qué hay acerca de tu parte en todo esto? ¿Has olvidado que Baldrick piensa matarte también?

— No lo he olvidado. Y entiendo por qué Baldrick y sus compañeros de manada están enfadados conmigo. Pero yo no puedo controlar las circunstancias de mi nacimiento, o la deserción de mi padre de este lugar. Fui criada para creer que todo esto era un montón de mentiras locas. Yo no debía estar aquí para verlo. Pero realmente entiendo por qué Baldrick podría creerme responsable de todos modos. No puedo cambiarlo. No me importa. Todo lo que me importa es poner término a esta locura de una vez por todas —jadeó Mona con ira creciente. Se estaba enfadando otra vez, odiando la tardanza que aumentaba la distancia entre ella y su compañero.

¿Su *compañero*? ¿De dónde había salido ese pensamiento? No debería ser posible. Pero sin embargo la palabra le produjo la sensación de que estaba bien cuando se refería a Adrian. Era verdadera. Adrian *era* su compañero.

— Baldrick atacó a tu compañero, —era aquella palabra otra vez, un eco de sus pensamientos privados— porque Adrian es una amenaza a su posición como Alfa. Si alguien pudiera derribar a Baldrick, si alguien pudiera poner término a su sed insana de venganza, sería él —Él hizo una pausa, claramente reuniendo sus pensamientos antes de continuar, como si le fuera difícil pensar racionalmente, decidir, en su estado actual.— Sus centinelas atacaron a August simplemente porque estaba contigo cuando te encontraron. Es una razón suficiente para encender su rabia. Ya te lo he dicho, la cordura de Baldrick pende de un hilo. Ellos no tienen ninguna opción ahora.

— Bien, entonces tampoco la tengo yo —susurro con los dientes apretados.

— Pero tienes una opción, eres humana.

— Y tú eres humano en parte. ¿No eres responsable de tus propias acciones?

La risa burlona de Luke envió a lo largo de su columna un halo de frialdad.— Estás cegada por los ideales de tu compañero, por su búsqueda. No somos humanos. Nunca lo seremos. Somos lo que somos; *lobos*. No tenemos ningún lazo con la gente, pero debemos compartir este mundo con ellos y a veces encontrar nuestros compañeros entre ellos; y nuestros descendientes siempre son *lobos* por completo. No hay ningún gran misterio, ningún secreto mágico, no importando que Adrian y su mundo de cambia formas puedan pensar o esperar.

— Se parecen a mucha gente. ¿Cómo no pueden estar relacionados con nosotros?

— ¿Pensaste quizás que solamente aparecimos o nos transformamos de lobo a humano, desde el fino aire? No lo hacemos. Ya lo sabrás, bastante pronto.

Ella no hizo caso a aquella última observación, enigmática.— ¿Entonces por qué estás aquí? Si se desarrollaron a la par que los humanos, ¿por qué no lo hacerlo a la vista de todos? Si nosotros supiéramos de su existencia desde el principio, no nos encontraríamos en esta situación seguramente.

— Nunca hemos necesitado a los humanos. Y siempre hemos estado en más armonía con la naturaleza que con los de tu clase. Somos más bestias

salvajes que cualquier otra cosa. Hay cientos de especies que están en secreto, no descubiertas aún por tu siempre demasiado curiosa raza de científicos y exploradores. Somos simplemente una de éstas. Como somos inteligentes, quizás hasta aún más que algunos humanos, asumes que nosotros deberíamos estar invadiendo el planeta como lo hacen ustedes. Pero debes dar gracias a nuestra inteligencia de que no lo hagamos. Respetamos nuestro mundo. Vivimos en armonía con él, no en competencia para dominarlo.

— No tengo tiempo para esto —gruñó. El sonido la sorprendió, se parecía tanto al ruido de un animal que lo sintió como ajeno a su garganta. Sacudió la cabeza para aclararla y para empujarlo y pasar a su lado.

Él cogió su brazo, sus dedos apretados tan grandes que parecían esposas flojas alrededor de los no poco impresionantes bíceps de ella.— Puedo ayudarte, ayudarte a ir donde quieras ir, incluso antes de que Adrian encuentre su camino. Te conduciré. Pero debo primero hacer un trato.

¿Realmente él podría hacerlo? ¿Podría acortar el camino entre Adrian y Baldrick, deseaba poder ayudar a salvar a su amado?— ¿Que tipo de trato tienes en mente? —Preguntó con desconfianza, intentando no sentirse inferior o intimidada por su altura impresionante y su fuerza.

— Eres la Kincaid, el jefe de tu clan, y tu palabra es una obligación sagrada. Nuestro antiguo *Gruenwalt* esta roto, pero podemos realizar uno nuevo entre nosotros, tú y yo. Muchas vidas pueden ser salvadas.

— Escucho.

— Si entrego a Baldrick en tus manos, si tú y Adrian logran vencerlo, debes prometer dejar a mi gente después de hacerlo. Tu ira no es totalmente injustificada y tampoco la nuestra. Pero podemos perdonar las transgresiones que se han hecho contra nosotros si tú puedes perdonar las nuestras —Él lamió sus labios, sus colmillos centelleando.— Si llevas ante los tribunales a los dos hombres que siguen vivos, si aseguras que serán castigados de manera apropiada, luego una vez que Baldrick esté fuera y la manada pueda decidir otra vez, mantendremos todos los juramentos realizados. El *Gruenwalt,* el acuerdo de que nuestra gente vivirá en paz y tolerancia la una con la otra, se mantendrá firme otra vez. Nuestros caminos continuarán separados.

— Quiero saber lo que te hace pensar que la manada mantendrá hasta el final este trato —replicó.

— Ellos me escucharán. No soy el Alfa, pero fui el único con el coraje para hacer frente a Baldrick cuando las cosas se tornaron difíciles. Ellos respetarán eso. Honrarán mi trato.

Mona lo consideró, luego tomo una rápida decisión.— No quiero que le hagan más daño a la gente. No quiero que nadie mas muera. Aceptaré este trato contigo Luke y con tu manada. Espero que ellos vean la razón cuando esto termine, pero —agregó a lo ya dicho por él— Baldrick muere. Él osó atacarme a mí y a los míos sin ninguna causa justa, no voy a perdonarlo por esto.

Luke asintió.— Baldrick nunca dejaría su posición en la manada mientras todavía respire. Aunque yo una vez lo llamara amigo y líder, ya no lo hago más. Él ya no está sano. Su muerte es necesaria.

— Entonces estamos claros. ¿Me llevarás a sus territorios, entonces? ¿A tu hogar?

— Hay una cosa más.

Ella lo miró con desconfianza.— ¿Y qué es?

— Hay un lobo de color canela en la manada, una hembra con ojos suaves y de color avellana. No debes dañarla, no importa si ella te ataca. Por favor promete que perdonaras su vida, por encima de los otros.

— ¿Quién es ella?

— Mi compañera. Lleva a mi niño en su vientre, y aunque está atrapada en la locura de Baldrick, la amo todavía. Más que mi propia vida. Es feroz. Probablemente intentará detenerte de cualquier modo que pueda. Debes encontrar un modo de detenerla sin hacerle daño.

Mona suspiró pesadamente. Las cosas se hacían más complicadas a cada minuto que pasaba y sentía la separación de Adrian como un dolor caliente en el pecho.— Lo prometo —dijo entre dientes.— Haré lo que pueda. Pero te advierto que no dejare que me mate.

— Haré mi parte para ver que ella no se cruce en tu camino —los ojos de plata de Luke se iluminaron con alivio. Parecía mucho menos cansado ahora, no tan atormentado y desesperado como había estado antes.

— Bueno. Nuestro *Gruenwalt* está sellado. Te sostendré, así como tú me sostendrás —las palabras parecieron una absolución, saliendo fácilmente de sus labios.— Vamos.

Capítulo 14

Mona sabía con certeza que los lobos de la manada de Baldrick nunca le habrían dejado entrar a menos de 45 metros de su territorio si no fuera por la presencia de Luke a sus espaldas. Él la había conducido allí, como había dicho que lo haría, una excursión de poco más de 3 Kilómetros hacia el corazón del bosque. Como había prometido, la había llevado hasta allí antes de que Adrian llegara.

Pero no antes de que Baldrick lo hiciera.

— Vamos, vamos, y bienvenida. La Kincaid siempre es un invitado honrado aquí en nuestras tierras —dijo Baldrick, la voz imperiosa y chorreando de sarcasmo. Ya no estaba en su forma de lobo, o no totalmente, de todos modos. Su piel marrón todavía lo cubría de la cabeza a los pies, dejando sólo su cara, sus ojos llenos de cicatrices, y su cuello y pecho expuestos. Caminaba sobre dos piernas ahora en vez de cuatro.

— Bastardo —gruñó ella enviando su aliento a Luke.— Dijiste que me traerías aquí *antes* que él.

— En realidad dije que yo podría traerte aquí antes que Adrian —susurró Luke, su voz tan baja que ella no debería haber sido capaz de oírlo, pero lo había hecho, sin embargo. Sus oídos recogían todo tipos de ruidos. Su oído parecía particularmente agudo hoy.

— Sospechaba que Baldrick lo contendría, enviando a otros lobos para retrasar su venida aquí. Baldrick no es nada si no predecible. Yo había esperado que pudiéramos evitarlo en cualquier caso, incluso si era una esperanza tonta y yo lo sabía. Lo siento.

Mona le creyó. No era su culpa que el Alfa fuera un bastardo astuto. Ella se acercó a él, mientras se sentaba sobre un enorme árbol caído que le servía como trono. Era imposible para ella ignorar los gruñidos y los rugidos de las docenas de lobos que se apretaban contra ella, apiñándose alrededor suyo de manera amenazante. Pero cuidadosamente se congració consigo misma caminando hacia el medio, acercándose al líder loco.

— He venido para cumplir la parte de mi pueblo del *Gruenwalt* —declaró con fuerza.

Una salvaje luz de incredulidad brillo en sus encendidos ojos azules.— Dudo que eso sea lo único por lo que estás aquí él hizo una inclinación de cabeza hacia su rifle.— ¿Es así cómo negocias la paz en tu sociedad?

— Tus lobos son feroces. Simplemente contesto su ferocidad con un poco de la mía propia —dijo ella, agradeciendo que su tono fuera frío a pesar de sus temblorosas rodillas.

Él saltó abajo de su trono, aterrizando ligeramente sobre las almohadillas de sus pies desnudos.— El tiempo para discutir ha pasado. El acuerdo entre nosotros esta roto. No puede ser reparado. No puede ser rehecho. Debes pagar el precio por los hábitos sanguinarios de tu gente —Él gruñó de repente mostrando los dientes.

Mona apretó sus manos alrededor del rifle. Antes de que pudiera pensarlo dos veces se encontró devolviendo el gesto, mostrándole sus propios dientes en una postura inequívocamente agresiva.

Baldrick comenzó un gruñido que se debilitó por su sorpresa. Entonces él se rió, el sonido deslizándose por su espinazo haciéndola estremecer de

aprehensión y elevando su miedo.— Yo había querido detener el reclamo de cabellos morenos sobre ti. Fallé. Pero eso no hará ablandarse mi cólera hacia ti, aun cuando ahora estás más fuertemente unida a mí y a mi raza.

— No estoy unida a ti —ella no estaba segura de acerca de qué estaba discutiendo, no realmente, pero era imperativo que lo hiciera.

Él sonrió.— Como dije, eso no importa —Se acercó a ella, casi deslizándose, sus movimientos eran fluidos, tan llenos de gracia.— Deja el arma para que podamos hablar como iguales.

Los ojos de Mona se abrieron inmensos.— No lo creo —resopló.— Es esta arma lo que nivela el campo, por así decirlo. Esta arma me hace tu igual. O cerca de ello —dijo.

Él dio un paso adelante otra vez.

Mona niveló la punta del rifle hacia él, su dedo cerniéndose sobre el gatillo.

Los lobos alrededor de ella se movieron de manera amenazante más cerca, claramente diciendo que la desgarrarían si ella dudaba el tiempo suficiente como para darles la posibilidad. Una hembra canela con ojos color avellana se le acercó furtivamente, mucho más atrevida que los demás, y Mona se alejó cautelosamente.

— Luke, quítamela de encima —le dijo cuando él se cernió de manera protectora a su espalda.

— Angie, no lo hagas —Luke hizo una serie de gruñidos, ladridos, y quejidos y la hembra se hecho hacia atrás casi inmediatamente. Pero sólo un poco. Angie estaba todavía lo suficientemente cerca para morder en los muslos a Mona si decidiera hacerlo.

La mirada fija de Baldrick fue más allá de ella a Luke, como si acabase de notar a su compañero.— Trataré contigo después de esto, Luke. El destierro no es un castigo lo bastante fuerte para ti, parece. Con mucho gusto rectificaré eso.

— No vivirás lo suficiente para hacer ninguna mierda, amigo —Mona rechinó de manera amenazante.

Sus ojos eran tan azules, tan humanos. Y tan increíblemente inestables.

— Tú eres el que brincó sobre mí. Aquella primera noche en el bosque — dijo ella, no del todo sorprendida por la constatación.

— Lejos de mi esté pasar por alto la acción de dar la bienvenida de un nuevo Kincaid a nuestras tierras —Baldrick la miró con lascivia. Estaba claramente loco como una cabra, insano más allá de la salvación.— En el pasado, mi familia habría dado un banquete en su honor. Ahora, como yo soy el único que queda en mi familia gracias a tu maldito pueblo, fue un banquete de una clase diferente el que quise darle esa noche.

Mona sintió un latido de compasión por éste, que una vez había sido un gran líder, incluso cuando ella estaba determinada a quitarle la cabeza. No había sido su culpa que las cosas hubieran ido tan mal tan rápido. Él había perdido a su mujer, había perdido a su hijo, y ahora no era más que una cáscara de un hombre y lobo.

No habría ningún ganador en esta batalla entre especies. Sólo perdedores. Y Baldrick habría de sufrir el más grande dolor cuando esto hubiera acabado.

Pero eso no le hacia menos responsable de sus acciones. No sólo se había cebado con testigos inocentes, había dañado su propia manada en su sed de venganza. Había perdido su honor así como su sanidad mental.

— Deja el arma —advirtió Baldrick.

— Jódete —Ella enseño sus dientes y apretó su dedo, casi acariciando el gatillo, apretándolo ligeramente.— Retrocede —ella le advirtió de manera cortante.

— Baldrick, déjala tranquila —La voz de Adrian cayó sobre Mona como una lluvia caliente y consoladora. Lo había hecho. Los lobos que Baldrick indudablemente había enviado para detenerlo, dañarlo o incluso para matarlo, habían fallado en su misión.

La cara de Baldrick se cubrió con un rubor rojo de rabia.— Adrian Darkwood. De la honorable y antigua tribu Darkwood. Yo sabía que vendrías. Tu compañera simplemente me proveía de algún ligero entretenimiento, te aseguro que no pensaba hacerle ningún daño.

— Tu mentira es vil e inaceptable e indigna de un Alfa. Te desafío Baldrick, por el derecho de supremacía y el mando sobre esta manada.

Baldrick gritó, un grito ahogado, antes de recuperar aparentemente el control de sí mismo una vez más.— No tienes que hacer esto, oscuro. Puedes sólo alejarte y dejarnos ocuparnos de la justicia a nuestro modo.

— Me invitaste a hacer esto tú mismo, cuando me atacaste a mí y a mi compañera —contestó Adrian.

Él se movió más hacia el medio, caminando hasta entrar por fin en la línea de visión de Mona, mientras ella seguía mirando fijamente a su enemigo a través de la punta de su arma. Él estaba maravillosamente desnudo, perfectamente humano; pareciendo humano, se corrigió; hermosamente formado. Su pelo negro largo rozando alrededor de sus caderas, balanceándose a través de los planos de su bronceada espalda. Sus músculos ondeaban peligrosamente, poderosamente. Parecía totalmente en control de sí mismo y de la situación.

— Tu compañera es en parte responsable de esta tragedia; por lo tanto merece cualquier castigo que decidamos darle.

Adrian sacudió su cabeza con serenidad.— No, ella no lo es. Su línea de familia fue rota en el momento en que su padre abandono estas tierras. Sus abuelos eran los últimos miembros verdaderos de su clan. El deber de mantener el pacto recayó sobre el administrador de Kincaid; August Finn o, fallando este, a sus hijos. Era tu deber instalarle a él como el guardián del *Gruenwalt*.

— Cuando el *Gruenwalt* fue por primera vez roto entre el cazador y los *lobos*, compartimos la sangre entre nosotros para sellar el pacto. La magia de esa unión todavía fluye en las venas de esta mujer. Esto la hace a ella y a toda su familia responsable de mantener los votos sagrados, no importando las circunstancias.

— No discutiré ese punto contigo por más tiempo —Adrian arrojó una guedeja caprichosa de pelo sobre su hombro y en aquel momento, como tantos otros antes de éste, Mona pensó que él era la criatura más hermosa y exótica que alguna vez había visto.— Te he desafiado y sostengo la verdad de ello. ¿Me encontraras en la batalla y morirás o me concederás la victoria y vivirás?

Baldrick dio un precipitado paso atrás.— ¿No quiere obtener primero una respuesta para todas esas preguntas que te apremian? ¿No es por eso qué viniste aquí? ¿Para aprender sobre tu herencia?

Mona resopló.— Él conseguirá todas las respuestas que necesita de mí, gracias a Luke aquí presente. Y si tiene algunas nuevas —ella se encogió de hombros.— Esta claro que tú tienes un conocimiento colectivo, entre tú y otras manadas a lo largo del mundo, entonces Luke será tan apropiado para saber las respuestas como tú. ¿Lucharás con él o no? —Ella esperaba que no, pero intentó no dar muestras de ello.

Su cara se retorcía con rabia y odio. Si aquellas emociones volátiles estuvieran dirigidas hacia ella, hacia Adrian, o hacia sí mismo era un misterio.

— Acepta el desafío o júrame lealtad. Esa es tu opción —presiono Adrian.

La manada de agitados lobos se echó atrás, esperando ahora, como si estuvieran curiosos por ver como la escena ante ellos se desarrollaría en última instancia.

— Acepto tu desafío, maldito —gruñó Baldrick.— Pero antes de que arranque su garganta —se mofó— *mataré a tu compañera*…—su ultima palabra se elevó en un grito y saltó hacia ella.

Incluso desde tan cerca como estaba, tan rápidamente como se movía, él nunca logró poner un dedo sobre ella. Mona apenas logro impedirse tirar del gatillo y disparar a Adrian cuando él voló entre ella y su atacante, tirando a Baldrick a tierra.

Los dos pelearon, enviando suciedad y hojas a volar mientras rodaban hacia adelante y hacia atrás a través de la tierra. Uno de los hombres gritó de dolor y Mona, bajando su arma, avanzando inmediatamente, pensando que Adrian había sido el que había hecho el sonido.

La mano de Luke se posó con fuerza sobre su hombro, conteniéndola.— No lo hagas. Ellos tienen que resolver esto entre ellos. La victoria debe ser para uno solo.

— No dejaré a Baldrick matarlo.

— No creo que todo esto llegue a eso —él la tranquilizó.— Observa.

Ella lo hizo. Todos lo hicieron. Aparte del rugido de la batalla, el bosque estaba silencioso, quieto y esperando. Parecía que todos los lobos contenían el aliento para ver quién finalmente surgiría como su líder por derecho de combate.

Angie, el lobo canela que era la compañera de Luke, vino y descansó contra sus piernas. Parecía cansada. De verdad, ahora que Mona tenía la oportunidad para realmente estudiar a los lobos que se apiñaban a su alrededor, comprendió que todos se veían completamente desgastados. Cansados e indispuestos.

La lujuria insana de Baldrick por la sangre casi había destruido esta manada, de muchos modos diferentes. Ellos no eran simplemente animales, estos *lobos*, y no deberían ser tratados como tales. No estaba bien que su líder los controlara sin esfuerzo. Era horrible verlos atrapados de esta manera en su forma de lobo, incapaces de cambiar de vuelta por su propia voluntad o deseo. Era un error brutal de la justicia, un horror al que no deberían llevar a una clase tan noble como esta.

Adrian y Baldrick luchaban como las dos bestias salvajes y enfurecidas que eran. El enturbiar de movimientos rápidos, sus transformaciones físicas de hombre a bestia y luego de vuelta otra vez, tenían a la visión de Mona tambaleándose vertiginosamente. No podía decir quien ganaba. Y cada golpe resonante que hacía eco como un trueno en el bosque era un golpe a su corazón mientras temía lo peor para Adrian.

La sangre, el pelo y el sudor volaban en la furia del combate. Y cada persona que observaba el desarrollo de la lucha contenía el aliento en un desesperado suspenso. Todos los ojos estaban enganchados a la escena de batalla, cada uno de los corazones excitado por la preocupación, el temor y la esperanza.

La lucha duró poco más de unos minutos. Cuando el polvo se asentó, Adrian y Baldrick estaba ambos en forma de lobo otra vez y las mandíbulas de Adrian estaban sujetas como abrazaderas alrededor de la garganta de su adversario. Mona jadeó, comprendiendo que todas sus preocupaciones habían sido infundadas. Adrian había salido victorioso en esta batalla, con apenas algún esfuerzo, según lo que parecía.

Él era todo lo que un Alfa debía ser. Fuerte, feroz y honorable.

Estaba muy mal que su honor escogiera aquel momento para intervenir. Adrian el lobo se alejo de Baldrick, estremeciéndose. Su cambio fue tan rápido, que dejó sin aliento a Mona con el asombro que le produjo el movimiento. Finalmente, él estuvo de pie sobre sus dos piernas una vez más, todavía desnudas y brillando.

— No quiero matarte Baldrick —dijo, bastante claro para que todos los que miraban comprendiesen.— He ganado el desafío y asumo el mando sobre esta manda. Mi primer acto como Alfa será arreglar algunos de los males que has cometido—. Se giró hacia los lobos. —Les libero de esta locura.

Todos los lobos alrededor de ella, aullaron en lo que no podía ser nada mas que celebración y triunfo.

— No acepto esto —Baldrick también había asumido de nuevo su forma bípeda.

— No te he preguntado —dijo Adrian con condescendencia, utilizando cada centímetro de líder ahora.— No es más tu responsabilidad aceptar o no.

Adrian caminó para estar de pie en frente de Mona, dándole la espalda a un caído Baldrick, sonriendo apenas hacia su arma como si le complaciera saber que ella había venido aquí con la idea de protegerlo. Él quitó el arma de sus manos y la colocó con cuidado sobre la tierra, luego la tomó en sus brazos, descansando su cabeza sobre la parte superior de la de ella, respirando profundamente su olor.— Tus pies todavía sangran —murmuró él, presionando un beso en su pelo.

Todo lo que tuvo que hacer fue señalar esto, para que sus pies comenzaran a doler inmediatamente.— Muchas gracias —gruñó ella contra él.— Es agradable verte también.

Con su cabeza enterrada en su pecho y envuelta por sus brazos, con la espalda de Adrian vuelta a su enemigo, ninguno de ellos vio levantarse a Baldrick. Ninguno de ellos vislumbró la rabia infinita que ardía en sus ojos brillantes.

Pero Luke si lo hizo.— Cuidado, Darkwood —advirtió, alarmado.

Sucedió tan rápido que Mona más tarde se preguntaría si podía confiar en la verdad de sus percepciones. Oyendo la advertencia alarmada de Luke, casi como si lo hubiera anticipado; Adrian levantó su pierna y recuperó el cuchillo bowie que estaba envainado allí. Sus movimientos eran tan fluido, seguros, y tan rápidos que Mona estaba segura que debía haber sido imposible para ella ver más que un aspecto borroso del movimiento.

Pero sus ojos lo vieron todo. Lo vio con una claridad sobrenatural que debería haberla atontado, y fue entonces que la primera débil sospecha tomó forma dentro de ella.

Adrian tomó el cuchillo, lanzándoselo a Luke, quien inmediatamente tomó una postura de lucha y cargó contra Baldrick, y calmadamente, Adrian se dio vuelta para ver el resultado mientras la sostenía con fuerza.

Mona se ahogó, impresionada y horrorizada, cuando un enfurecido Baldrick alcanzaba a Luke. Sin tardar, casi como si hubiera sido su intención todo el tiempo, Baldrick se empalo sobre la lámina que Luke sostenía frente a él. La cara del hombre se aflojó. Durante unos segundos su cuerpo permaneció erguido, antes de inclinarse lentamente en el abrazo de Luke. Luke con cuidado acunó a su antiguo Alfa sobre él como un amante, luego le dejó fácilmente sobre la tierra.

Una paz profunda, tranquila llenó los profundos ojos azules de Baldrick, borrando la locura salvaje que le había consumido. Su mirada fija centrada en la de Luke y algo ocurrió allí, entre los dos, un entendimiento por fin. Luke besó la frente de Baldrick y los ojos del gran líder se cerraron como si durmiera. Con un suspiro se fue. En la muerte Baldrick finalmente había recuperado la paz que le había sido robada en vida.

Luke, con lágrimas derramándose por su rostro, levantó su cara al cielo y soltó un gemido triste que habría hecho que los ángeles caídos lloraran de compasión. La manada, incluyendo hasta el último lobo y cachorro, participó en el grito hasta que los mismos cielos hicieron eco de su coro angustiado.

— Está bien, amor. Está bien —susurraba Adrian a través de su pesar, acariciando su cabello. Mona comprendió con sorpresa que había estado gritando también.

Varios minutos pasaron, alargándose mucho más que todo el resto de la confrontación… desde el principio hasta el final. En ese momento, la mayor parte de los lobos lograron recuperar el control de sí mismos, la manada cambió de lobos a humanos casi como uno solo. Muchos de ellos compartiendo abrazos, reencontrándose con sus formas bípedas que por demasiado tiempo les habían sido negadas, riendo y sonriendo entre lágrimas como si hubieran estado esperando esto durante un largo tiempo.

Y claro, habían estado esperándolo.

Adrian y Mona miraban el cuerpo de Baldrick.

— Lo velaremos durante tres días, luego quemaremos su cuerpo. Es el modo en el que consagramos a nuestros muertos —murmuró Luke al lado de ellos. Angie, su compañera, descansaba contra él, gritando y riendo con su propia alegría por reunirse con su compañero.

Mona cayo en cuenta de dos cosas. Luke se veía completamente humano ahora, no más dividido entre hombre y lobo. Estaba desnudo; no podía haber ignorado esto; y era bastante hermoso. Su pelo era de un marrón arenoso, su cara delgada y fuerte. Era alto; eso no era ninguna sorpresa;

casi 2 metros 10. Se envolvió sobre su compañera, haciendo que su forma encantadora, voluptuosa pareciera casi frágil al lado de él. Lo que Mona realmente encontró sorprendente eran los numerosos tatuajes y piercings que decoraban su cuerpo. En las dos veces que se había encontrado con él antes de ahora, no había captado una vislumbre de ellos.

Aunque parezca extraño, todos esos adornos lo complementaban.

Adrian la metió bajo su hombro, anclándola a su lado, como si dijera "ella es mía ". A Mona más bien le gustó esto.

— ¿Qué haremos ahora, Adrian? Todavía debemos repartir el castigo a aquellos que se equivocaron con nosotros. ¿Pero y luego de eso? ¿Volveremos a ser como éramos?

— Eso es asunto suyo ahora, Luke —murmuró Adrian.

— ¿Qué? —Como uno solo, la manada le miro fijamente, tan sorprendidos y curiosos como Luke ante las palabras de Adrian.

— Tú derrotaste a Baldrick. Tú eres el nuevo Alfa, no yo. Es tu responsabilidad decidir el destino de tu manada.

Luke mostró los dientes.— No. Tú le desafió y él cayó antes que tú. No puede esquivar tu deber.

Adrian suspiró.— Tengo un deber con mi propia manada. Uno que ignorado por demasiado tiempo. Desafié Baldrick y realmente lo vencí. Pero no quité su amenaza. Tú hiciste esto. Tú eres el Alfa, no por sangre, eso es verdad, pero por derecho de poder y no hay menos honor en ello.

— El derecho de poder no podrá proteger a esta manada por mucho tiempo. Necesitamos un líder verdadero, uno nacido con la fuerza para mantenernos unidos. Asegurar nuestra supervivencia.

La tensión de Adrian hizo que apretara sus brazos alrededor de ella y Mona sintió una inquietud en respuesta. Sus emociones eran un complemento perfecto de las suyas, como si estuvieran atados. Ella intentó calmarlo, paso su mano alrededor de él y por su espalda, aliviándolo.

— Ustedes no me necesitan. Soy de una sociedad diferente de la suya y tus compañeros de manada, mis caminos no son vuestros caminos. Tú eres mejor opción en la tarea de guiarlos a todos —Luke hizo un gesto para interrumpirlo, pero Adrian lo detuvo con una mano en alto.— Y tú no tendrás que sostenerlos por mucho tiempo, si eso te preocupa —Adrian hizo un gesto con la cabeza hacia Angie la de cabello canela.— Ella lleva a vuestro próximo macho Alfa. La naturaleza ha proporcionado la última solución para ustedes. Debes mantener la manada unida, sólo el tiempo suficiente para que tu hijo pueda crecer para asumir su lugar, a su tiempo.

Luke y Angie lo miraron atontados.

— ¿Como podrías saber que… —Luke susurró, su mano se movió inmediatamente para cubrir el estómago ligeramente redondeado de su compañera, entrelazando sus dedos con los suyos que ya descansaban allí.

— Mi gente siempre sabe tales cosas.

— Eres mucho más diferente de nosotros de lo que creí, ya que nosotros no podemos sentir tales cosas.

Los labios de Adrian se torcieron irónicamente.— Quizás es por la sangre humana que amplia y delimita las diferencias entre nuestras tribus, las que nos dan nuestras propias capacidades únicas. Mis antepasados incluyen a muchos humanos y skinwalkers, y soy medio humano por mí mismo.

— Tú eres *lobo*. La sangre humana no tiene nada que ver con esto. Toda la sangre humana es borrada en un niño nacido de un *lobo* y un humano —dijo Angie, y Mona pudo ver claramente que la mujer no era una flor frágil, no importando como se viera estando a la sombra de su compañero.

— Creo que te equivocas —dijo Adrian.— ¿De que otra forma explicarías mi tan obvia herencia nativa americana? Mi piel es un regalo hacia mí de la humanidad en mi sangre.

— No lo sé —admitió Luke.

— Nosotros nunca nos equivocamos —dijo Angie con arrogancia.— Estamos conectados a cada *lobo* sobre el planeta, todos ellos descendientes de nosotros de una u otra manera. Sabemos más sobre ellos de lo que a veces saben sobre sí mismos. Mírate; viniste aquí por respuestas porque sabías que nosotros las tendríamos. Tus capacidades deben ser únicas en ti, porque eres un Alfa tan fuerte. No porque tienes tantos antepasados humanos.

— Tal vez no tienes tantas respuestas como crees —advirtió Mona.— Has estado alejada del mundo de los hombres por mucho tiempo, y no me sorprendería si estuvieras en la oscuridad sobre muchas cosas.

Angie gruñó, mostrando los dientes.

Mona se encontró haciendo lo mismo.

Adrian la atrajo hacia sí, empujándola ligeramente detrás de él, distanciándola de la mujer. Luke pareció hacer lo mismo con Angie. Mona se habría reído si hubiera estado en cualquier otra parte, pero no aquí, en los bosques, rodeada por cambiadores de forma.

— Creo, quizás, que las respuestas a las preguntas que he abrigado toda mi vida, están dentro de mí y siempre lo estarán. Soy un idiota obstinado por no haber visto esto antes de ahora —suspiró Adrian pesadamente.— Mis padres tenían razón. No tengo que conocer de donde vengo si no saber a donde voy.

— ¿Ayudarás a conducir a tu tribu en el mundo de los hombres entonces? ¿No es eso lo qué has querido todo este tiempo? —preguntó Luke, curioso.

— Creo que lo era. Pero ahora no sé si ese es el camino correcto tampoco. Quizás tendré que ver a donde me dirige el viento —Adrian sacudió su cabeza, su pelo se enredó con el de Mona, distrayéndola de la conversación.

Era tan sedoso. Tan brillante. Su visión ahora era aguda y clara, podría haber distinguido cada hebra individualmente sin problema. Y veía tan fácilmente ahora que éste no era sólo de color negro, sino que estaba inundado por otros matices también. Rojo, marrón y azul, era un calidoscopio de color. Se rió tontamente, sintiéndose un poco borracha.

Luke la miró, luego compartió una mirada con Adrian que hablaba por si misma.— Tu compañera necesita descanso. Su transformación progresa rápidamente. Había ya un rastro de nuestra presencia en su sangre para apresurarlo más.

Adrian asintió, pero no dijo nada, simplemente la miró estrechamente, estudiándola.

— ¿Qué? —preguntó ella, inconsciente de la mayor parte. Un viento revolvió los árboles, y las hojas en lo alto cogieron su atención, desviándola otra vez.

¿Por qué no podía concentrarse? Comprendió que debía ser porque estaba cansada. Había tenido un día muy ocupado, después de todo, y muy poco sueño la noche anterior para darle fuerza.

— Nos marcharemos de aquí por ahora. Tenemos mucho por hacer, y volveremos para avisarles cuando todo esto haya acabado. John Smithey y Thomas Greene serán castigados, no tengan dudas sobre eso, pero será un castigo humano. Los aldeanos decidirán entre ellos que debe ser hecho. Después de esto, dejaremos estas tierras.

— ¿Qué pasará con el *Gruenwalt*?

— Ese acuerdo se pactará ahora entre ustedes y Applecress. El administrador de la familia Kincaid puede honrarlo, no tengo duda que él estará de acuerdo en realizar una obligación de sangre contigo. Sus descendientes pueden seguir la tradición, y si mueren, otro administrador debe ser encontrado y vinculado.

Luke asintió.— Los tiempos están cambiando. Debemos cambiar con ellos.

— El mundo siempre sigue adelante —estuvo de acuerdo Adrian.— Puede que su hijo nazca fuerte y pueda conducirles a los modos sagrados ancestrales, pero siempre mirando la promesa del futuro.

— Camina con el viento, Adrian —sonrió Luke cuando ofreció las palabras.

— Planea con las águilas —Los dos colocaron sus manos sobre los hombros del otro, se inclinaron y se lamieron las bocas como solo los lobos podían hacer, y se alejaron. Adrian giró y guió a Mona a distancia del campamento de la antigua manada con una mano apacible que descansaba en la pequeña espalda de ella.

Una serie de triunfante aullidos se elevó en un crescendo a sus espaldas mientras Luke tomaba su legítimo lugar como Alfa de la manada.

Capítulo 15

— Todo sucedió tan rápido —murmuró ella, poniendo más atención a sus alrededores que a sus propios pensamientos o palabras.

Adrian despreocupadamente la guió alrededor de un afloramiento de raíces que la habrían hecho tropezar de no hacerlo, ella estaba mirando a todos lados; mirando todo; demasiado preocupada como para ver por donde caminaba.— Creo que Baldrick permitió que durara más de lo necesario. La mayoría de las batallas por la supremacía de la manada sólo duran unos momentos, si acaso.

— ¿Huh? —Ella ya había olvidado de qué estaban hablando.

Él chasqueó la lengua entre los dientes, la tomó de los hombros, y la puso de espaldas a un árbol. Los asombrosos destellos ámbar en sus ojos cafés eran fascinantes mientras la miraba de la cabeza a los pies, estudiándola de cerca.

— ¿Cómo te sientes? —preguntó.

— Grandiosa —ella le sonrió, sabiendo en su mente que debía verse como una loca, pero sin importarle en absoluto. Se sentía grandiosa. Mejor de lo que nunca se había sentido, de hecho.— ¿Qué hay de ti? ¿Te lastimó Baldrick o alguno de los otros?

— Los buscadores que envió a interceptarme estaban cansados y débiles. Él los presionó demasiado para que hicieran algo más que retrasar mi progreso a través de los bosques detrás de él. El mismo Baldrick fue fuerte en la pelea. Pero yo soy más fuerte y no estoy herido —Él siguió estudiándola, sus ojos solazándose en cada matiz de sus rasgos.— Luke estaba en lo correcto —murmuró. Las palabras deberían haber sido muy bajas para que ella las escuchara. Las oyó de todas formas. Sus oídos estaban prácticamente zumbando con todos los sonidos que podía escuchar ahora.— ¿Acerca de qué?

— Tendremos que tener una conversación pronto.

— ¿Por qué no podemos hablar ahora? —.Ella estaba sin aliento, como si hubiera corrido la milla que apenas habían caminado. Se sentía como si fácilmente pudiera correr cien más.

Él la besó, silenciando sus palabras y sus suspiros excitados. Las manos de él tomaron su cabeza, manteniéndola quieta y cercana mientras su boca jugaba con la de ella. Su lengua se lanzó a probarla y ella abrió la boca para él, invitándolo a tomar.

El cuerpo de Adrian se recargó en el de ella, atrapándola contra el árbol, dominándola. El beso se profundizó, se endureció, y Mona fue consciente de forma abrupta de otras cosas endureciéndose también. Él aún estaba desnudo, completamente cómodo consigo mismo de estarlo, y así de rápido, cada uno de los sentidos de ella se enfocó en toda su sexy piel expuesta.

Sus dedos masajearon los hombros y bíceps de él, gozándose en lo grande que él era. Las puntas afiladas de sus garras se extendieron, y en segundos él había desgarrado la blusa de su torso, para dejarla caer en jirones al suelo alrededor de ellos.

— Me haces querer follarte todo el tiempo —gruñó.— Nunca he estado tan duro; duele. Me estás matando.

Ella estaba en el mismo estado, su cuerpo había estado húmedo para él desde el primer momento en que había escuchado su voz. Esa voz suya podía hacer que cualquier mujer yaciera y felizmente se abriera para él, ya fuera que él se presentara primero o no.

— Ahora —jadeó ella.— Te necesito ahora. *Por favor*.

La dura presión de su boca en la garganta de ella la hizo jadear. Sus manos bajaron por los brazos de ella, frotándolos hasta que la piel de ella se sintió encendida y altamente dopada.

Su cabello le hizo cosquillas en la cara, oliendo a bosque y a él. Su sentido del tacto hizo que las puntas de sus dedos dolieran mientras exploraban el pecho y estómago de él. Las texturas se sentían como colores en su piel.

Hasta la dura y rugosa textura del árbol detrás de ella le daba placer.

La mano de él se movió hacia su seno y ella soltó un gemido. Inmediatamente se reajustó, convirtiéndose en un aullido, y el sonido se sintió ajeno mientras burbujeaba de su garganta.

Ese sonido no pertenecía en su boca, no era humano. La conmoción la saturó, interrumpiendo su excitación. Con una inhalación, ella lo empujó, y se sorprendió cuando él tropezó hacia atrás con su fuerza.

— ¿Qué está mal conmigo? —susurró, alzando sus manos ante sus ojos muy abiertos, mirándolas como si no le pertenecieran. Y no le pertenecían, no podían, eran muy fuertes.

— Ya tienes una idea por ahora —jadeó él, acercándose a ella de nuevo, capturando sus manos en las de él. Él presionó su parte baja contra ella, como si no pudiera evitarlo, y ella lo dejó. Aún lo deseaba.

Aún cuando sentía miedo. De él, y de ella, y de la situación actual.

Porque tenía una idea de lo que estaba mal. Una muy buena idea, y la asustaba endemoniadamente.

— ¿Qué va a pasarme? —Ella tembló.— ¿Qué me hemos hecho?

— ¿No me consideras responsable sólo a mí? Yo te hice esto, debes comprender.

Mona lo miró a los ojos. Eran completamente ilegibles.— No lo sé —Ella tragó duro, sus manos apretando las de él con fuerza.— Cuando dormimos juntos, cuando me mordiste… —ella se calló.

Él asintió, como si ella lo hubiera preguntado.— Yo te até a mí cuando rompí tu piel. Mi esencia entró en tu corriente sanguínea, se mezcló con tu sangre, cuando te hice mía. Te hice como yo.

— ¿Qué me pasará? —Ella se sacudió de su abrazo, pero él la sostuvo con fuerza. Los puños de ella subieron, aún sostenidos en las manos de él, para golpearlo inefectivamente en el pecho.— ¿Cómo retomaré mi vida después de esto? —gritó.

Los planos de la cara de él eran duros y no respondían. Se veían casi insensibles. Y aún así ella lo amaba. Maldito, malditos ambos, comprendió con algo parecido al horror que ella lo amaba de cualquier forma. A pesar de todo. O tal vez debido a todo.

— Tu vida está ahora conmigo —gruñó suavemente.

— ¿Qué voy a hacer? —Ella gimió y trató de cubrirse la cara con las manos.

Él no iba a dejarla. Las rugosas, callosas almohadillas de sus pulgares frotaron los dedos de ella para calmarla.— No tienes que hacer nada. Yo te cuidaré. Te enseñaré todo lo que necesitas saber. Serás una maravillosa loba.

Oírlo decir eso en voz alta lo hacía más concreto.— No puedo convertirme en lo que tú eres. Simplemente no puedo.

—Tú puedes. Y lo harás. No tienes opción en el asunto ahora. En realidad, nunca la tuviste, no desde el primer momento en que te vi.

Ella lo empujó, usando con mucho gusto su nueva fuerza contra él, pero esta vez él estaba preparado para resistir y aún con todos sus esfuerzos él no se movió ni un centímetro.— No quiero esto.

— Tus preferencias no cambian nada.

Mona le lanzó una mirada fulgurante, olvidando su miedo.— Sabes, no me estás ayudando a aceptar esto más rápido.

Adrian rió. Realmente tuvo la osadía de reír, y la hizo ver rojo. Gruñendo y rezongando ella intentó rasguñarlo.

Él fácilmente la detuvo, aún riendo por lo bajo.— Es tu furia lo que quiero, tu temperamento que te ayudará a olvidar el miedo a esto. No necesitas tener miedo de cualquier forma. Todo es como debería ser.

— Arrogante hijo de perra —refunfuñó ella.

— Eres mía ahora, Mona. Acostúmbrate —le sonrió de forma lobuna.

— ¡Cállate! — chilló ella.

Él se puso serio de inmediato, inclinándose hacia el cuerpo de ella de nuevo, presionando su espalda contra el árbol otra vez.— No eras feliz con tu antigua vida de cualquier forma. Admítelo.

— Era perfectamente feliz —se resistió.

— Estabas perfectamente resignada. Ahora, conmigo, puedes aprender lo que la felicidad verdadera es —Él le dio un beso en la comisura de la boca, ignorando sus dientes cuando ella lo atacó.— Te haré muy feliz. Lo prometo. Ahora bésame —ordenó.

— No —ella giró su cabeza hacia un lado.

Él rió ante sus esfuerzos y se agachó para besar su pecho. Ella no se había molestado en ponerse un sostén, habiéndose vestido a la carrera, y sus senos estaban desnudos.

Descubiertos para su placer.

Si su gruñido era un indicativo, su placer en encontrarla así era en verdad grande.

Ella se hinchó bajo él, tratando de sacudírselo de encima, pero él no iba a permitirlo. Los largos mechones sedosos del cabello de él cayeron hacia delante para atormentarla, y su cabeza se agachó para tomar uno de sus senos con la boca. Aún tenía las manos de ella cautivas, aún mantenía su cuerpo preso entre él y el árbol. Ella estaba efectivamente atrapada.

— No voy a tener sexo contigo. Estoy enojada contigo —se dio cuenta de lo inefectivas que sus protestas debían sonarle a él. Ella lo deseaba, en un momento en que debería estar más que simplemente enojada con él; debería de hecho estar horrorizada y en pánico; y él debía saberlo.

Hasta *ella* podía oler el perfume de su propia excitación.

Maldijo en voz baja.

— Sexo conmigo es justo lo que necesitas ahora —murmuró él, su lengua lamiendo entre cada palabra para bañar su pezón duro como el diamante.— Y voy a darte la cabalgada de nuestras vidas.

Contra su voluntad, ella se estremeció delicadamente con su rápidamente creciente pasión. Su piel se sintió como si fuera a abrirse con la fuerza creciente de su necesidad. Gimió, un sonido dominado, derrotado.

— Estás húmeda, ¿o no lo estás? —susurró eróticamente contra ella.— Lista.

— Tú estás duro —dijo ella ahogadamente, como una acusación.

— Y grueso, y pesado. Y tú estarás muy feliz de ello en unos cuantos minutos.

Ella gimió y dejó que su cabeza cayera contra el soporte del árbol que estaba detrás.

Las agudas puntas de los dientes de él mordieron delicadamente su pezón. Sus manos liberaron las de ella y se movieron al cierre de sus vaqueros, soltándolo antes de empujar sus pantalones hacia sus tobillos con impaciente rudeza. Ya no quedaba fuerza para pelear en ella. Le tomó el cabello entre sus manos, llevándoselo a la cara para respirar profundamente su aroma.

La cara de él se movió hacia abajo para colocar besos calientes, tensos en la curva de su vientre. Por un segundo, él pareció dudar ahí, concentrado en ella de una forma en la que no había estado antes. Entonces suspiró profundamente, presionó un último beso delicado en su ombligo, y recorrió las manos con amor sobre ella. —Mía — suspiró posesivamente.

— Adrian —suspiró ella, con las rodillas débiles y sin aliento.

El calor húmedo de la boca de él se cerró sobre el monte de su vagina. Su lengua lanceó profundamente, separando los resbalosos pétalos para saborearla completamente. Mona chilló quebradamente y separó sus piernas tan ampliamente como pudo con los pantalones aún enredados en sus tobillos.

Las manos de Adrian sostuvieron sus muslos, haciendo su postura más fácil de mantener, adentrándose más profundo en su humedad. Mona sintió sus dientes rozar el duro promontorio de su clítoris, sintiendo como respuesta la conmoción de calor eléctrico que se dispersó por todo su cuerpo.

Su lengua era tan larga como su pene y él la folló con ella, la usó contra ella como si lo fuera. Ella la cabalgó, meciéndose sobre ella mientras la empalaba, la lanceaba, empujando profundamente en la entusiasta vaina de su vagina. Toda la longitud de su cuerpo se sentía tensa y caliente. Estaba temblando y llena de necesidad.

— Sí —gimió una y otra vez, golpeando su vagina contra la cara y la boca de él.— Más. Por favor, más. No pares.

Pero él se detuvo, y tan abruptamente que casi se cayó. Pero sus manos la detuvieron, girándola. Su boca la cubrió desde atrás, su lengua capaz de apuñalarla más profundo de esta forma. Ella chilló, casi gritando, sintiéndose tan abierta y expuesta en esta posición. Pero su vulnerabilidad sólo incrementó su excitación sexual, su intensa necesidad.

Ella quería que él la abriera, que la partiera como una fruta madura, jugosa. Sus brazos estaban abiertos, temblando, mientras apoyaba sus manos contra el árbol.

El cabello de Adrian se sentía como satín fresco en su espalda, trasero y muslos. El viento soplaba los largos mechones por toda su piel, ambos actuando en equipo para llevarla a un tono afiebrado. Cada caricia era una deliciosa tortura, volviéndola loca de pasión y deseo.

Adrian humedeció sus dedos en los jugos de ella, y entonces trazó un recorrido en su húmedo canal, todo el camino hasta el tierno fruncido de su ano. Ella jadeó, resistiéndose a él. Pero su lobo estaba hambriento, sus apetitos exigiendo ser alimentados. Dos de sus dedos presionaron firmemente contra su ano, buscando, húmedos con sus jugos para ayudar su entrada.

Una resistencia hiriente la sacudió, entonces se fue mientras el cuerpo de ella le permitía la entrada. Un placer lleno, tirante la inundó. Estaba abierta para él, una esclava a su antojo. Sus dedos se dirigieron hasta dentro, asustándola, llegando profundo dentro de su estrecho canal. Ella gimió y se movió sin poder evitarlo contra él. Su lengua la lamió, calmando su carne mientras luchaba por acomodarse a su invasión. La perversa y sensual caricia de él la hizo marearse.

La repentina mordida de sus dientes sobre su nalga la hizo gemir con sorpresa. Él cubrió la pequeña herida, besando y lamiendo. Los dedos que estrechaban su ano empezaron lentos pero implacables movimientos empujando dentro y fuera de ella. Él parecía fascinado con esa parte de ella, resuelto a mostrarle el placer que podía encontrarse con sus atenciones ahí.

— Eres perfecta, ¿sabías eso? Absolutamente perfecta —murmuró, besando su trasero con reverencia.

— Por favor Adrian —suplicó con fervor, sabiendo que no sería capaz de soportar mucho más de su exquisita tortura.

— Sí —susurró él. Un último empuje de sus dedos, como si no pudiera resistirlo, y salió de ella con un suave y húmedo suspiro de piel sobre piel.

Se puso de pie detrás de ella, sus manos sosteniendo sus caderas para su posesión. Era todo lo que ella podía hacer para sostener el tronco del árbol. Su cuerpo estaba temblando incontrolablemente. Lo deseaba tanto que hubiera matado por tenerlo en ese momento. El hueco pozo de su vagina la estaba consumiendo, y la plenitud de su corazón estaba a punto de explotar en su pecho con amor y pasión y necesidad.

— Por favor —suplicó, una y otra vez, jadeando las palabras tan rápido que sonaba como si estuviera zumbando.

— Tan perfecta —susurró él de nuevo. Y la llenó con un profundo, interminable empuje de su grueso pene deslizándose hasta el centro de ella.

Más allá del pensamiento, más allá de la razón, más allá de todo excepto de sentir el absoluto y abrasador placer de su posesión, Mona levantó su cabeza y soltó un aullido animal.

Algo se despertó dentro de su piel. Se sentía familiar y ajeno al mismo tiempo. Se sentía brutal y salvaje y completamente maravilloso. Era su loba, su otro yo, y no había duda en su mente de que sería como Adrian. Que su transformación vendría rápido y vendría duro y la cambiaría para siempre. Así como su cuerpo ahora se estaba corriendo. Rápido y duro. Y la cambió para siempre. Su cuerpo se sujetó firmemente como una tenaza a la

impetuosa verga de Adrian, ordeñándolo con los temblores masivos que la sacudían y a la vez lo sacudían a él. Adrian aulló tras ella, su llamado un eco perfectamente armonizado con el de ella.

El caliente y húmedo flujo de su descarga la bañó por dentro. El siguió empujando salvajemente, poderosamente, dentro y fuera de ella. La crema se desbordó entre sus unidos cuerpos mientras chorro tras chorro de su semen la llenaba. El cuerpo de Mona se sacudió, su orgasmo casi despedazándola con el éxtasis.

Incapaz de seguir de pie, desfalleció. Las manos de Adrian estaban ahí para salvarla de caer de nuevo, anclándola a él mientras ella perdía su energía. Él la movió contra sí mismo, aún empujando, aún llenándola. Pequeñas secuelas de placer rociaron por todo su cuerpo y cada una era otro explosivo orgasmo de corta duración.

Su aliento llegó en sollozos sofocados. Su visión con pequeñas manchas negras y reflejos de luz estelar.

Cayeron como un bulto al suelo. Adrian dio un último poderoso empuje en las profundidades de ella, chorreando su crema una última deliciosa vez en su útero. Por un largo tiempo simplemente yacieron ahí, tratando desesperadamente de recuperar el aliento y calmar sus acelerados corazones.

La loba dentro de Mona bajó su cabeza, satisfecha. Sentía una extraña e inesperada paz con el animal que ahora ya era una parte de ella. En tantas formas diferentes ella siempre había sido una persona más canina que de gente, después de todo.

Capítulo 16

Los siguientes días pasaron en un torbellino de sexo, sexo y más sexo para Mona. Con un par de reuniones en la ciudad aquí y allá para dividir los días. Habían encontrado a Thomas Green y John Smithey ocultos en una casita de alquiler no lejos del final del bosque que habían profanado. Tenían sus maletas hechas y billetes para Inglaterra.

Sus familias quedaron horrorizadas ante su frustrado escape así como por sus crímenes. Especialmente la pobre Brenda Smithey, que no tenía ni idea de que su marido pudiera tener algo que ver con semejante horror. Greene y Smithey fueron acusados del delito de asesinato y de la ruptura del antiquísimo *Gruenwalt* que se había mantenido durante siglos entre el pueblo y sus vecinos lobos.

Fueron despojados de sus hogares y tierras, dando a Brenda la escritura de propiedad de las posesiones de su marido, de forma que no fuera indirectamente castigada por sus actos criminales; forzados a pagar multas exorbitantes y desterrados del pueblo.

— Dejad que los ingleses traten con ellos —rugió August acaloradamente mientras eran transportados lejos de la ciudad en un camión lleno de paja.— Y que tengan un buen viaje.

Brenda Smithey recuperó su nombre de soltera de Gamgee y solicitó el divorcio sin demora. El pueblo le mostró su apoyo ayudándole a vaciar los armarios del que pronto sería su ex–marido y quemando sus ropas en una gran hoguera en el medio de su patio trasero.

Los dos hijos y la hija de Greene, que hacía largo tiempo que habían abandonado la esperanza de que su desastre de padre se redimiera alguna vez, reanudaron silenciosamente sus vidas. Estaba claro que ninguno de los que había dejado atrás echaría mucho de menos al bastardo.

La noche anterior, mientras la luna nueva se elevaba oscura e invisible en el negro mar del cielo, Adrian y Mona habían asistido a un banquete de celebración con los lobos. Las pasadas semanas habían sido trágicas, peligrosas y llenas de dolor para cada uno de lo implicados. Pero ahora habían terminado y los lobos podían respirar con alivio. Y había un nuevo guardián del sagrado pacto entre las razas.

August Finn y el nuevo Alfa habían compartido sangre. Un pequeño corte en la palma de la mano, un apretón de manos y ya estaba. Finn había parecido un poco salvaje después de la ceremonia de sangre, incluso había actuado así, para regocijo de todos los asistentes, incluidos sus hijos. Pero estaba claro que se tomaría en serio su nueva posición.

Ya estaba en conversaciones con muchos de los lobos sobre cómo estimular la economía de la colapsada villa. Era posible que otros hombres lobos de manadas de todo el mundo fueran pronto invitados a venir e inspeccionar las tierras de sus ancestros. Y ya se había aceptado que esos lobos, a quienes muchos en el pueblo habían temido como a una pesadilla, dispondrían libremente de los servicios que el pueblo podía ofrecer.

Luke ya había solicitado una bolsa de diez libras de azúcar.

Después de la horrible secuencia de eventos, y mientras la curación comenzaba y los lobos se aventuraban más y más fuera de sus bosques, la conciencia de los aldeanos sobre los lobos no se desvanecería durante largo tiempo. Mantendrían el *Gruenwalt* sagrado durante muchos años por venir y

se permitiría a los lobos vivir sus vidas en relativa paz, como tanto habían querido.

Después de la ceremonia, Adrian y Mona habían pasado el resto de la noche y el día siguiente haciendo el amor. De la misma que forma que habían pasado prácticamente cada momento disponible desde el día en que Baldrick había sido vencido.

Su duro sexo la llenó, presionando en su interior mientras ella le cabalgaba.

— Nos iremos a casa pronto —gruñó él jadeante.— De vuelta a mi pueblo, a mi familia.

Mona se estremeció, tanto por las sensaciones que cosquilleaban deliciosamente en su cuerpo como por las dudas que la asaltaban ante la idea de irse con él al remoto bosque de Washington donde su tribu esperaba su regreso.

— ¿Y qué hay de mis cosas? —jadeó ella mientras sus dedos tiraban y retorcían sus pezones.

— Haz que tus padres embalen tus pertenencias y nos las envíen.

— Tengo una casa, ¿sabes? Y un coche. Y una vida —gimió. No tenía sentido discutir con él, especialmente ahora, con él enterrado tan profundamente dentro de su cuerpo. Él podría usar el sexo para persuadirla en formas que le robaban el aliento y hacían que su mente diese vueltas durante horas. Era como si él hubiese logrado, desde el principio, que ella estuviera de acuerdo en vivir con él.

No estaba ni siquiera segura, de todos modos, de querer rechazarle. Él era suyo ahora, tan enérgicamente como él seguía diciendo que ella era de él. Y había descubierto en su interior una fuente infinita de posesividad, algo que nunca se había creído capaz de sentir por nadie. Él era de ella, ella le amaba. Y viviría con él durante todo el tiempo que durase su romance.

Se negaba a verlo como algo más que un romance. Un romance muy embriagador, muy serio, pero nada más. Había sido independiente durante demasiado tiempo como para abandonarse tan completa y rápidamente.

— Vende el coche y la casa —gruñó él, corcoveando, enviando su verga profundamente y con fuerza dentro de su húmero calor.

Muy bien. Lo que él quisiera. A ella no le importaba. Su fondo fiduciario le resolvería más tarde cualquier problema si hubiera necesidad.

— Por favor —gimió ella.

Adrian se alzó en la cama, colocándola en su regazo, empujando con sus caderas más rápido. Sus bocas se encontraron en un beso ardiente y hambriento. Su boca era feroz, casi comiéndosela, y ella le salió al encuentro con igual pasión. Una de sus manos descansaba gentilmente sobre su corazón, como si sostuviera y acariciara esa parte de ella, y ella gritó cuando su liberación la recorrió.

— Adrian —gimió en su boca.— Te amo tanto —Era la primera vez desde la lucha con Baldrick que había dicho eso en voz alta, y por un momento lamentó su descuido. Pero su clímax barrió todo pensamiento y el momento pasó mientras se aferraba a él, su ancla en la tormenta que la partía por la mitad.

Él gruñó triunfantemente e introdujo su verga en sus profundidades, sosteniéndola increíblemente apretada como si pretendiera hacerla

desaparecer en él. Mona hundió sus manos con abandono en su espalda, deleitándose con la sensación de su cuerpo bombeándose en el suyo. Gritó de nuevo, con su cuerpo abrazándose con fuerza al de él, y entonces él explotó, lanzando su crema en el pozo de su cuerpo con un aullido.

— Mía —gruñó en su oído, y su sonido la siguió en un sueño profundo y agotado.

* * * * *

Dormir fue todo lo que Mona pudo hacer durante los siguientes días. Y cuando no estaba durmiendo, estaba haciendo el amor con su compañero, lo que se añadía a su fatiga infinita. Parecía que estaba durmiendo casi todo el tiempo. Estaba durmiendo cuando el avión tomó tierra en el aeropuerto de Seattle, durmiendo cuando Adrian la condujo al límite del bosque donde su gente moraba y durmiendo cuando la llevó a caballo al corazón de su pueblo.

Por alguna razón que no se podía imaginar, estaba condenadamente exhausta.

— Despierta, amor —susurró él y ella abrió cansadamente sus párpados pesados como el plomo.— Es hora de reunirnos con la gente.

Adrian desmontó de la gigantesca yegua baya. Este caballo, como muchos otros, se guardaba en un establo situado a unos pocos kilómetros de la propia villa. Una familia de hombres lobos guardaba los establos y la entrada a las tierras ancestrales, y estaban contentos de ver que su Alfa había vuelto a ellos después de muchos años de solo breves visitas.

Los propietarios de la cuadra parecieron extáticos de verla. Incluso tan soñolienta como había estado en ese momento, Mona había sentido su aprobación y le había calentado el corazón en una forma que no lo había hecho nada más en mucho tiempo. Ellos les seguían ahora en sus propias monturas, a una distancia respetuosa, con la necesidad de ver a su Alfa y su compañera seguros en su casa.

— No quiero reunirme con ellos de esta forma —murmuró ella con ojos legañosos.— Primero necesito una ducha.

— Estás preciosa. Y ni siquiera una ducha va a despertarte ahora, dormilona. Es comprensible que tu cuerpo quiera dormir. Vamos —él la alcanzó cuidadosamente, alzándola del caballo.

— Oh, Dios mío, mírate —una atractiva mujer, con un largo pelo del color de las martas cibelinas vino hacia Adrian con sus brazos extendidos.

Antes de que pudiera detenerse, Mona gruñó un aviso a la mujer y puso su brazo posesivamente alrededor de la cintura de Adrian. La mujer se detuvo inmediatamente, sonrió ampliamente y en cambio se movió para darle a ella un abrazo. Mona estaba espantada, por no decir algo más fuerte, por tal atrevimiento.

— Debes de ser Mona Kincaid. Mi hijo me ha hablado mucho de ti, pero sus descripciones no te hicieron ni la mitad de justicia que mereces.

Mona quedó conmocionada de que esta fuera la madre de Adrian y de que ella realmente le hubiera gruñido por celos. No parecía lo suficientemente mayor para ser la madre de nadie, menos aún en de un hombre completamente crecido.

— Lo siento tanto… —empezó y la mujer la envolvió en un abrazo suave y con aroma a flores.

— No lo sientas, querida. Estoy halagada. Y orgullosa de que sepas lo que tienes con mi hijo, de forma que estés dispuesta a advertir a una mujer extraña que se mantenga lejos de él.

Ophelia Darkwood era una mujer adorable. Los ojos de Adrian, la barbilla y las orejas eran claramente heredados de ella. Pero el parecido terminaba aquí. Donde él era oscuro ella era clara. Donde ella era baja él era alto, irguiéndose ahora como una torre sobre su pequeña forma mientras ella se movía para pararse al lado de él.

— Te llevó bastante tiempo volver aquí, niño —dijo ella cariñosamente.— ¿Te vas a quedar o estás solo de visita?

— Voy a quedarme —zumbó su voz.— Es decir, si padre me deja.

— Nunca dije que no pudieras quedarte —les interrumpió una profunda voz.

— Me dijiste que no volviera la última vez que estuve aquí.

— Estaba loco, cachorro insolente. Me presionaste demasiadas veces con tu obsesión de grandes aventuras con ese humano, Alexi como se llame.

En el padre de Adrian se le permitía a Mona ver un atisbo del futuro. Cuando Adrian alcanzara esa edad, se vería exactamente de esa forma. Eran casi idénticos a pesar de la diferencia de edad. Una imagen en el espejo reflejada a través de los años. Pero el cabello del padre de Adrian estaba veteado con brillantes hilos de plata y estaba atado en una larga trenza que llegaba por debajo de sus nalgas, casi hasta sus rodillas.

— Alexi Balovski era algo más que un humano. Era mi amigo y mentor — defendió vehementemente Adrian a su amigo muerto.

— Yo soy tu padre. Si alguien es tu mentor, ese soy yo.

— Dejadlo ya —Ophelia puso los ojos en blanco y suspiró con exasperación. Miró a Mona con una mueca sardónica en los labios.— Estarán así toda la noche si no les hacemos parar ahora —Se volvió hacia los dos hombres más importantes en su vida.— ¿Qué clase de impresión estás intentando dar a nuestra nueva hija, Dakota? —le preguntó a su esposo.

— Oh, pero yo no… —empezó Mona, preocupada porque la mujer asumiera equivocadamente que Adrian y ella estaban casados.

— Vamos. Una mujer en tu condición debe de estar exhausta después del largo viaje hasta aquí —Ophelia la confundió al atraerla cerca y llevarles en la dirección de un grupo de pequeñas cabañas. Mona nunca había estado cerca de su propia madre y había tenido más contacto físico con esta mujer que estaba a su lado en los pocos minutos pasados que el que había recibido de sus propios padres en varios años.— Tengo la cena preparada, venado y guisantes nuevos y puré de patatas con salsa de venado. Habrá bastante para repetir incluso con estas dos bestias voraces en la mesa —hizo un gesto hacia los dos hombres que la seguían dócilmente.— Necesitas comer más, Mona. Puedo decirte ya que necesitarás comer más durante los siguientes meses.

Mona ni siquiera sabía si estaría aquí durante varios meses. Pero estaba demasiado cansada para señalárselo a la madre de Adrian.

Se pararon fuera de la puerta que conducía a una pequeña y acogedora cabaña cuando la madre de Adrian se volvió y le dirigió una mirada severa.

— No se lo has dicho todavía, ¿verdad?

La cara marrón de Adrian se oscureció por el sonrojo.

— Ahora no, Madre.

— Ahora o no hay comida, y sé que estás hambriento de mi puré.

La mano de Mona fue instintivamente, protectoramente, a su estómago. Y supo, sin que se lo hubieran dicho, lo que Adrian y su madre estaban discutiendo.

— Ella lo sabe —la voz del padre de Adrian fue como un terremoto bajo sus pies.

— Oh no —susurró Mona para sí misma con una voz temblorosa.— Oh no. Por favor…

— ¿No eres feliz?

La madre de Adrian frotó el brazo de Mona de una forma tranquilizadora, pero Mona había llegado demasiado lejos como para sentir comodidad con el gesto. Se tambaleaba bajo el nuevo descubrimiento, asombrada de que le hubiera llevado tanto tiempo notarlo. Ahora que reconocía la verdad, podía sentir el revoloteo tranquilo de su bebé bajo el latido de su corazón.

Pero eso era imposible tan pronto, ¿verdad?

— No estoy preparada para esto —explotó con voz trémula. Se apartó de Ophelia, sin importarle por una vez el espectáculo que estaba dando, mientras enterraba la cara en las manos temblorosas.— ¡Esto no está sucediendo!

— ¿Por qué estás apenada por esto? Había esperado que estuvieras feliz — Adrian la acercó, descansando su cabeza sobre la de ella y acunándola contra él.

Mona tiró de nuevo y bajó las manos a sus costados.

— ¿Estás mal de la cabeza? Esto es una locura. Apenas te conozco. Te amo, seguro, pero ¿durará? Mis padres se amaban el uno al otro pero no duró tras la luna de miel. No estoy segura de ser apta para ser madre. Y mi carrera, —se ahogó— infiernos, ni siquiera me importa ya. ¿Por qué es así? —exclamó.— ¡Qué está mal en mí que puedo enamorarme, quedarme embarazada y dejar atrás toda mi vida en el espacio de un mes!

Adrian la dejó parlotear. Sus brazos eran pilares de fuerza, manteniéndola entera e intacta, incluso mientras ella se aterrorizaba por la enormidad de la situación y su descubrimiento repentino de todo lo que sucedía.

Después de un largo momento, Adrian la apartó un poco de sí. Sus ojos eran piscinas profundas y oscuras en las que podría haberse ahogado si hubiera estado menos inquieta.

— Tienes que saber que te amo, Mona —dijo suavemente.— Tienes que saber que los lobos se emparejan de por vida en todas las formas. Yo me he emparejado contigo, que ahora eres un lobo como yo. Tienes que saber que nuestro amor durará. Incluso si nuestra naturaleza no atara nuestros corazones como uno solo, sé que un amor como el que compartimos no terminará en esta vida.

El corazón de Mona dio un profundo vuelco. ¿Podría dar la espalda de manera tan fácil a todo por lo que había trabajado durante años? Pensó en su vida, en lo que había sido antes de Adrian, antes de que le mostrara que no era una mujer fría y demasiado eficiente. Antes de que le hubiera sostenido en sus brazos y reclamado como ella siempre había anhelado en secreto ser reclamada.

Miró a su alrededor, a la morada del bosque que era el hogar de Adrian, y notó que sus padres les habían dejado para que tuvieran intimidad. Estaba agradecida por ello. Y mientras absorbía la belleza y maravilla de su entorno, usando sus sentidos espléndidamente aumentados para descubrir cada detalle diminuto que habría sido invisible para ella antes de Adrian, sintió derretirse todas sus dudas.

Era bello aquí. Pero no sería ni la mitad de maravilloso o mágico si Adrian no estuviera con ella para compartirlo. Lo mismo sucedía con cada aspecto de su vida. De algún modo, de alguna manera, le habían dado un regalo milagroso. No importaba que hubiera sucedido tan rápido o que hubiera sido inesperado. El amor de Adrian era como una llama en la oscuridad, que la calentaba e iluminaba su camino.

Y ahora compartían una vida. Recostado tibiamente y protegido bajo su corazón, su niño era un lazo entre ellos que solo reforzaría su amor. Por fin tendría una familia propia, un regalo que había añorado durante toda su vida.

Si tan solo tuviera el coraje de aceptarlo.

— Te amo —juró Adrian de nuevo, apretando las manos sobre ella como si temiera que pudiera apartarse.

Mona sabía que nunca podría separarse. No de nuevo.

— Yo te amo también —jadeó ella, sintiendo que el oscuro pozo dentro de ella se llenaba de luz.

Él rió ahogadamente, más un gruñido que una risa, y la alzó, jubiloso y exultante.

— Voy a alimentarte con la maravillosa cocina de mi madre. Y luego voy a alimentarte con algo más, algo incluso mejor —sonrió malévolamente, exponiendo sus colmillos.

Mona tembló y sintió cómo empezaba a mojarse. Sus pezones se erguían contra su blusa y vio cómo los oscuros ojos de Adrian se volvían hacia ellos ávidamente.

— Vamos, vosotros dos, la cena está esperando. Podéis alimentar vuestros otros apetitos después —les llamó Ophelia desde la puerta iluminada de su casa.

Adrian y Mona se rieron con vergüenza y entraron cogidos de la mano en el cálido y acogedor hogar de los Darkwood.

Y si Adrian se movió varias veces durante la comida para aliviar la estrechez de su excitación, y Mona frotó su pecho contra el brazo de él cada vez que tenía oportunidad, a nadie le pareció impropio.

Era una tarde absolutamente perfecta.

Epílogo

— Ella te echó, ¿verdad? —Nikolai se rió ahogadamente, desplazándose en el banco de madera para hacer sitio a Adrian.

— Volveré cuando el momento esté más cerca —se frotó la mejilla ausentemente y Nikolai puedo ver claramente la roja impronta de la mano de su esposa perfilada en la oscura piel.

— Dar a luz puede hacer que las compañeras sean bastante feroces —dijo jocosamente, con sus palabras rebosantes de su cerrado acento ruso.— Julia casi rompió mi nariz cuando estaba en medio de las labores de parto.

Adam gruñó.

— ¿Quién te invitó aquí, por cierto?

— Tú

— No sé qué locura me poseyó.

— La misma locura que te hizo invitarnos a nosotros también —dijo Ivan, reuniéndose con ellos.— ¿Está Bri todavía en el parto con Mona?

— Sí. Ella y Julia están cacareando lo bastardo que soy, asintiendo a cualquier asqueroso nombre que Mona pueda pensar en llamarme.

— Las hembras tienen una forma de mantenerse juntas contra sus hombres —dijo Nikolai con sabiduría.

— Deja esa pipa de la paz y compadécete de mí —Adrian arrebató la pipa al embriagado Alfa.

Tomó él mismo una larga chupada del humo del hachís, necesitando los relajantes efectos más de lo que quería admitir. Mona había estado ya de parto casi ocho horas. No tenía ni idea de que dar a luz pudiera llevar tanto tiempo o ser tan agotador.

Las pasadas horas habían sido tan dolorosas para él como para Mona, podría apostarlo. Su cara todavía le picaba donde ella le había abofeteado. Ella se había disculpado inmediatamente, pero eso no había quitado el picor. Especialmente cuando ella había seguido su disculpa con un gruñido de dolor y una maldición sobre su virilidad.

— Tienes una hermosa casa, Adrian. Es realmente desafortunado que no te la merezcas.

Nikolai y Adrian habían hecho un hábito de meterse el uno con el otro. Su amistad se había fundado sobre esas molestias y ellos más bien la disfrutaban así.

— Solo estás celoso. Todo lo que te espera cuando vuelves a tus tierras es un puñado de nieve fría y húmeda.

— Prefiero el frío y la nieve. Mi Julia se acurruca con ferocidad cuando tiene frío —miró maliciosamente con lujuria, sabiendo que Adrian no conseguiría ningún acurruque de Mona durante al menos unas pocas semanas.

Como esperaba, Adrian gruñó ante el agudo recordatorio.

— Dame esa pipa —ordenó Ivan, sin preocuparse de que los dos hombres fueran dominantes sobre él por derecho de sangre, que fueran Alfas y él no.— Me niego a ser el único lobo sobrio aquí.

La enorme mesa de madera estaba pronto resonando con sus risas borrachas y obscenas.

— Mirad este desastre —escupió una voz femenina con repugnancia.— Están aquí fuera teniendo una gran fiesta mientras nosotras estamos ocupadas y tenemos nuestros traseros esclavizados para sacar a uno de sus descendientes.

La risa de Nikolai se detuvo abruptamente.

— Julia, mi amor —balbuceó él— ven aquí y caliéntame.

— Oh, Dios mío —Ella puso los ojos en blanco con exasperación, pero una pequeña curva en los labios la traicionaba.

Nikolai intentó echarse encima de ella, pero los efectos del humo que había absorbido le enviaron lejos. Cayó pesadamente en el suelo, riéndose.

— Eres un lunático —le regañó Julia, no pudiendo esconder más su sonrisa. Se inclinó y ayudó a su compañero a ponerse sobre sus pies con una fácil fuerza que siempre la sorprendía. Habían pasado años desde que había sido una simple humana, gracias al Alfa borracho que estaba a su lado, pero todavía tenía respeto por su lado lobuno.

Brianna se acercó a su compañero. Él le dio la bienvenida con una sonrisa llena de dientes, colocándola en su regazo y acariciándola con la boca en el cuello hasta que ella suspiró feliz.

— Ya será pronto, Adrian. Mona está preguntando por ti.

— De acuerdo —Adrian se balanceó, levantándose sobre sus pies.— Deseadme suerte, hombres —les saludó, como un soldado que partiera hacia la batalla.

Los dos hombres estaban también demasiado ebrios para entender su gesto, o habían crecido demasiado aislados en sus remotos bosques para reconocerlo. De cualquier forma, ambos devolvieron la alegre onda antes de volver su borracha atención a sus propias compañeras.

Fue difícil al principio, pero Adrian de alguna forma se las arregló para volver al antiguo alojamiento que estaba reservado para el acontecimiento sagrado del parto. Estaba casi completamente sobrio para el momento en que llegó y no estaba demasiado sorprendido de ver a su padre y a su madre esperándole fuera.

— Tu hijo está impaciente por ver el mundo —dijo su padre a modo de saludo.

Su madre atrapó sus manos con excitación.

— Estoy tan orgulloso de vosotros dos. Acabo de mirarla. Es tan hermosa.

— Está sudorosa —gruñó su padre.— Su pelo es un desastre. Y tiene una atracción alarmante por el habla local vulgar. Nunca he oído alguna de las palabras que ha volcado sobre mí como juramentos.

— Eres un hombre, no se supone que las hayas oído, cariño —regañó su madre al mayor de los Alfa Darkwood.— Y ella era hermosa.

— Lo era —concedió su padre con una sonrisa burlona que le hizo parecer diez años más joven y mucho menos atemorizante, abrazando a su esposa.— Muy hermosa.

— Ahora ve con ella. Y si te lanza un golpe, esquívalo —le empujó su madre a través de las solapas de piel que servían como puerta al tipi bellamente elaborado.

El calor acogedor de la habitación le envolvió.

— Mi amor —le llamó ella, sonriendo débilmente desde su plataforma de

pieles y cueros.

Su compañera estaba de verdad sudorosa, y su pelo rojo como la sangre estaba de verdad desordenado y desarreglado. Llevaba una simple camisola sin adornos, hecho de flexible piel de gama, su vientre hinchado y lleno, su piel con un rubor ardiente por sus esfuerzos. Pero nunca le había parecido más maravillosa que en ese momento.

— Daría cualquier cosa por una dosis de morfina en este momento —su voz era ronca e inestable.

Él se colocó al lado de ella cautelosamente.

Mona rió.

— No te golpearé de nuevo ella se estremeció con una nueva y violenta contracción, que duró varios largos momentos.— Dame un beso antes de la siguiente —jadeó cuando había terminado.

Él lo hizo, humillado y asombrado de que ella pudiera manejar los dolores que sacudían su cuerpo y todavía lograra ofrecerle la ternura de sus labios.

Adrian sujetó su mano durante largos minutos, aliviándola en cada nueva contracción, persuadiéndola con ruegos a que respirara cada vez que se hacían rápidas y duras con el acercamiento de su hijo. Le canturreó los cánticos sagrados de sus antepasados humanos.

— Oh Dios mío, está viniendo —gimió, alzando las rodillas y colocándolas sobre el pecho.

Adrian se movió entre sus piernas, con sus manos sintiendo los movimientos de su vientre, probando instintivamente su preparación.

— Empuja ahora Mona —le urgió él, sabiendo que el momento había llegado.

Pasó otra hora.

Antes de que hubiera terminado Adrian había quitado las ropas de ambos. Hacía demasiado calor en el tipi para mantenerlas puestas. Mona estaba gritando cada palabra malsonante que hubiera oído alguna vez, incluso inventando algunas nuevas. Cada insulto que le lanzaba estaba intercalado con sus votos de amor y devoción eterna. Adrian habría encontrado toda la escena bastante humorística si no le golpearan tanto la preocupación y la culpa cada vez que su compañera gemía con esfuerzo y agotamiento.

En un largo último empuje, su hijo se deslizó fuera de su cuerpo y Mona aulló su triunfo. Cayó, sudando y desmadejada, contra las pieles. Adrian limpió el diminuto bulto que se retorcía en sus brazos, mientras las lágrimas caían en ríos ardientes por sus mejillas. Nunca había sentido tanta alegría, tanto temor. La única cosa que podría estar cerca era la noche que había visto por primera vez a su compañera, en un bosque a miles de kilómetros de allí.

— Te amo —tenía que decirlo. Su corazón estaba lleno. Su vida estaba completa.

— Yo también te amo —jadeó ella alcanzándolo.— Déjame verlo.

Adrian colocó a su niño contra el pecho de ella.

— Es tan hermoso —dijo Mona llorosa.

Y lo era. Piel oscura como su padre, con un pelo negro para acompañarlo. Ya era un pequeño guerrero, bramando su presencia al mundo. Pero aunque todo él fuera una réplica de su padre, sus ojos eran idénticos a los de su madre en cada pequeño detalle, azules oscuros y profundos y ya brillando

ferozmente. Adrian la besó apasionadamente, probando su agotamiento y su alegría. Sus lágrimas se mezclaron juntas cuando lloraron sobre su niño.

Veinte minutos más tarde, mientras Mona dormía el sueño agotado de una nueva madre, Adrian surgió del tipi con su bebé en brazos.

La tribu entera estaba reunida para lograr un vistazo del nuevo Alfa en su centro. Nikolai y Julia, Ivan y Brianna estaban todos en la concurrencia, sonriendo felices por él en este momento de celebración. Adrian sonrió a su familia y amigos, agradeciéndolos que le honraran así.

Elevando a su hijo en alto para que todos lo vieran, proclamó su triunfo con un aullido poderoso. Cientos de aullidos repitieron la llamada, hasta que el sonido se elevó en un *crescendo* hasta el cielo.

— Este es mi hijo, Koda Darkwood, y un día liderará esta tribu —dijo a voz en grito con orgullo.

La manada grito el nombre, regocijándose.

— Koda, Koda, Koda —gritaron.

Y una mano diminuta se alzó del envoltorio, la mano de un nuevo y futuro Alfa, como en señal de victoria.

Fin